

**Jacobo Grinberg-Zylberbaum**

**LA LUZ  
ANGELMATICA**



Lectulandia

«Cuando en la meditación se elaboran todos los contenidos del pasado y de pronto se vislumbra la existencia en el presente y se es capaz de admitir la belleza de sentirse vivo y de disfrutar plenamente la capacidad de crear... cuando todo está bien y uno sabe que está bien porque así uno lo percibe, cuando se reconoce la existencia de una alegría sin condiciones ni aparente causa, entonces se coloca a la conciencia en la esfera de la Luz Angelmática».

«Quizá lo verdaderamente Luz y lo ciertamente Angelmático es lo que existe para todos pero que se activa solamente cuando se alcanza cierto nivel de sentimiento».

«Si el nivel de la vida es de santidad, la Luz Angelmática permea todas y cada una de las esferas (de la Realidad)».

«El encuentro con el verdadero Uno mismo es la Luz Angelmática».

Jacobo Grinberg-Zylberbaum

# **La luz angelmática**

ePub r1.0

XcUiDi 26-04-2021

Título original: *La luz angelmática*  
Jacobó Grinberg-Zylberbaum, 1983

Editor digital: XcUiDi  
ePub base r2.1



## **ENTRE DOS ESPEJOS**

*En entenderme me debato  
dos caminos en retrato  
uno de conciencia en elementos.*

*Otro sólo de pináculo  
algoritmo puro  
sin detalles siento.*

*El uno va en profundo  
el otro en ascenso.*

*Uno en gruta  
escarbada en tierra.*

*Uno le pertenece al cuerpo,  
el otro al misterio.*

*Entre dos espejos ando  
sin saber  
que Yo  
soy el del medio.*

## INTRODUCCIÓN

«Safed, la legendaria aldea cabalística vio llegar al rabino Isaac Luria; un descendiente de una familia alemana y por ello bautizado con el apellido “Ashkenazi”, para convertirse en el líder indiscutible de su comunidad de místicos. Nacido en Jerusalén en el año 1534, Luria se estableció en Safed en 1570 y en seis años se convirtió en el maestro de los cabalistas de la aldea. Conocido como “Ari”; el “León” de Safed, Luria conquistó a Moisés Cordovero y a sus discípulos creando la escuela cabalística más renombrada de todos los tiempos: “La Cábala Luriana”».

Chayim Vital, un rabino residente en Damasco fue súbitamente invadido de visiones anunciándole la llegada de un gran maestro a Safed. Vital viajó a la aldea descubriendo que su intuición había sido correcta. El maestro era Isaac Ashkenazi. Desde que lo vio, Chayim se convirtió en su discípulo más fiel, su biógrafo y escribano<sup>[1]</sup>.

Safed fue hábitat de toda una comunidad cabalística dirigida por figuras grandiosas, tales como Salomón Alkabez, Yosef Caro, Chayim Vital, Moisés Cordovero y el propio Isaac Luria, todos ellos grandes rabinos, místicos y cabalistas.

El origen teórico de Safed fue, sin embargo, un juez de la corte rabínica de Zaragoza, España, llamado «Bahya ben Yosef Ibn Paquda» encargado de aplicar las leyes judías a las prácticas místicas durante la primera mitad del siglo decimoprimer<sup>[2]</sup>.

Influido por los Sufis, Bahya introdujo un espíritu esotérico a la ética judía tradicional. Escribió un libro acerca de la «Dirección de los deberes del **corazón**». En él, describe los pasos en el conocimiento de Dios por el hombre. La mente, de acuerdo con Bahya «... debe funcionar como un mecanismo de comprobación discriminada y directa de la experiencia religiosa y no como un ciego repetidor intelectual de la tradición...»<sup>[3]</sup>.

Perle Epstein<sup>[4]</sup> en su recopilación erudita acerca del sistema de Bahya explica que este cabalista dividía en diez los niveles o compuertas del desarrollo espiritual del hombre:

«La primera compuerta o nivel, involucra el reconocimiento de la unidad de Dios en la pluralidad de la creación. Para lograrlo, Bahya recomendaba el estudio científico de la obra de Dios en la naturaleza. Desde los compuestos más elementales, sus combinaciones y dinámicas hasta el organismo humano y sus sinergias. El estudio intenso del mundo orgánico llevaría al hombre, de acuerdo con Bahya, a un conocimiento y entendimiento completo de los sistemas metafísicos, filosóficos, sociales, artísticos y morales que prevalecen en la Tierra. La comprensión real de su maravilloso cuerpo orgánico y de sus funciones, tales como la transformación del alimento en energía y vida, y de la respiración, ayudará al estudiante a entender el cuerpo etéreo con el cual está ligado su cuerpo orgánico a través de los nervios, la sangre y el aire. Bahya recomendaba extender este estudio a cualquier manifestación de la naturaleza, el crecimiento vegetal a partir de semillas, los colores cambiantes del día, las estaciones, las estrellas, el movimiento de los insectos, todo puede conducir a un estado de asombro por la creación.

La segunda compuerta implica la capacidad de mantener un contacto y una observación adecuada de las reglas y leyes religiosas. En otras palabras, una relación ética con Dios. Toda la creación vibra con la energía divina y el discípulo que ha penetrado a la segunda morada (para recordar aquí a Teresa de Jesús) no se abandona a sí mismo, sino más bien evade tanto el ascetismo como la sensualidad y vive los preceptos religiosos y morales con entendimiento y comprensión.

Esto último, de acuerdo con Yosef Ibn Paquda permite que el discípulo pueda penetrar a través de la tercera compuerta al nivel siguiente o tercero de su desarrollo espiritual. La morada de la fe. Aquí, aprende a confiar únicamente en Dios y a confiar tan profundamente en el orden divino y universal que siente que nada le hace falta. La grandeza y asombro del universo le han probado la sabiduría divina; ahora, puede aceptar esa sabiduría reflejada en su propia vida.

Atravesando la siguiente compuerta, llega al nivel de aceptación. Aquí, se satisface con lo que posee; aun las dificultades y los sufrimientos le ayudan expandiendo su corazón para permitir la entrada de Dios en él. Sin embargo, no se vuelve fatalista en la vida. Dios provee, pero el discípulo debe trabajar, ganarse su pan y evitar violar su cuerpo y sus necesidades.

La quinta compuerta, hipocresía, le ofrece una oportunidad para probar su sinceridad. Más allá se encuentra el reino de la duda, el odio, la violencia y el nihilismo. Si logra mantener su fe, tan duramente ganada, entonces el discípulo logrará atravesar la sexta compuerta, la humildad.



Aquí, el místico se da cuenta de que ya no es tan crítico de las gentes y que puede soportar insultos sin sentirse envenenado por ellos. Él y sus logros ya no forman una unidad. La casa, la esposa, los hijos existen fuera de él y poseen vida propia.

En el séptimo nivel, el místico se encuentra con sus pecados previos y pasados. El arrepentimiento le permite confrontar sus acciones con honestidad y vaciar su corazón en la oración. Determinado a cambiar su conducta, confía y se da plenamente a Dios y ruega por ayuda para eliminar sus pecados.

Bahya, como todos los místicos judíos, creía que la actualización de los estados internos, la concretización de éstos, unifica el mundo físico con el espiritual. Éste es un concepto judío básico, no puede existir progreso espiritual sin una conducta física concomitante. Por ello, decía Bahya, si uno se arrepiente en el interior, debe mostrar esa condición en su vida externa. Posponer una acción o dejar para mañana la eliminación de un error son inaceptables en el judaísmo. El arrepentimiento a la hora de la muerte es visto como un acto de muy bajo nivel para el judío.

En la octava morada, el místico examina su alma. Aquí, el peregrino debe purificarse hasta el grado de «ver sin usar los ojos, oír sin oídos, hablar sin la lengua, deducir sin usar la razón...». La compuerta interna para llegar a este nivel se abre para aquéllos que pueden separarse del mundo para recluirse en meditación. Aunque esto parece oponerse a la prohibición judaica del ascetismo es, sin embargo, un nivel de la práctica mística que no pueden evadir los buscadores pertenecientes a ese pequeño grupo de seres cuyo deseo de ver a Dios excede su amor por Su creación. Santos y profetas abundan y es a éstos a los que Bahya quiere comunicar. Como los profetas bíblicos, algunos seres humanos serán impulsados a abandonar el mundo. Harán sus hogares en el desierto y en los bosques, vivirán como ermitaños y desearán sólo ver a Dios. Los hombres más tradicionales buscarán permanecer en el mundo, participando de sus actividades pero abandonarán todo lujo en sus vidas.

La abstinencia es la novena compuerta. Ésta será más o menos necesaria según las condiciones y la naturaleza de la comunidad en la cual viva el hombre. Si se encuentra rodeado por hedonistas, un modo de vida ascético será esencial para hacer sobrevivir su conciencia. El sistema delineado en «Los deberes del corazón» está designado para distanciar al hombre de su ego y para prepararlo para su encuentro eventual con Dios. El éxito en el logro de la desaparición del ego depende del grado de autodisciplina del místico. Si el

mundo a su alrededor es corrupto, quizás sea mejor para él establecerse en una comunidad en la que viva con gente afín.

Sin embargo, si ha logrado penetrar al décimo nivel, santidad, puede permanecer a la mitad del mundo corrupto y ser un faro de luz para otros buscadores.

Si el místico se adhiere a las lecciones de todos los niveles, y las hace parte de sí mismo, abandona el mundo del asombro y comienza a vivir en el reino más profundo y personal del amor. Aquí, su alma está tan sedienta de su propio origen que el peregrino es capaz de los mayores sacrificios, incluyendo su propia vida. Como el santo que dormido a la mitad del desierto y despertado por un viajero que le pregunta si no teme a los leones y a las bestias salvajes que fácilmente podrían destrozarlo contesta: «debiera sentirme avergonzado de mi Dios si yo temiera a cualquier ser fuera de Él...»<sup>[5]</sup>.

Safed fue creada cinco centurias después de la muerte de Bahya ben Yosef Ibn Paquda en la parte norte de Galilea con el fin de cumplir sus enseñanzas.

En la misma Zaragoza que viera nacer a Bahya, Abraham ben Samuel Abulafia vio la luz en 1240. Espstein<sup>[6]</sup> nos dice que su padre murió cuando el joven Abulafia cumplió los 18 años. La familia se mudó a Toledo y dos años más tarde, Abulafia viajó a Tierra Santa en busca de los remanentes de las 10 tribus perdidas de Israel, quienes, según rumores, vivían cerca del río mítico llamado Sambatyon. Nunca pasó de Aco y de allí viajó a Grecia, se casó ya los 10 años impulsado por la necesidad de encontrar un maestro viajó a Italia en donde leyó la «Guía para los descarriados» de Maimonides y estudió con Hillel ben Samuel de Verona.

A los 31 años vivía en Barcelona cuando recibió el llamado profético. Encontró un comentario al Sefer Yetzirah escrito por Baruch Togarmi y se hizo discípulo de éste.

En 1273 es considerado un gran maestro cabalista e inventa un sistema de meditación basado en la transmutación del alfabeto hebreo, llamado «Tseruf». El rabinato lo considera un farsante, lo ataca y persigue. Visionario e idealista, después de una revelación en el año de 1280, Abraham Abulafia se dirige a Roma para condenar al Papa Nicolás III por su antisemitismo.

En unión de los sacerdotes cristianos, los rabinos romanos lo acusan ante el Papa y éste (instantáneamente) declara a Abulafia condenado a morir quemado en la hoguera. Antes de que pudiera entrar a Roma, Abulafia fue atrapado. Mientras se preparaba la hoguera para la mañana siguiente,

Abulafia permaneció meditando toda la noche a unos pocos kilómetros de Roma. Era la noche de Rosh Hashannah, el nuevo año judío.

A la mañana siguiente y al entrar a Roma, Abulafia fue informado que el Papa había muerto durante la noche.

Convencidos de que había sido un milagro realizado por él, Abulafia fue encarcelado en una prisión franciscana, pero liberado 28 días después.

Abulafia creó toda una escuela cabalística basada en prácticas de meditación muy complejas<sup>[7]</sup>.

De todos los místicos judíos, Abulafia es el más parecido a los maestros Zen. Contrario a cualquier estructura limitante, Abulafia deja discípulos geniales como el rabino Isaac de Aco e indirectamente Moisés Cordovero.

Safed, por lo tanto, también incorporó a Abraham Abulafia junto con toda la cadena cabalística que lo sobrevivió.

En la actualidad, una nueva Safed está siendo establecida en México, la Safed original ya no es una comunidad cabalística. Viven en la aldea artistas renombrados, quienes crean arte y viven de sus creaciones. Lo que sin embargo sobrevive de la vieja Safed es un sentimiento: LA LUZ ANGELMÁTICA.

## LA LUZ ANGELMÁTICA

En la madrugada, el sonido de unas trompetas metálicas acompañando una marcha militar se repetía como la rueda de un molino, traspasándome una y otra vez sin conciencia ni control, oliendo a azufre, aluminio y plata. Dentro del sueño me desesperé y de pronto, encima de mi sentimiento se oyó un zumbido que poco a poco se convirtió en alarma metálicamente ondulante, repiqueteando golpes de campana diminuta, despidiendo punzadas de mazo ahulado, zumbando... zumbando. La membrana entre dos mundos se entreabrió y la campana se convirtió en vuelo y el vuelo en mosca.

La marcha se había repetido como si alguien, al hacerla tocar, hubiese querido obtener mi locura. La mosca me había salvado y sin embargo, la maldije. Ya sabía que me querían «ocupar» pero todavía amaba la casa y la tierra del bosque y por ello no había huido de allí. Oí un pájaro y luego unas voces, una luz límpida bañaba la habitación reflejándose en las paredes encaladas y en la colcha india que cubría la cama. Alguien o algo no me había dejado dormir y cuando por fin lo había logrado, una mosca me había interrumpido.

El procedimiento era claro, consistía en fatigarme de día, asustarme de noche, provocarme insomnio, perseguirme en la meditación, matarme de cansancio y entonces «ocuparme» cuando ya no tuviera ni fuerzas ni coraje ni esperanza. Esta última la había mantenido recordando tiempos mejores. No sabía que habían sido mejores, sino hasta cuando «aquello» empezó a funcionar. Súbitamente, a la mitad de cualquier cosa, sin aviso, me perdía a mí mismo, dejaba de ser y solamente una diminuta «lucecita» permanecía. Yo sabía que en el instante en el que esa «luz» dejara de existir, «aquello» acabaría ocupándome. En realidad no lo sabía, lo sentía.

Había decidido cambiar la atmósfera del lugar, inclusive había comenzado a escribir un libro titulado «Las Esferas del Safed» para llevar a las alturas mi alianza con la tierra, pero últimamente lo había abandonado por la lucha. «Aquello» me perseguía y no era posible mistificar un terror en un libro.

Aquí reproduzco el escrito.

## «LAS ESFERAS DE SAFED»

### LA ESFERA DE LOS CUERPOS

Entre la vegetación húmeda del bosque, al lado de gigantescos encinos, majestuosos robles y un único pino cerca de un puente de madera que divide Safed de un río que reptaba en una barranca, se dijo que el cuerpo es un interface.

El cuerpo permite visualizar efectos.

El cuerpo es el último eslabón en una cadena que comienza en lo invisible y termina en el universo de la masa y la inercia.

El cuerpo es un modelo y una señal. Avisa a su portador acerca de eventos en lo invisible a través de alteraciones en su estructura y funciones.

El cuerpo no es ilusión. Más bien es parte del único Dios. Su conexión con el resto de las esferas es la mente. Esta última es una interacción de campos.

El cuerpo sirve para aprender las leyes de todos los niveles y esferas porque en él estas leyes son aparentes y visibles e incluso manipulables.

El cuerpo es un modelo de la totalidad.

Sin embargo, el cuerpo debe ser trascendido. Saber que detrás de cualquier manifestación en la esfera de los cuerpos está la acción y el efecto del resto de las esferas es el primer paso en el camino de la sabiduría.

Trascender el cuerpo es acceder a la sabiduría de las leyes de correlación entre esferas.

Nada es aislado y separado. En todo se transpira lo esencial, las reglas de todos los mundos, las funciones de las esferas, las lecciones de los antecedentes. Ver no el dato, sino lo que significa en términos de su conexión con la sabiduría de las interrelaciones entre esferas; ¡he allí el paso para comprender la única mente!

En las noches de verano el bosque de Safed se llena de minúsculas estrellas voladoras, luciérnagas luminosas que se mezclan con el olor

primigenio de las nueces que el viento desprende de los árboles. Las ardillas observan fascinadas el espectáculo y de vez en vez un vientecillo fresco atraviesa el bosque. Árboles frutales en crecimiento prometen darse en duraznos, cerezas y aguacales contenedores del clima y la historia de la región.

Safed también es cuerpo...

Algunas tardes, los músicos se reúnen junto al bosque de Safed y tocan sus instrumentos. La cítara refleja los movimientos de las hojas de los árboles y éstos parecen mecerse siguiendo el desarrollo de una Raga.

El tambor manifiesta el pulso de la tierra y la flauta los saltos de las ardillas y su creación de caminos entre ramas y troncos.

En las mañanas el violín despierta viejas emociones, acompañando al Sol en su viaje diario.

La boca de una chimenea deja entrever las explosiones infinitas de un fuego ancestral y un calorcillo perfumado se esparce en las casas de Sated. Puesto que en la meditación vespertina se llegó al silencio desde el cual toda manifestación asombra, el fuego sume a los habitantes de Safed en un mar de imágenes fantásticas que recuerdan la poca utilidad de los juicios y sus múltiples peligros.

Desde aquí se comprende al hombre como con una capacidad infinita y se desea que la metrópoli cercana no termine con el encanto y la posibilidad de una vida tranquila.

Una casa pintada de blanco reposa en la montaña en la que Safed se encuentra.

Un valle florece en lucecillas que en el frío nocturno se mezclan con las estrellas recordando a los habitantes de Safed la esencial unidad de Dios con sus creaciones.

Sated respira. En la tarde incorpora el viento que le llega de un valle lejano a sus pies, caldeado por un sol tropical y en la noche devuelve ese mismo viento cargado con olor a bosque, refrescado por la alta montaña.

Las noches de luna llena asombran por su frialdad seca. Se esperaría que tanta luz calentara y sin embargo, sólo ilumina. Recuerda la irrealidad a medias de los reflejos.

A veces, los habitantes del bosque se sienten viajeros en el interior de una gran mente. Se asombran de pertenecer a ella y al mismo tiempo ser sus dueños. Somos uno, dicen a media voz esperando que el bosque no se ofenda.

El bosque de Sated se enfurece cuando lo violan, cuando no respetan su sabiduría inmóvil. En una ocasión se le oyó vociferar en contra de un

compañero quien en un descuido cerró los ojos durante la meditación vespertina.

Al bosque no le gustan las ilusiones y aborrece los engaños de las mentes soñadoras. Se rebela en contra de quien busca salidas, refugios o alternativas impropias de la objetiva realidad. Es consciente, sin embargo, de las necesarias transformaciones que la realidad sufre para hacerse visible. Por eso mismo se enoja con quienes no saben apreciar el prodigio de lo que es y se pierden en transformaciones y alternativas necesariamente temporales y finitas.

¡Tanto desperdicio para nada!, parecen decir el roble y los encinos orgullosos de su altura y verticalidad.

Las ardillas, mientras tanto, siguen trazando caminos en el cielo, preocupadas por la resistencia de las ramas y el sabor de las nueces.

En el invierno la tierra decide retornar a su nivel primigenio de virginal blancura, aun cuando lo tenga que pagar con un dejo de frialdad penetrante. Es frialdad de purificación, anuncian los álamos mientras el único pino de Safed se regocija al reconocer distinto a cada copo de nieve y sin embargo, unido en su idéntica sustancia con todos los demás.

Ese único pino es un ermitaño que se pasa la vida en contemplación permanente, observando el cambio del tiempo y la recurrencia de los ciclos.

A veces, algún habitante de Safed se acerca a ese pino y abraza su tronco masculinamente erecto. En esos abrazos desciende una luz que parece hablar, abriendo territorios para la conciencia humana. Cuando eso sucede, Safed se unifica en un asombro expectante y todos sus habitantes reciben los mensajes, algunos en sueños, otros en vigilia y la mayoría fuera de sus cuerpos.

«... existe un sentido que se vive cuando se adquieren organización y energía. Desde allí se percibe que todo cumple la ley de incrementar su capacidad de “ver”. Todo aumento de organización y orden requiere de alimento e impecabilidad...».

En las tardes, a la hora de la puesta del sol, las nubes de Safed se tiñen de tonos violeta, rosas, rojos y anaranjados. Esas nubes parecen recordar sus orígenes en el mar lejano, superficie homogéneamente repleta de reflejos, ser majestuosamente líquido que representa en su inmovilidad la sabiduría profunda del encuentro con el Uno mismo, esencia que no se pierde ni aun cuando se evapora en blancas y esponjosas viajeras.

El mar requiere de la dimensión del sol para transformar su holgura uniforme en manifestaciones individualizadas que abandonan su superficie y viajan en un cielo benevolente.

Las nubes emergen del líquido al recibir energía y hablan de lo que acontece con la conciencia también sometida a idénticas leyes. Los habitantes de Safed reconocen en la coloración de las nubes, diseños de su propia conciencia, porque además de recordar la similitud de leyes, saben que nada acontece por azar.

En ocasiones algún joven inexperto se pregunta el porqué de Safed e indaga en su propia vida intentando reconocer un sentido último, pensando que la razón y el pensamiento responderán sus incógnitas. Los viejos sonrían reconociendo la ilusoria esperanza de una juventud tan orgullosa como la que ellos mismos recuerdan haber transitado.

Alguno se acerca al joven y le dice que la mente y la razón y el pensamiento tienen un límite, ellos —dice serenamente— saben hacer preguntas pero nunca ofrecen respuestas efectivas.

«La realidad se encuentra más allá del pensamiento...».

También Safed está habitada por monstruos, seres materializados cuyo único interés es la tenencia de la tierra, la posesión de dinero y el control del prójimo. Manifestaciones de los más bajos instintos habitan en esas gentes y sus cuerpos exhalan campos destructivos y dañan el ambiente y toda conciencia que se pone en contacto con ellos sufre porque le hacen olvidar su origen y camino.

En ocasiones se entablan luchas terribles entre esos monstruos y la comunidad de místicos; estos últimos utilizan la oración, la «luz» y la meditación, mientras que los otros el engaño, la brujería negra, los maleficios y los trabajos de «daño». El cielo se oscurece y todo calla en Safed esperando expectante el resultado de la lucha. El amor y la «luz» siempre vencen aun cuando su aceptación desgaste y duela. Los monstruos se alejan y algunos cambian de vereda mientras los pájaros vuelven a trinar y las ardillas a recorrer sus caminos cerca del cielo entre nubes y ramas de altos árboles. La vida regresa a su curso y de nuevo se escuchan los mantras y la música sacra.

Aun del dolor se aprende, puesto que enseña lo que todavía requiere trabajo, lo no resuelto, lo falto de solución, las carencias, las debilidades y los gestos inútiles. Los partos duelen y las muertes desgarran, pero de todo se aprende porque el amoroso Ser jamás abandona a sus hijos.

Un día Safed fue visitado por un grupo de aventureros quienes habiendo oído acerca de las prácticas espirituales del lugar decidieron aprovecharlas en beneficio de su curiosidad y apetitos mundanos. Les interesaba el control y creyeron que Safed les enseñaría algunas técnicas energéticas de manejo de conciencias inocentes y desprevenidas. Se acercaron a un rabino y le



propusieron ser sus discípulos, éste aceptó adivinando los reales propósitos y fraguando un plan para frustrarlos.

Los convocó a medianoche en las afueras del bosque y les ordenó que se acostaran boca abajo en la tierra mientras pronunciaban un mantra mágico. Éste tenía como efecto el de desencadenar un ataque de terror irracional incontrolable. Los vagabundos, pensando que esa técnica redundaría en su beneficio egoísta, hicieron lo demandado por el rabino y en el instante en el cual repitieron el mantra, sintieron que no era tierra lo que sostenía sus cuerpos saturados de placeres, sino más bien el lomo de un gigantesco lemur disfrazado de tierra y enterrado en ella. Los vientres de esas pobres gentes se contrajeron en un rictus de dolor insufrible y en medio de una taquicardia insoportable partieron raudos en dirección de la ciudad, jurándose jamás intentar el retorno a ese infierno safediano.

El rabino, riendo, se alejó del lugar y en la sinagoga de la comunidad contó lo sucedido ante el beneplácito y la aprobación de sus vecinos comunales.

Experiencias como las anteriores han hecho que los rabinos de Safed sepan defender sus legítimos derechos y actualmente conozcan técnicas que permiten terminar con una invasión o un ataque antes de que éste se manifieste en el plano físico. Han entendido que los niveles más profundos de uno mismo son los más poderosos y lo mismo sucede cuando se es capaz de detectar los niveles de identidad de cualquier otro ser. En realidad, la detección de tales niveles no es otra cosa, sino el establecimiento de la conciencia individual en la totalidad. Es por ello que en ese nivel se es capaz de realizar milagros de autocontrol.

Lo mismo acontece con la capacidad de levitar, mover objetos, etc., todas ellas están basadas en la capacidad de colocarse en la experiencia del uno mismo más profunda, íntima e individualizada. Los místicos de Safed saben que lo individualizado es la focalización concentrada del todo en un punto. Por ello, en realidad lo individual y lo colectivo son indistinguibles y forman una unidad inseparable.

Sin embargo, la conciencia tiene un acceso limitado a tal unidad. La percibe sensorialmente creyendo que lo que ve pertenece a un universo externo a sí misma. Esta ilusión le impide aprender en forma directa las leyes de su mismidad y en cambio le facilita el desarrollo de una «ciencia objetiva» y externa alejada de su propio yo.

El fracaso en el establecimiento y desarrollo de un conocimiento unificado tiene como base la validación de la dicotomía externo-interno.

La lucha más complicada que pelean los místicos de Safed ocurre en la intimidad del alma de cada uno de ellos. Deben conservar la inocencia y simultáneamente expandir su conciencia. Solamente cuando logran trascender su propio pensamiento, acceden a la victoria en contra de la consideración de que en último término no existe más que muerte al final de cualquier proceso.

Por otro lado, los músicos en Safed opinan que hacer música es bordar el tiempo y se dedican a tejer filigranas y manteles, colchas y rubíes utilizando una cítara, un violín, flautas y timbales.

El bosque se regocija al sentir la entretejadura del tiempo y las ardillas levantan la cola engañadas por el sonido que más les parece brisa fresca perfumada de robles y encinos, que música.

El suelo de Safed es una alfombra de hojas tamizadas de mil tonos del violeta, anaranjado, amarillo y rojo. Caminar por esa tierra es flotar en medio de un acolchonado cerco y un esponjoso piso. Aun las hojas sienten y parecen ruborizarse con la música.

Todo en Safed es dulzura excepto por un ser escondido entre la espesura, cambiando de lugar a cada instante asusta a los niños y hiere a los mayores. Nadie sabe quién es y porqué allí habita. Se le teme, respeta y en ocasiones se dialoga con él. Ese atrevimiento lo ha tenido un solo rabino y cuentan que se ha convertido en amigo de la entidad. Los demás admiten aceptar el dolor que les produce como bendición divina y señal de la necesidad de mayor elaboración interna y purificación de conducta.

Cuando llueve, Safed se satura del perfume de la tierra mojada. Las húmedas hojas reflejan el sol en mil matices del amarillo y el frescor de los charcos invita a meditar en el reflejo de las luces de las luciérnagas. En Safed la conexión con Dios se percibe en forma directa.

La lluvia, la tierra, los árboles, el cuerpo, se conducen de acuerdo a las leyes de acción-reacción. Todo tiene su precio en la Esfera de los Cuerpos. Sin embargo, aun en esta esfera se transpira la existencia de un nivel en el cual las leyes de acción-reacción se trascienden, se vislumbra la esfera del silencio.

## LA ESFERA DEL SILENCIO

Silencio conceptual, ausencia de juicios, ningún pretexto para posponer...

La Esfera del Silencio es la llegada del Ser al sí mismo sin necesidad de explicaciones, sin depender de lógica alguna, sin la obsesión del arte... simplemente siendo. El silencio no es literal; pensamientos existen aquí, pero libres, fluidos, sin trabas, sin la necesidad de ser sometidos a juicios de valor.

No existen dicotomías en la Esfera del Silencio y sin embargo, el arribo a su mismidad se siente.

El paso de una esfera a la siguiente es un salto en el vacío. La muerte verdadera es la permanencia en alguna de las interfaces.

De la Esfera de los Cuerpos a la Esfera del Silencio el salto solamente ocurre tras un largo proceso de purificación. La Esfera del Silencio es menos variada que la de Los Cuerpos. Cada cuerpo es diferente, cada manifestación es particular; el silencio, sin embargo, es igual para todos. Por ello la Esfera del Silencio es la soledad total y la total unidad, así juntas sin contradicción.

Por supuesto que se puede amar a la Esfera de los Cuerpos. La variación puede servir de sabroso condimento de la experiencia pura. Lo prohibido, lo herético es la identificación con el cuerpo o con cualquiera de sus manifestaciones. El Ser es consigo mismo y eso incluye todo. Somos un cuerpo pero no le pertenecemos. Somos de la misma forma en la que vemos. Somos y no somos simultáneamente. Nuestra experiencia es posible solamente porque nos conectamos con el infinito en cualquiera manifestación. Experimentar no está prohibido. Lo que no es permitido es olvidar que quien experimenta es el todo. Recordarlo es vivirlo y ello sólo se consigue cuando se está en unidad. Veo desde mi cuerpo porque es mi balcón, mi torre de observación. Volteo y siempre mi mirar proviene de más arriba de mi cuello, de detrás de mis ojos de un centro invisible desde el cual me asombro o me olvido del asombro, amo o me pierdo entre lo que veo. Me doy distancia o me confundo. Recordarme es saber que miro y vivir que miro pero desde el que mira y no el mirar o lo mirado, recordar que miro es vivirme en el mirar desde antes del objeto.

Cuando sopla el viento desde el valle lejano a los pies de Safed, los encinos se retuercen regocijados por la frescura y el contacto con sus compañeros. Las copas altísimas se mecen pausada y rítmicamente mientras una lluvia de hojas cae zigzagueante acariciando la tierra y posándose en ella.

Una alfombra es así tejida alrededor de los sitios en los cuales los habitantes de Safed meditan.

Saben que las técnicas que utilizan son barcazas que ayudan a cruzar el río, nunca orillas, sólo medios aunque los más avanzados ya no distinguen entre procesos y metas, medios y fines. Para ellos una posición del cuerpo es única, irrepetible, nunca trampolín para un logro futuro, jamás preparación, sino fin en sí misma como cualquier otra postura, técnica, ejercicio o pase.

En su continuo y consolidado silencio han regresado a la infancia, son bebés asombrados por cualquier imagen, caída o sentimiento. Ya saben de donde proviene su experiencia y Cuando en las noches se reúnen a platicar recordando enseñanzas y textos sagrados se maravillan de lo que los antepasados pensaban y se enorgullecen de seguir la trama de purificaciones sucesivas a través de las generaciones. La llama que se aviva en nuestro silencio tiene mayor blancura que la de nuestro abuelo y más luz que la de nuestro padre. Dios ha crecido y algo se ha ganado con la existencia, concluyen satisfechos.

La mayor curiosidad de los sabios de Safed es averiguar cómo pasar de la esfera de las relaciones causales a la esfera del trascender acausal. Existe un universo, dicen, en el cual todo tiene un precio y todo debe pagarse.

Existe otro universo, afirman, en el cual las leyes de acción-reacción ya no funcionan. En este último universo existe la mismicidad unificada, el amor a Dios, la fe y el silencio. Los rabinos estudian cábala intentando resolver la incógnita del salto de uno al otro universo. Se reconocen como recipientes de la luz divina, de la emanación de Dios y esperan desarrollar una técnica que abra su capacidad de recepción y los coloque en el punto focal del sistema acausal. Durante años han experimentado diferentes medios de meditación y posturas y sólo muy recientemente alguno se ha atrevido a afirmar que por fin se encuentra más cerca de sí mismo que en ninguna otra vida.

Una tarde de viento, mientras un grupo de rabinos contemplaba el movimiento de las copas de los árboles y la caída pausada de las hojas de los mismos, sintieron la presencia de un ser altamente espiritual.

El piso del bosque parecía una alfombra cubierta de esponjosas hojas las que empezaron a crujir al sur de Safed. El ruido muy débil al principio, aumentaba de volumen rápidamente y en cierto momento los ojos atentos de los rabinos percibieron un punto negro que fue aumentando de tamaño hasta convertirse en un hombre de ojos rasgados, sin barba, bigote e inclusive cabello y vestido con una túnica escarlata y sandalias amplias. Lo recibieron amablemente y adivinando una urgencia citaron a toda la comunidad en la

sinagoga principal para escuchar a aquel monje quien confesó pertenecer a una secta de budistas Zen nómadas. Se llamaba Shunryu Reizal y su mirada benevolente conquistó rápidamente a los santos de la comunidad.

Aquella reunión vespertina fue memorable. La sinagoga estaba repleta y en medio, en el lugar que siempre ocupaba el cantor de la comunidad, Shunryu se presentó como un humilde y devoto monje quien solamente tenía un deseo en la vida y éste era el de llegar a un silencio total en una percepción y vivencia directa de la divinidad.

Explicó que utilizaba una técnica de meditación que lo conectaba con el sí mismo en un silencio conceptual total.

Antes de que terminara de hablar, los rabinos ya sabían que ese hermano venido de tierras lejanas iba a confirmarles la realidad del mundo espiritual. El camino era claro y la concepción prístina. Era necesario llegar al silencio, puesto que allí se encontraba el todo y Dios.

El hecho de que aquel visitante hubiera llegado a las mismas conclusiones que los nativos de Safed era una prueba acerca de la vida palpitante y extrañamente autónoma del espíritu y de su omnipresencia.

La conciencia vive y avanza y se comunica, y recordando el Ari Issac Luria, los rabinos comenzaron a hablar de los «ecos divinos».

El monje estuvo de acuerdo con la idea de la existencia de mensajes omnipresentes que se podían captar como si fuesen sonidos siempre y cuando uno se encontrara en el nivel y en la disposición adecuada.

Aquella noche llovió en Safed y los truenos y relámpagos fueron interpretados por la comunidad como una señal de vida, fuerza y regocijo de Dios por el encuentro entre el judaísmo y el budismo.

Shunryu decidió permanecer unos meses en Safed para aprender las técnicas cabalísticas rabínicas a cambio de enseñar las suyas propias en el común deseo de lograr el silencio en el contacto con Dios.

El sol de Safed fue tostando la piel del visitante y pronto sus ojos rasgados del color de la esmeralda sobresalían como dos antorchas de un fondo moreno.

Uno de los jóvenes habitantes de Safed se convirtió en el discípulo del monje y juntos se les veía meditando y haciendo ejercicios respiratorios. «El joven se interesó tanto en las enseñanzas que empezó a experimentar por cuenta propia...».

Aquel joven era yo (por supuesto) y seguramente algún experimento no me resultó o simplemente no estaba preparado para sus resultados o quizá la soledad y la meditación despertaron contenidos reprimidos que siento como

«aquello» que me asusta o don Lucio tiene razón y lo que sucede es que estoy detectando la existencia de espíritus que tratan de molestarme.

Don Lucio vive en Nepopualco y es el curandero del pueblo. Yo lo había conocido hacía algunos años cuando recién incursionaba por el mundo de los chamanes de México. En aquel tiempo me había parecido extraordinaria su presencia y poderío y magnífica su sabiduría y dotes. Ahora lo veía más cercano y familiar y algunas veces lo visitaba en su casa para platicar acerca del mundo de lo «invisible» y para conocer de cerca sus costumbres de campesino mexicano y curandero de pueblo.

Escribí mis impresiones cuando lo conocí en un ensayo titulado «Don Lucio» que enseguida reproduzco.

## DON LUCIO

Cada quien crea ceremonias rituales asociadas con actividades que considera importantes. Tal es mi caso antes de comenzar a escribir un libro. Primero requiero la aprobación del todo en mí mismo, lo que don Lucio llama los espíritus. Tal aprobación se me manifiesta como un súbito y profundo interés en comenzar una nueva etapa en el intrincado camino de manifestar mi esencia. No sólo por manifestarla, sino por conocerla a través de un medio accesible. En este punto existe otra coincidencia entre don Lucio y yo. Él ejecuta movimientos, prende copal y veladoras, recita oraciones y canta. Yo utilizo el papel y el lápiz. Lo que ambos hemos encontrado es que todo funciona mejor mientras más capacidad tenga uno de ser uno mismo.

No estoy negando, entiéndase bien, la existencia del mundo. En todo caso sostengo que existen tantos mundos como conciencias, aunque intuyo que detrás de todas ellas existe una.

El problema es adquirir conocimiento y para ello se requiere de una actividad adecuada. Las solemnidades salen sobrando a pesar de que el uso de instrumentos es beneficioso.

Para don Lucio, el instrumento principal es la analogía. Si se desea luz es necesario prender una flama. Si dos son los iniciados, dos flamas. Si un espíritu debe ser ahuyentado, se utiliza la «espada» de palma. Si se quiere belleza y tranquilidad, el uso de flores e incienso-copal es lo indicado.

En mi caso, la manifestación es más oculta y sutil: Pensamientos, palabras y letras.

A decir verdad, me pierdo cuando intento describirme. Sólo sé que hace meses me empecé a interesar por el espacio y el tiempo y hace años por la experiencia en sí. No la memoria y el pensamiento, no las acciones y las leyes, sino aquello que un vidente no puede explicar a un ciego... la luz.

A través de intrincados recovecos y no menos complejos virajes, un día me asomé a la conciencia. Quiero decir que las preguntas que me hacía se convirtieron en tan absolutamente obvias y al mismo tiempo irresolubles, que me pregunté: «¿quién las pensaba?». No se crea que no había oído antes tal

pregunta o incluso que no la hubiese formulado previamente. Lo que sucedió es que rocé un nivel que antes no había ni siquiera intuido y en él me encontré con la interrogante de mi propia existencia.

Confieso que traté de emplear todos los medios posibles para contestarla. Revisé mis conocimientos neurofisiológicos, me planteé nuevas hipótesis al respecto del funcionamiento cerebral y, al final, llegué a la endiablada conclusión de que la conciencia no es privativa del humano. Ni siquiera de los animales o de la vida, sino que también del espacio. Dije antes que me empecé a interesar por el espacio y quizás lo que sucedió es que el espacio se interesó en mí. Creo que eso es lo que me dirá don Lucio la próxima vez que lo vea.

Pues bien, hallé que la organización del espacio es más compleja que la del cerebro y no queriendo llegar a suponer que algo no enclaustrado podía funcionar igual que nuestra masa cerebral, negué, a pesar de toda evidencia, lo que «veía».

Al final entendí que el enclaustramiento es un problema cultural, acepté lo inaceptable... cada punto del espacio es una conciencia.

Por ello no me asombra que don Lucio me hable de espíritus o que manifieste el haber vivido un año entero con ellos. Hoy confesó que todo empezó cuando estuvo a punto de morir. Tal eventualidad me hizo recordar lo que otro camino de conocimiento ya había puesto a mi disposición. Me refiero a las evidencias de viajes astrales descritas en la literatura y a lo que se llama exteriorización consciente.

No son exactamente sinónimos. La exteriorización es la experiencia pura sin ego, mientras que la proyección astral es el manejo espacio-temporal de tal experiencia.

Por todo lo anterior, cuando un amigo me mencionó la existencia de don Lucio y me relató una de sus experiencias con él, no dudé en intentar conocerlo.

Al atardecer, me dirigí a Tlayacapan. No conocía la dirección de don Lucio y decidí guiarme por intuición. A la altura de un granero reconocí una choza extraña y pensando que ahí vivía don Lucio, la exploré.

Después de ése y otro intento fallido, continué mi camino pero ahora con la intención de preguntarle a Scott la dirección de mi futuro amigo. Scott, antropólogo experto en chamanismo y cineasta experimental, me informó que don Lucio vivía en Nepopualco.

Salí de Tlayacapan y en el camino a Nepopualco me envolvió una tormenta terrible. Unos niños me hicieron dudar de proseguir mi camino y eso



hizo que en lugar de encontrar a don Lucio en su casa, me lo cruzara en su camioneta en la carretera.

De todas formas conocí a su familia. Su esposa me impresionó por su pureza. Una india bellísima y entrada en años, con arrugas que le surgen de los ojos en dirección lateral. Las mismas arrugas que don Lucio tiene.

Dos días más tarde decidí volver a intentar el encuentro con don Lucio.

Salí en la mañana de la ciudad de México y a la hora de la cita, me encontré apenas en el mirador a Cuernavaca. Me sentía cansado y sin humor. Dormité unos instantes y de pronto, tuve la absoluta certeza de irme. Puse en marcha el automóvil y en menos de 6 minutos estaba en Tepoztlán. A la velocidad con la que viajaba, ese trayecto dura 12 o 13 minutos. Parecía que una fuerza me hubiera tragado y después depositado en Tepoztlán.

Más tarde, don Lucio me recibió amablemente e hizo sentar en una silla pequeña en su cuarto de los altares y ofrendas. Estas rodean imágenes de santos y cruces, colocados en el centro de una mesa. Después de saludarnos y preguntar por mi origen y lugar de residencia, sonrió abiertamente y me cuestionó: ¿Qué se le ofrece?

Me sentí obligado a explicar mis intenciones. Le platicué de mi trabajo y mi convicción acerca del tiempo como puerta de acceso a la sabiduría. Después de la explicación guardé silencio. Don Lucio recargó su barbilla en la palma de su mano y entrecerrando los ojos meditó unos instantes. Al final volteó a verme y dijo: El tiempo es muy importante, pero aprender de él es muy difícil y caro.

Yo sentí una incongruencia. No podía mezclar lo económico con lo espiritual y menos en un indio. Toda mi vida fui criado por una india, la que al morir mi madre ocupó su lugar en la casa. Sabía la belleza y honestidad purísima que esconde el alma y corazón de un indio. La referencia que don Lucio hacía acerca de lo caro que iba a salir, me dejó confuso y alarmado. Sin embargo, había algo en su cara que no coincidía con el factor monetario. Don Lucio seguramente estaba probándome. Cuando llegué a esa conclusión me tranquilicé y le dije:

—Pues usted dirá, y ya veremos si me alcanza.

Don Lucio lanzó un Mmh... y después de meditar otro momento cambió abruptamente de tono.

—Se necesita mucho entusiasmo —dijo suavemente—, y además el riesgo es alto. La gente del tiempo es muy dura y ahí no existen caminos.

Pensé que había escuchado mal. Don Lucio hablaba de gente del tiempo y mencionaba un lugar específico en el cual habitaban. Pensé un instante antes

de hablar que quizás, se refería a otro plano de existencia.

—¿En qué lugar viven esas gentes don Lucio?

De nuevo una sonrisa y una expresión nueva de seriedad mezclada con misterio e ironía.

—Yo sé de qué hablo Jacobo, yo viví un año con ellos y no es fácil.

—¿Un año? —pregunté asombrado.

—Sí señor —me respondió don Lucio, con convicción—. Estuve un año con ellos y me enseñaron lo que es el tiempo.

Mi entusiasmo aumentaba a cada instante. Creo que si hubiera conocido a don Lucio unos meses antes no le hubiera creído, pero yo mismo ya aceptaba la realidad de otros planos de existencia.

—Yo quiero saber más, don Lucio, no me importa lo que tenga que hacer. Además, acepto el riesgo.

Don Lucio me miró de nuevo y una expresión que interpreté como de confianza asomó a su rostro. De nuevo pareció meditar un instante antes de hablar.

—Veo que existe entusiasmo y fuerza y eso es lo que se necesita. Lo que quiero saber son las intenciones que tiene.

Mi intención era saber y volar, así, literalmente. Sin embargo, ambas cosas no sabía cómo explicarlas. Por otro lado, había dedicado mi vida a escribir y con cada nuevo libro mío sentía que aportaba algo positivo al hombre.

Eso es lo que le hice saber, añadiendo una comparación:

—Usted se dedica a curar, don Lucio, porque sabe que es bueno y con ello coopera al bienestar humano. Yo escribo por las mismas razones. Mi intención es saber más y compartir mis conocimientos.

—Muy bien, muy bien —dijo don Lucio con dulzura—. Veo que no hay nada malo. Creo que puedo hacer algo. Convocaré a los espíritus (ya no les llamé gentes), y les diré que quiere hablar con ellos para así obtener sabiduría.

Eso me pareció excelente. Necesitaba hablar de mis ideas y nadie mejor para entenderme e instruirme que entidades espirituales. Se lo agradecí y además le hice entender que lo que quería era ir por aquel camino solo y no en dependencia de nadie.

—Lo único que será necesario hacer —dijo abruptamente don Lucio— es una ceremonia en la que le daré «luz».

Al final le pregunté si el manejo del tiempo permitía viajar de un lugar a otro.

—En espíritu sí —me contestó— pero no en cuerpo. El tiempo puede detenerse, acelerarse o retardarse, pero nadie puede viajar con su cuerpo en él.

El martes fui a comprar todas las cosas necesarias para la ceremonia y se las llevé a don Lucio. Revisó las veladoras, el mole, las flores, las frutas y dulces. Después nos sentamos a platicar.

—Estuve hablando con ellos —dijo con seriedad don Lucio— y me preguntaron qué es lo que iba a hacer con el conocimiento que le den.

—Voy a escribir, don Lucio —le dije.

—Pues ellos dicen que habrá cosas que no pueda escribir y además quieren saber qué hará con los beneficios de sus libros.

Debo confesar que aquello me decepcionaba. Nada, excepto mi propia conciencia, tenía derecho a decidir lo que escribiría. Por otro lado, los beneficios serían absurdos, pues por más que se vendieran libros en México (si es que los editores aceptaban publicarlos), la ganancia para el autor siempre era ridícula.

Se lo hice saber a don Lucio, añadiendo que no aceptaba imposiciones con respecto a lo que escribía, pero que me daba cuenta del cuidado y respeto que debería tener al hacerlo. Le mencioné que comprendía que algunas cosas no se deberían decir y que no tuviera cuidado. Don Lucio pareció convencido y me preguntó lo que me había sucedido desde que nos vimos la última vez. Le conté las dificultades por las que atravesaba y le contesté que tenía la sensación de estar siendo probado.

—Sobre todo —le dije— hay alguien que me estoy encontrando en lugares inesperados. Un señor de edad avanzada y muy extraña cara se había cruzado en mi camino tantas veces que no podía ser coincidencia.

Don Lucio pareció preocuparse y me hizo varias preguntas acerca de las características del señor. Al final me dijo que él lo vería en su recorrido nocturno.

—Si es de ellos —dijo sonriente— me lo traerán, y si no es de ellos, ya se verá qué quiere.

Al despedirme me explicó la razón de las veladoras que me había pedido para la ceremonia. Dijo que, al prenderlas, él se daría cuenta (por el tamaño de la luz), de la respuesta de los espíritus.

Al principio había solicitado seis veladoras para mí, pero en esta ocasión duplicó la cantidad.

—Es porque la cosa es más seria de lo que creía. Se necesitan doce por los apóstoles —dijo seriamente.

También me pidió alcohol y puros. La razón que me dio es que en la ceremonia estaría «gente» de todas las edades. Se necesitaba alcohol porque cuando esa gente vivía en el mundo, no existían bebidas como las de ahora. Para los niños me pidió chocolates y dulces.

El jueves llegué 30 minutos más tarde de lo convenido. El nietecillo de don Lucio me saludó por mi nombre y su abuelo me explicó que antes de iniciar la ceremonia iba a hacer un trabajo en el monte con uno de sus discípulos.

Decidí acompañarlo y tras caminar un buen trecho, nos encontramos en una pequeña explanada rodeada por campos de labranza. A dos o tres metros del lugar en el que el discípulo de don Lucio había sentido el inicio de su enfermedad había un árbol dañado y quemado por el rayo.

A don Lucio aquello le pareció lógico. Prendió copal e inició la ceremonia de «limpia»; esta última siguió varias etapas. Primero el copal, cuyo humo don Lucio esparció por todo el lugar. Después cubrió al doliente con flores y le lanzó alcohol. Por último esparció una limonada en todas direcciones y con dos palmas en las manos ahuyentó y desenredó (así dijo después), los espíritus que se habían posesionado de su alumno.

En el camino de regreso le pregunté si él podía ver los espíritus y me contestó con un «¡claro que sí! Si no, ¿cómo le haría para curar?».

Por fin llegamos a su casa. Mientras habíamos asistido a la «limpia», la esposa de don Lucio había puesto las flores, frutas y veladoras sobre la mesa. Don Lucio explicó que un mal de uno de sus discípulos también lo era de él, y por tanto, debía curarlos y cuidarlos como a sus hijos.

La ceremonia se inició con el encendido de las veladoras. Don Lucio veía las flamas y de acuerdo con su altura y coloración lanzaba expresiones de contento o preocupación. Después hizo la introducción frente a la asamblea de espíritus, diciendo que él me recomendaba y hacía hincapié en mi entusiasmo, buena fe e intenciones.

Don Lucio seguía viendo las flamas y anunciando que todo iba bien, que no tenía problemas y que había sido aceptado.

Más tarde, nos sentamos a comer y le empecé a hacer preguntas:

—¿Existe la reencarnación? ¿Los servidores del tiempo reencarnan? ¿La conciencia se adquiere o se deposita en un cuerpo?

Don Lucio reía ante las preguntas y las contestaba una por una.

—La reencarnación sí existe —dijo solemnemente— los servidores del tiempo nunca regresan y la conciencia se da.

Discutimos luego acerca de una profecía tibetana que mencionaba a México como lugar de inicio de un gran cambio de conciencia.

—El cambio ya fue iniciado —dijo don Lucio— y será muy grande.

No me quiso decir quién ni cuando se había iniciado, pero contó la historia del abuelo del discípulo que recién había «limpiado».

—Era un hombre muy bueno, pero los rayos se la traían con él. El rayo le cayó tres veces y la última de ellas lo mató. Se convirtió en sirviente, pues éstos siempre se van con los rayos. Ahora su nieto tiene un trabajo, pero se ha «dejado» y por eso le vino su enfermedad.

Continuamos hablando por varias horas y, al final, quedamos de vernos el lunes para platicar acerca de nuestras experiencias. Nos despedimos y don Lucio me deseó toda clase de bienes.

Después de dos días oscilantes entre la conciencia y la inconsciencia, entre la alegría y la depresión, fui a visitar de nuevo a don Lucio.

Don Lucio escuchó con atención mientras yo relataba lo sucedido durante la semana y de vez en cuando asentía con la cabeza ante algunas afirmaciones que yo hacía. En realidad habían existido muchos problemas. Oscilaciones de ánimo y desesperación intensa, momentos de alejamiento de mí mismo y falta de conciencia.

—Ya lo sé —dijo sorprendentemente don Lucio— lo que pasa es que no aprovecha la comunicación que le abrí con los espíritus. Durante los momentos en los que uno se siente inquieto y deprimido, lo que sucede es que algún espíritu quiere comunicarse. Lo mejor que uno puede hacer es relajarse y apartarse a un lugar solitario. En cambio usted se ha peleado y ha hecho enojar a los espíritus que han intentado comunicarse. Debe aprender a reconocer esos momentos y debe aprender a medir el tiempo.

Esto último me dejó inquieto. ¿Qué quería decir don Lucio con «medir el tiempo»? Le hice la pregunta y me contestó muy serio.

—Yo hice el camino solo. Nadie me dio «luz». Aprendí a reconocer otras realidades y mi curiosidad, en lugar de disminuir, aumentó. Después de muchos años ellos me dijeron que había llegado al límite de lo que me podían enseñar. Me llevaron a un lugar y ahí me mostraron tres líquidos: el del bien, el del mal y el del conocimiento del comportamiento humano. Después me mandaron a trabajar. Usted es joven y fuerte y puedo ver un camino lleno de grandes conocimientos. Pero debe aprender a aprovechar la comunicación que se le ofrece. Eso es saber medir el tiempo.

Después, don Lucio dijo que en un momento dado empezaría a oír voces y después a ver gente que vendría a visitarme.

—A mí —añadió— siempre me acompañaban dos o tres trabajadores y ellos me mostraron todo lo que sé. Usted debe ser exigente y nunca satisfacerse con explicaciones a medias. Pregunte y extienda su voluntad hacia lo ilimitado. Cuando no pueda recordar algo, no se quede ahí. Siga tratando y las respuestas vendrán solas.

Interrumpí a don Lucio para preguntarle cómo se podía reconocer la voz de un espíritu de la propia. Le dije que yo había sentido esas voces muchas veces, pero que me decían cosas contradictorias e incongruentes.

—Ése es uno de los secretos —dijo crípticamente— es necesario reconocer la procedencia de las voces. Cuando lo haga, el siguiente paso es seguir sus órdenes. Ya le dije que llegará el momento en el que no sólo oírás sino que también verás. Mientras eso suceda, quiero que venga a verme muy seguido. Después, ellos se encargarán de guiarlo. Primero hay momentos de inconsciencia cuando el espíritu de uno se comunica con ellos y arregla sus negocios. No hay que espantarse. Lo mejor es aislarse y al final el espíritu de uno vuelve y la conciencia también. Es cuestión de una hora a lo mucho. Los negocios no duran más que eso. Yo puedo ahora hablar con ustedes al mismo tiempo que con un espíritu. Me costó mi trabajo hacerlo, pero ahora lo hago.

Yo sentí que se refería a aquel preciso instante y se lo dije. Le pregunté de qué estaba hablando con el espíritu visitante.

Don Lucio rió regocijado con la pregunta y no me quiso responder. Sólo me dio a entender que era cierto lo que yo había notado. A pesar de su risa, yo seguía notando cansancio en su mirada. Se lo hice saber y me dijo que después de tantos años de estar en eso, el cerebro se cansa.

Le prometí llevarle unas vitaminas y quedamos de vernos dentro de dos días.

—No olvide —me dijo al despedirnos— que tiene la «luz», cuídela y que le vaya bien....

Ahora que lo pienso, creo que algo en la luz angelmática es la «luz» que don Lucio me dio. A mí, esa «luz» empezó a estimular mi fantasía y aunque ya había incursionado por el territorio de los cuentos, a partir de mi encuentro con don Lucio, los que escribí ganaron en creatividad y fluidez. Antes de reproducir algunos de ellos quisiera aclarar que en su manufactura no todo fue imaginación. En realidad, todos mis cuentos están basados e inspirados en eventos reales y en experiencias auténticas. Cuando los empecé a escribir me impuse la obligación de transmitir con ellos enseñanzas. Después, me di cuenta de que ese deseo me evitaba ser libre y por el contrario me sometía a una especie de dependencia autoimpuesta muy molesta y distractora.

Últimamente el motivo para escribir es el mismo hecho de escribir y eso es una ganancia tal que mi espíritu se regocija al reconocer que es capaz de disfrutar del acto mismo sin necesidad de algún efecto deseado o de una recompensa. En realidad toda manifestación es asombrosa y tan milagrosa como la flama creativa de la cual proviene. El percibir esto requiere colocarse en la posición de observador asombrado por el proceso de la vida. ¿Quién puede decirse lo suficientemente sabio como para saber el origen de la creación... de cualquier creación? ¿Quién puede definir la luz angelmática?

Cuando en la meditación se elaboran todos los contenidos del pasado y de pronto se vislumbra la existencia en el presente y se es capaz de admitir la belleza del sentirse vivo y de disfrutar plenamente la capacidad de crear... cuando todo está bien y uno sabe que está bien porque así uno lo percibe, cuando se reconoce la existencia de una alegría sin condiciones ni aparente causa, entonces se coloca a la conciencia en la esfera de la luz angelmática.

Los siguientes cuentos fueron escritos durante esos instantes de gran creatividad.

## **EL JUEGO**

*a Louis Chauvet*

Mientras todos esperaban su turno, el sonido hueco y preciso aumentaba su frecuencia. En ocasiones parecía que aquella pequeña esfera pálidamente blanca continuaba existiendo como trazo continuo sobre la verde pradera de la mesa.

Cuando les habían propuesto iniciar los juegos, todos se habían mirado con un estupor vacío de esperanzas. Lo único que podía entusiasmar era el conocimiento nuevo, y la perspectiva de pegarle a una esfera repetida y fríamente no excitó a nadie. Solamente Crack intuyó que algunas características del espacio podrían averiguarse así. Con una sonrisa en los ojos movió la cabeza afirmativamente. Damonto no lo hizo esperar y, a los quince minutos, el sonido hueco se oyó por primera vez dentro de los muros de la comunidad.

Aquella noche, Crack no pudo dormir. Docenas de imágenes lo llenaban, asombrándolo por su claridad y detalle. En la mañana se encontró preguntándose quién era y qué hacía en el planeta Tierra.

He querido ser como un pájaro —se dijo frunciendo el ceño—, como un espíritu libre de ataduras, pero sólo lo he deseado. Sufrí las tentaciones de aceptar al hombre, pero decidí, triunfal y soberbiamente (Crack esbozó una sonrisa), apartarme de todo contacto con aquella materialidad que siempre ofuscó mis sentidos. Ahora tengo más experiencia; sé que se requiere paciencia y he aprendido a entenderla. Paciencia es sabiduría de reconocimiento de niveles; paciencia es saber qué es lo que va primero y qué es lo que va después.

Recuerdo que en mi deseo de volar, consulté con don Lucrecio. No lo llamé, ni tampoco fui a verlo, se entiende. Simplemente le hice varias preguntas:

—¡Don Lucrecio!

Al principio nadie contestó a mi llamado, pero poco a poco fui sintiendo un cosquilleo característico seguido de un zumbido auditivo. Supe que alguien estaba tratando de contestarme y que lo único que se necesitaba era mayor fuerza e intención en el llamado.

—¡¡Don Lucrecio!!

Por fin detecté la contestación. No me gustó mucho el tono, pues me hizo sentir que había interrumpido algo importante.

—¡Don Lucrecio!

—¡Qué carajos quieres!

—Deseo volar.

—¡Pues vuela!

—Gracias don Lucrecio.

Ésa fue toda la conversación, y a partir de ese día lo intenté de verdad.

Aquí me enfrenté con el problema de cómo lograrlo. Lo consulté con algunos amigos y creyendo que un especialista me daría más razones, le conté a uno de ellos mi problema. A las dos semanas me mandaron aquí. Confieso que los primeros días encontré oídos comprensivos. Les hablaba de mi sueño y me contestaban en forma parecida a como lo hizo don Lucrecio. Sin embargo, pronto supe que había sido un ingenuo. En este lugar nadie tenía un proyecto serio acerca de volar. En este lugar todos estamos locos.

—¡Don Lucrecio!

—¿Qué?

—¿Qué hago en este planeta?

—Te trajimos aquí.

—¿Quiénes?

—¡El Uno!



¡El Uno!, eso sí me alarmó; ¡no entiendo lo que quiere decir!

Claro que sucedió lo que debía suceder; la voz calló y yo me encontré con la incógnita y la pregunta de siempre: ¿Existe o es una falla de intención?

Ya sé que nadie lo entenderá igual, que nadie lo ha entendido nunca. Paréceme que el hombre vive sólo medianamente acompañado. Por supuesto algunos pueden disputar la medianía y considerarse iguales a los que también la usurpan. Pero no yo, yo no, no yo.

Sin embargo, trataré de ser claro, y para ello lo mejor es describir lo que se ve.

Decía que pronto me di cuenta de que este lugar no era un Instituto de Levitación ni mucho menos, sino lo que comúnmente se llama una «casa de locos».

He sufrido mucho en ella, sobre todo por la absoluta falta de seriedad que me rodea. Sólo en mis sueños y fantasías he logrado saber lo que podría hacer si estuviera libre. Primero recaudaría fondos, convencería a algún millonario de la necesidad de volar. Después, reuniría gente que esté en el mismo problema y que, como yo, desee resolverlo. Por supuesto, también haría viajes a tribus perdidas, ingeriría brebajes apropiados y aceptaría enseñanzas chamánicas. Todo eso haría si estuviese libre.

Un día le pregunté de nuevo a don Lucrecio:

—¡Don Lucrecio!

—¡Otra vez tú!

—Perdón por la interrupción, pero ¿me podría decir cuándo voy a salir libre?

Debo confesar que antes de recibir la contestación a esta pregunta sentí un dejo de duda en don Lucrecio. Fue la primera vez que sucedió desde que hablo con él, y eso me hizo pensar que lo que me contestaría sería absoluto. Y así fue; me dijo:

—¡Ahora eres libre!

Acostumbrado como estoy a seguir las indicaciones de mi amigo, me dispuse a disfrutar de mi nueva libertad y decidí esperar señales.

La primera no se hizo esperar. Enviaron aquí a un cosmonauta ruso que se decía experto en vida venusina. Platicué con él durante horas y horas, pero nunca me atreví a lanzarle la pregunta directa. Posiblemente mis anteriores experiencias me bloquearon el entendimiento o quizá no era adecuado el momento. El caso es que a pesar de mi omisión, aprendí mucho acerca del espacio. Entendí que en ese espacio estaban las respuestas a mi deseo de elevarme por los aires.

Ya sé lo que piensa en este instante aquél que me esté leyendo. Dirá que simplemente soy un loco más. Lo único que puedo decir es que aquí, en esta casa de locos, he aprendido a distinguir entre un loco y un genio. No es la actividad ni el contenido de la misma lo que los distingue, sino simplemente la capacidad de ser paciente. El loco es impaciente y el genio paciente. ¿Paciente, para qué? Para hacer lo que se le dé la gana.

En fin, decía que las cosas empezaron a cambiar y yo a sentirme genio. El cosmonauta amigo mío y yo reconocimos la necesidad de aprender acerca del espacio y sucedió que al día siguiente de tal reconocimiento llegó a nuestra comunidad otra señal: Mandaron una mesa verde con grabados blancos, la llamaron de *ping-pong*, pero yo reconocí su manufactura y supe que provenía de don Lucrecio.

Después, alguien nos invitó a pegarle a una pelotita blanca. Acepté convencido de que iba a conocer la organización del espacio y que ésa sería la forma paciente de aprender a volar.

Encontré a Damonto absorto en la visión de sus propias manos acariciándose mutuamente. A los pocos minutos comenzamos a jugar. La pelotita blanca la veía atravesando el espacio entre mi lugar y el que ocupaba Damonto dejando en ese espacio una línea blanquecina sutil y ligeramente humeante. Me había costado años llegar a percibir el trazo de los objetos en movimiento a través del espacio. Era fascinante hacerlo y ahora, con Damonto, las huellas de la pelotita empezaron a formar una nube semisólida de interconexiones entre mi cuerpo y el de mi amigo.

Encima de la superficie verde, una telaraña compacta de líneas brillantes flotaba y yo dirigía la pelota hacia los huecos de aquella masa informe y espectacularmente compleja. Eso es lo que más me gusta de este juego, construir la tremebunda red y luego llenar sus huecos con nuevos trazos. Es obvio que el trayecto de la pelota cambia según los huecos por los cuales se introduce. Sé que todo viaja en el espacio a través de esos huecos pero nadie se da cuenta de ello.

Jugamos dos horas y al terminar había un sólido blanquecino encima de la mesa brillando con reflejos violáceos como una masa pastosa que unía mis brazos con los de Damonto. Desembarazarme de esa masa me costó trabajo. Le cedí mi lugar a otro jugador y me senté a observar cómo la pelotita atravesaba la nube blanca dejando huecos en la misma. A los pocos minutos eran tantos, tan intrincados e interconectados entre sí que vi cómo toda la estructura caía como un edificio carcomido en sus cimientos. Me asombré de

que nadie se fijara o por lo menos reaccionara corporalmente ante el estruendo de la caída, pero nadie lo hizo.

En la noche y en mi camastro pensé que el secreto de todos los movimientos y todas las cosas está en el trazo que dejan en el espacio. Sabía que en algún lugar del planeta tendrían que existir gentes que conocieran los secretos de los trazos espaciales. Me imaginaba que al escribir un «yo vuelo» en el aire serían capaces de levitar estimulados por el contenido energético de su escritura áurica. Soñé que yo pertenecía a una tribu en el África Oriental conocedora de la escritura espacial. Todos los términos de tal escritura eran onomatopéyicos. Si alguien en la tribu deseaba amar, escribía el concepto en el espacio. Intrincados trazos jeroglíficos alteraban el espacio alrededor del nombre, de tal forma que con sólo mirar los trazos escritos, se empezaba a vivir la emoción del amor.

Después hablé con Damonto. Le dije que empezaría un experimento con el juego de *ping-pong*, trazaría en el espacio sobre la mesa el término «yo vuelo» tal y como lo había soñado.

Al día siguiente lo intenté sin éxito. Sin desesperarme lo probé de nuevo durante dos meses. Ayer, durante el juego vespertino con Damonto logré trazar todas las letras y sentí un leve desprendimiento. Corrí a informar del mismo a la dirección de esta institución y hoy me di cuenta de que la mesa de *ping-pong* había desaparecido. Damonto me acusó de ser el responsable del atraco. Va no me importa si lo fui o no, sólo sé que es posible volar y en las noches al visitar a mis amigos en África aprendo más cosas de las que todos aquí se pueden imaginar.

## LA TRIBU

Bastante se ha discutido el valor de la escritura. Algunos dicen que cuando la humanidad aprendió a escribir, perdió la memoria. El mundo sin registros escritos, dicen esos críticos, sería la perfección mnémica. Nadie tendría deseos de guardar datos y nadie se abandonaría a la tentación de no confiar en su propia memoria.

Estas críticas son acertadas. Pero lo son para el tipo de escritura que conocemos.

Digo lo anterior porque tengo noticias de un tipo de escritura que no produce los efectos nefastos que tan acertadas críticas han puesto de manifiesto.

Antes de introducir al lector a los secretos de la escritura arriba mencionada, debo explicar algunos eventos que ayudarán a su comprensión. Empezaré relatando la vida del reverendo Verne L. Cameron, uno de los originadores del conocimiento radiónico.

En 1925, Verne Cameron compró una propiedad rural cerca de Escondido, en la zona de San Diego, en California. Dedicado a la agricultura, se encontró con la necesidad de perforar un pozo para obtener agua. Un vecino le mostró después de varias perforaciones inútiles, el uso de un extraño instrumento que, acoplado con la conciencia, mostraba la localización de depósitos acuíferos. Pero el verdadero interés de Cameron se inició cuando su abuela, vieja germana, vino desde Washington para instruirlo en el uso de alambres radioestáticos. Cameron encontró su agua y un medio para estudiar fenómenos energéticos sutiles. Él mismo se dio a la tarea de inventar nuevos y cada vez más sofisticados aparatos para el estudio, delineación y comprobación de auras, energías radiónicas de objetos y de animales.

Las conclusiones que alcanzaron Cameron y sus discípulos son que cada forma material proviene y da lugar a una matriz energética en el espacio; que el pensamiento también da lugar a matrices energéticas, lo mismo que cualquier trazo inscrito en una superficie bidimensional.

Estudios más avanzados han hallado que la frecuencia de la emisión radiónica cambia dependiendo de aspectos de un dibujo como son la distancia que separa las líneas que lo constituyen y su morfología. Más aún, se ha encontrado que tales energías pueden ser enfocadas y amplificadas utilizando conos cuya punta sea suficientemente precisa.

Seguramente, el lector intuye ya una relación entre la escritura tribal que mencionaba al principio y el desarrollo de formas energéticas.

Los miembros de la tribu en cuestión son conocidos como los Xiucantonianos. Han vivido durante más de tres milenios en una isla desconocida del Pacífico y veneran a Xiucantatlin, el genio que descubrió la escritura energética dactilar, como la llama J. Constantin.

Xiucantatlin vivió en la época más pacífica y abundante que recuerde cualquier xiucantoniano. Vivió con tres mujeres en una choza alejada del pueblo Xaxitoni y en un ambiente de descanso tuvo tiempo suficiente para investigar. Como siempre, tales estudios fueron motivados por una serie de sucesos primeramente pasados por alto por su carácter obvio y después considerados como extraordinarios. Sucedió que Xiucantatlin tenía una esposa favorita entre sus tres compañeras. Había algo en los dedos de su favorita que lo hacía retorcerse de placer cuando lo acariciaba. Por más que

las otras esposas trataban de imitar los movimientos de la favorita, no lograban producir los mismos efectos.

Cuando el agraciado marido se dio cuenta de que las artes de su favorita no se debían a movimientos o presiones táctiles peculiares, quiso averiguar cuál era el secreto.

No encontró ninguna peculiaridad distintiva en la forma de la mano o de los dedos de sus compañeras. Tampoco alguna diferencia de temperatura u olor. Intrigado sobremanera, se pasaba observando durante horas enteras las seis manos y los treinta dedos que tanto conocía, pero sin éxito alguno.

Un día tuvo una idea que comunicó un tanto atemorizado a sus mujeres. Éstas se miraron de reojo cuando oyeron que su esposo común deseaba ser acariciado simultáneamente por las tres.

No queriendo provocar su malhumor, accedieron, y una mañana, junto al mar, procedieron a atenderlo. Xiucantatlin observó atentamente toda la operación, notando que su favorita apoyaba ligeramente las puntas de sus dedos en su piel, mientras que sus otras compañeras no hacían lo mismo.

Xiucantatlin tomó entonces una dentadura fosilizada e hizo colocar las puntas de los dedos de sus esposas frente a ella, mientras las observaba desde una hendidura entre dos molares.

Así pudo magnificar la zona. Era clara la diferencia. Los dedos de su favorita tenían huellas dactilares fundamentalmente diferentes. Espirales en todas direcciones y tamaños, cruces y estrellas de todas dimensiones formaban un intrincado dibujo.

En ese momento se inició la escritura energética dactilar. Xiucantatlin se volvió un experto en reproducir en la arena de la playa diseños dactilares y en detectar sus efectos. Descubrió que ciertas formas repelían o atraían a otras. Más aún, colocando diseños dactilares en contacto con su propio cuerpo, detectó diferentes sensaciones. Después desarrolló las mismas sensaciones, pero activadas al ver y no al tocar los diseños. Puesto que cada diseño provocaba diferente experiencia, Xiucantatlin bautizó los distintos diseños y así creó representaciones gráficas de palabras y conceptos. En la actualidad, los xiucantonianos han logrado volar, calentarse, enfriarse, llorar, reír, dormirse, sólo con leer su escritura.

## ÑANDUTI

Todo comenzó en el mar y terminó en el desierto, el mismo que mis ojos inyectados en arena ven desde este wadi.

Se anunció esa mañana nublada y llena de vapor, entre las tiendas de campaña repletas de instrumentos, que la búsqueda cambiaría de dirección. Habíamos permanecido dos años en la selva haciendo contacto con los más sabios de entre los guaraníes. Habíamos ido en busca de los mensajes que tales sabios tejen pacientemente.

Al primero que nos encontramos fue a un viejo musculoso, conocido por el nombre de Ñanduti. Pronto comprendimos que el significado de tal nombre era «Tela de araña». Por supuesto, nos sorprendió al principio, pero al observar su trabajo comprendimos la razón del sobrenombre. Durante horas interminables se sentaba frente a una improvisada mesa, con una colección de puntas delgadas sostenidas en una tela. Con hilos de diferentes colores trazaba una trama que se complicaba notablemente, hasta parecer una verdadera tela de araña. Después de comprender esto, nos dedicamos a observar cómo lo hacía.

Nos dimos cuenta de que sus tejidos nunca eran iguales. Al terminar un patrón, comenzaba otro completamente diferente. Pero no guardaba tales obras. Siempre había un indio joven que, al ver terminado un patrón lo tomaba entre sus brazos y lo llevaba a lo que después supimos eran las escuelas de la tribu.

Ñanduti era maestro de su gente y los patrones que tejía eran los libros que los niños estudiaban y que los mayores discutían durante horas interminables.

Pero en realidad no eran libros, o lo eran para algunos mientras que para otros eran palabras. Esto último era claro en los niños. En sus escuelas recogían los tejidos de decenas de maestros que, como Ñanduti, tejían para enseñarles las palabras de la lengua guaraní.

Intentamos muchas formas de aprender el guaraní. La sola observación de los tejidos de Ñanduti nos sumergió en una confusión terrible, así que pedimos permiso para atender a la clase de los niños. Pero eso fue peor. Las criaturas veían los patrones y cuando sonreían, mostrando haber entendido, se les asignaba un nombre.

Aunque no pudimos observar una división en grados o cursos, nos dimos cuenta que la cantidad de términos que cada niño manejaba variaba considerablemente. El caso extremo era una niña de seis años que conocía 2000 palabras. Recuerdo que cuando hablamos con ella nos dijo que al final todo era lo mismo.

Los maestros trataban en forma diferente a cada niño. Había uno en especial que nos asombró por su viveza. Comprendía en un santiamén el patrón que se le mostraba, e intentaba averiguar qué era lo que hacía que expresara lo que expresaba. Era un experto en hacer preguntas complicadísimas, la mayoría de las cuales los maestros manifestaban su incapacidad de contestar. Se quejaba de no entender el porqué las cosas se manifestaban como patrones.

Ése no entender nos hizo comprender que debíamos empezar a un nivel todavía más elemental, y nos dimos a la tarea de buscar un maestro.

Lo encontramos después de tres semanas, junto a un río y en una choza en la que se dedicaba a tejer patrones. Él nos explicó todo lo que sabemos acerca del guaraní.

Nos mostró primero un tejido que se llamaba **tiempo**. Nos dijo que era muy importante entenderlo pues de ahí podríamos partir para comprender otras palabras.

Supimos así que el tiempo es el secreto para conocer la sabiduría y que quien desee la capacidad de comprender el tiempo posee la clave de la sabiduría.

Recordé las palabras que antes de partir para este viaje me había dicho Gustavo; en guaraní, la palabra **tiempo** significa **sabiduría**.

Y así era; tardamos tres meses en descifrar ese tejido y, al acabar de hacerlo, nos sentimos capaces de todo. Entonces nuestro maestro nos enseñó otro patrón que significaba espacio y nos quedamos azorados al comprobar que el tiempo se derivaba de un cambio en la organización del espacio.

De ahí en adelante todo fue más fácil, empezamos a discutir como la gente mayor de la tribu. Un día discutimos acerca de la interacción de patrones y sus resultantes, y comprobamos algo tremendo.

Hasta ese día, habíamos pensado que lo que veíamos era la construcción cognitiva de una tribu específica y concreta de la selva sudamericana. Sin embargo, súbitamente entendimos que lo que hablaba ahí era algo más que un lenguaje particular. Fue entonces cuando nos avisaron que habíamos cambiado de maestro. Nos dieron unas direcciones y llegamos al delta de un río en cuya orilla vivía un ser similar a Ñanduti nuestro primer maestro. Pero, para nuestra sorpresa, este nuevo maestro no tejía. Esto hubiera sido soportable si por lo menos hablara, pero nunca lo hacía. Siempre permanecía en silencio viendo una flor.

Sólo una vez nos dijo que sentía mucho no poder regalarnos nuestros primeros cinco años de vida. Por lo menos eso hizo y nosotros entendimos, y

entonces buscamos niños de nuestra edad.

Sabíamos ya que nadie se sorprendería y por fin encontramos a un grupo de niños de dos años. Jugaban en el río a construir una presa, pero no hacían una pared recta, sino más bien curvas que se entremezclaban y a través de las cuales el agua hacía extraños diseños.

Era interesante observar cómo aparecían figuras geométricas y círculos ligados con cuadrados, dependiendo de la colocación de las paredes sucesivas de las presas.

Un día nosotros mismos nos atrevimos a construir una presa y con regocijo notamos que bastaban algunos elementos; piedras bien colocadas para crear los más complejos patrones en el agua. Puedo decir que ahí comenzó nuestro verdadero crecimiento.

Pronto, fuimos capaces de añadir paredes y complejas curvas a nuestras construcciones. Pero cuando esto sucedió, nos dimos cuenta de que algo había cambiado.

Cerca del río se estableció un campamento de exploradores de recursos geológicos. Traían regatos para los niños y utensilios de cocina para los mayores. Establecieron una tienda de canje en la que cambiaban estos utensilios por tejido guaraní.

Los sabios de la tribu, intuyendo el peligro, comenzaron a mandar tejidos que significaban que nadie debía pensar en obtener ningún beneficio con ninguna acción, que de proceder al contrario habría metas que en lugar de expandir el conocimiento lo mutilaría. Ni siquiera querer aprender es permitido, sino únicamente aprender.

Llegamos a comprender el tiempo y el espacio; supimos que todo es creación y que, a final de cuentas, todo es uno. Nos ayudaron los niños y el río y las piedras y el único hilo con el que los mayores tejían sus patrones.

Ahora vivimos en el desierto y estudiamos la arena. Estamos seguros de que nadie cambiaría el trazo dejado en el viento por utensilios de cocina.

## **REDES**

En el interior de una cueva revestida de ilusiones vive una redonda roca. En el interior de una montaña en contacto con el cielo vive una cueva.

Roca, cueva, montaña y cielo.

En el interior de la roca de la cueva de la montaña del cielo sólo roca.

Un día, una hormiga.



Cayendo del cielo en dirección a la montaña, la cueva y la roca.  
Hormiga alada, hormiga reina repleta de futuros.  
Buscando sombra, alimentándose de su propio cuerpo, reposando.  
Hinchándose de sabia, creando vidas, esperando de las vidas nueva vida.  
Las doncellas hormigas a la roca penetrando, construyendo túneles y antecámaras, nidos de esperanza para la nueva cría.  
Roca que de roca sólida, esponjosa mina.  
Túneles de miel y caminos, venas supurando antenas, viajes de hormigas escarbando roca, mordiendo roca esponjosa mina.  
En el centro, verdadero y exacto uno la recámara real. Convergencia de miles de caminos, origen de sustancias, comunicados y vidas.  
Centro que repica, centro que resuena de pasos que en las minas mensajeras almas de hormigas.  
Comunicados, interacciones, roca que de ser roca contenedor de vidas.  
En una cueva en el interior de una montaña en contacto con el cielo una roca respira.  
Esponjosa vida sin ser notada por las hormigas, despierta.  
Soy de lo que soy, cúmulo de vidas, reptante adentro, red de nueva osadía.  
Soy de lo que me nutro sin ser el alimento. Soy de todo lo que me forma y más que ello.  
Roca rodeada de paredes revestidas de ilusiones.

## **EL ZOHAR**

*A Rita Kuhnke*

El rabino Simón Ben Jochai se alisó su larga cabellera y volteó a ver a su hijo Eleazar, recargado en la pared de la cueva. Debo haber soñado otra vez lo mismo, se dijo, mientras aspiraba el olor húmedo y frío de la madrugada. ¡Eli!, lo llamó dulcemente, ¿de nuevo? Eli...

La luz de la luna es como la primera letra de su nombre... la luz de la luna... así nos decía Rabi Akiba... Eli, Eli, ¿me escuchaste?

La oscuridad de la cueva es su propia luz, pensó mirando a su hijo, la oscuridad está basada en la luz porque de otra forma no se sentiría. El sentir la oscuridad y la luz es el mismo sentir y el sentir es como la luz de la luna.

Me gustaría volverte a ver Rabi Akiba, decirte que tenías razón, que en el aislamiento se comprende y se aprende a ver en la oscuridad y en el silencio se encuentra a Dios...

Los niños jugaban con el sol, bailando en las callejuelas empedradas, y los mayores señalaban con los ojos las dos figuras perdidas en pensamientos, caminando como entre nubes, alzando la vista al cielo y de pronto tropezando con un niño y riendo... Te extraño Rabi Akiba... me gustaría decirte que tenías razón y que el tiempo se detiene cuando se pierde el orgullo, que los años duran menos que los días y las semanas más que los meses, que de pronto se vive sin recordar las explicaciones y así, súbitamente se hace la luz y... Eli, ¿lo soñaste de nuevo?

Eleazar deseaba volar, siempre lo había querido y en sus últimos sueños se veía a sí mismo volando, sostenido por un dibujo extraño, dibujo que recordaba cuando el sueño fatigado de sí mismo aleteaba en la madrugada, dibujo que olvidaba apenas intentaba trazarlo en la arena que se esparcía a la entrada de la cueva.

Eleazar había decidido acompañar a su padre perseguido por los invasores. Se habían guarecido en aquella cueva hacía tanto tiempo que el joven ya no recordaba el instante en el que la encontraron aquella mañana.

A Simón Ben Jochai le interesaba el sueño de su hijo, no tanto porque él mismo quisiera volar, sino porque intuía que detrás de aquel dibujo se hallaba parte de la sabiduría de Rabi Akiba, su querido maestro.

Recordaba su última conversación con él poco antes de su tortura y muerte. Habían hablado de los días y las noches y de otras oscilaciones. Akiba, lo recordaba bien, había utilizado precisamente ese término: «oscilaciones». Las oscilaciones del día y la noche crean patrones, las oscilaciones de las estaciones crean patrones, las oscilaciones del sonido crean patrones...

El patrón que logre contener todos los patrones, le había susurrado Rabí Akiba al oído, ese patrón es la clave para encontrar el nombre secreto de Dios y así poseer toda la sabiduría.

¿Cuál es el patrón que no sometido a ninguna oscilación se crea?

Ben Jochai había decidido ocultarse en la cueva después de ver morir a Akiba en manos de los Romanos y saberse perseguido por ellos para correr la misma suerte. En la oscuridad de su vivienda oía la arena reptante del desierto y dejó de saber cuando era día y noche, invierno o verano... ¿cuál es el patrón que no sometido a ninguna oscilación se crea?...

Eleazar era un joven magnífico a los ojos de su padre, soñador, idealista, pero violento con la palabra a la que no rendía ningún culto. La palabra, le decía a su padre y maestro, la palabra no alcanza.

Ben Jochai no opinaba lo mismo. La palabra también es una oscilación y seguramente acoplada con el dibujo de tus sueños te permitirá volar, le decía sonriendo pero con seriedad. Eleazar accedía con un gesto pero íntimamente no lograba, ni siquiera, entrever una relación.

Los días pasaban lentos y las semanas raudas, los meses lentos y los años presurosos, un día Eleazar gritó en medio de la noche y Ben Jochai se despertó comprendiendo. ¿Lo viste, lo recuerdas?

Es un dibujo que contiene todos los dibujos en cada una de sus partes, es un dibujo que se repite y reproduce y cambia sin cambiar, es un dibujo y son muchos, es...

Aquel recuerdo fue suficiente. A la mañana siguiente, los dos, padre e hijo, salieron a la arena, se acostaron en ella y con un brazo sosteniendo una mejilla y el otro recolectando pequeñas muestras de aquel polvo color de oro, negaron con la cabeza. Demasiado simple a pesar de que cada grano es igual al resto y lo contiene y lo reproduce y es un dibujo y son muchos y contiene al todo y... pero demasiado simple. Eleazar asintió y miró a su padre comprendiendo que no bastaba su recuerdo, algo más había.

Mientras el hijo seguía pensando en su deseo y realizaba docenas de experimentos con trazos en la arena mezclados con inagotables e infinitamente circulares ejercicios mnemotécnicos, el padre decidió no decidir y a cambio de su comprensión del destino, éste le deparó sorpresas interiores que poco a poco fue siendo incapaz de comunicar aun a su único compañero.

Una tarde una visión de una boca de volcán recién apagado sumergió la mente del rabino dentro de su imagen como quien saborea de un manjar exquisito. El volcán aparecía como vislumbrado desde lo alto, como si los ojos de Ben Jochai se hubiesen desprendido de sus órbitas y lanzados en pavoroso ascenso flotaran entre nubes. Pero las nubes que veía era caligrafía de Dios. Detrás del volcán apareció un sol enorme, rojizo, esplendorosamente fuego. Las nubes coloreadas de un rosa violáceo rodeaban el volcán y un cielo azul intenso se transparentaba aquí y allá entre los algodónáceos y esponjosos vapores.

Ben Jochai nunca había visto algo semejante y se sorprendió a sí mismo intentando mantener la imagen y luego aprendiendo a introducirse en ella, alejarse, acercarse, viajar en círculos y más tarde haciendo aparecer otras hasta que un torbellino de visiones lo acompañaba día y noche.

Le bastaba cerrar los ojos y allí estaban, y él, regocijado, viajaba entre ellas y pronto dejó de comprender el deseo de su hijo y consideró todo deseo como atentado en contra de lo que acontece cuando el deseo desaparece. ¿Para qué? Se preguntaba, la acción si más allá de cualquier acto está el verdadero sentido. El mismo no sospechaba lo que estaba a punto de acontecer.

Una mañana, encontró un punto luminoso dentro de una oscuridad total. Puesto que tanto ver le había enseñado a controlar lo visto, después a dejarlo libre, decidió acercarse al punto y más adelante dejarse fluir en él. Así hizo y al introducirse al color ambarino-verdoso de la diminuta luz, reconoció que ésta era solamente una pequeña porción de una imagen mucho mayor. Retrocedió en sí mismo y tal y como había intuido, el punto luminoso se transformó en acompañante de cientos de otros puntos y reconoció en ellos el firmamento estrellado de una noche clara y a él mismo como capaz de expandir su visión con el solo recurso de alejarse de un detalle. Continuó haciendo más distancia y pronto todo el firmamento retrocedió ante su vista y un universo lleno de espirales se le mostró completo y total visto desde un lugar que ya no pertenecía al universo. Intentó retroceder aún más y de pronto vio un mandarín chino flotando en un espacio lleno de cristales, sentado en lo que parecía ser una alfombra tamizada de patrones tejidos.

La cara del oriental era bella y unos ojos rasgados enfocados en los dibujos de la alfombra le indicaron que aquella visión era la que su hijo deseaba y esperaba.

Se acercó al chino y le pidió ver la alfombra. Vio entonces el mismo firmamento de antes pero bidimensional y consignado en un tejido adamantino hecho con microscópicos hilos de seda de todos los colores.

El chino lo invitó a subir a su «nave» y le mostró la forma de viajar. No hablaron, sólo bastaba ver la dirección en la que aquellos ojos rasgados enfocaban el firmamento tejido para viajar al mismo punto del firmamento real.

Poco a poco Ben Jochai comprendió la técnica y al aplicarla decidió regresar a su cueva.

Eleazar trazaba con una delgada astilla líneas en la arena cuando reconoció los pasos de su padre y se quedó pasmado al divisar su figura envuelta en un halo dorado.

En un súbito relámpago de intuición sintió el estado de su padre y entendió el halo dorado como una manifestación de algo sublime. Cientos de pensamientos atravesaron a Eleazar y entre ellos la noción clara de que más

allá de su búsqueda o del acto mismo de volar existía lo que no posee límites pero es el fundamento de una vida. En unos cuantos segundos advirtió que su forma usual de ver la vida había saltado de su lugar y que una novedosa percepción lo envolvía. Algo había sentido al ver a su padre que no era ni su padre, ni el halo dorado que lo envolvía ni su caminar casi flotando sobre la arena, sino más bien lo que en esencia era su padre y al mismo tiempo no era su padre.

Un yo escondido en el interior de una envolvente, idéntico al yo escondido en cualquier envolvente y al mismo tiempo en todo, un sentir una mismidad sin individualidad y simultáneamente en una expresión de la misma, una sensación de Ser más que cualquier identidad restringida.

Eleazar contempló el trazo que había hecho en la arena y lo consideró superfluo. Se vio a sí mismo con el afán de encontrar, también allí, lo mismo que había visto en su padre y de pronto se percató que era idéntico, se levantó de la arena y corrió a abrazar aquella figura que se le aproximaba.

Esa noche, todavía visible el halo dorado, el rabino contó sus experiencias y su hijo las suyas.

Eleazar sentía que algo había y estaba creciendo en su interior, algo tan luminoso y cierto que al cerrar los ojos e intentar dormirse percibió una filigrana de patrones dorados inmersos en un conjunto de formas geométricas complejas. Los veía tan claros que repetidamente abría los ojos para comprobar si su visión era externa.

Por fin se durmió y soñó con un punto violeta rodeado de una atmósfera oscura. El punto se fue agrandando ocupando la zona oscura, hasta que todo, alrededor de Eleazar, fue violeta. Después algo consciente en el Eleazar dormido decidió alejarse de aquella mancha violácea y poco a poco observó, como antes su padre, como disminuía de tamaño hasta convertirse en un diminuto objeto parecido a una roca. Súbitamente todo alrededor de Eleazar adquirió forma y un grandioso paisaje se le apareció. Dentro de ese paisaje y como un detalle ínfimo del mismo apareció lo que antes era un todo violáceo. El procedimiento de alejarse había construido un mundo y Eleazar entre sueños supo que había encontrado la clave para lo que deseaba.

Padre, le dijo al rabino la mañana siguiente, un todo puede convertirse en parte diminuta de otro todo hasta que en una espiral infinita el espacio que me rodea se convierta en parte de mí y con ello en catapulta para el vuelo.

Así es, le contestó con serenidad Simón Ben Jochai, así es...

¡Padre!, volvió a insistir Eleazar, eso es el dibujo que buscaba y ahora, extrañamente, ya no me interesa el vuelo, sino más bien el dibujo y... ¿me

comprende?

¡Así es!, volvió a repetir el rabino.

Eleazar miró la cara luminosa de su padre y sin poder contenerse comenzó a sollozar.

Una actividad frenética se inició desde ese instante. Sin embargo, cualquiera que hubiera visitado a los habitantes de aquella cueva perdida en el desierto, cualquiera que no percibiera más que lo externo sólo hubiera visto dos figuras tranquilas, inmóviles y pensativas recargadas en dos paredes de su aposento.

En el interior de esos dos cuerpos, sin embargo, una llama flameaba y sin necesidad de utilizar palabra alguna, una llama avivaba a la otra hasta alcanzar resplandores de hoguera.

Eleazar estaba menos preparado para resistir tanta luz que Simón. A veces sentía que una verdadera llama lo incendiaba por dentro y entonces no le quedaba más remedio que salir a lo que en esos instantes le parecía frescor y lo que hacía unos meses sentía como arena y sol quemantes.

Su padre, en cambio, parecía no ser afectado; permanecía sereno mientras el conocimiento se le mostraba tamizado por un gozo sin límites.

Una tarde de luna blanquecina y semitransparente. Una tarde de azul profundo, el rabino Simón Ben Jochai, recostado en una roca a la salida de su cueva y jugueteando con el viento amigo, decidió hacer una excepción en su no decidir y buscó la raíz de su sentir. Trató de descubrir un observador en sí mismo y de pronto se dio cuenta de que lo que experimentaba como observador no era el verdadero él mismo, sino otro yo mismo. Trató de explicarle a Eleazar pero le fue imposible describir la sensación de no encontrar un sí mismo real. Es, le decía, como si contuviera a toda la gente que he conocido y las sintiera como yo mismo.

Ante el fracaso de sus intentos por explicar, Simón se introdujo, de nueva cuenta, en la disección de sí mismo para encontrar su verdadero yo. Una tarde creyó haber hecho contacto real y se regocijó de ello, para hallar, al día siguiente, que la sensación provenía también de otro yo internalizado.

Por fin, desesperado abandonó la búsqueda y a los pocos minutos de haberlo hecho, de pronto, se sintió arrastrado por una cognición. Miró a su alrededor y a su propio cuerpo, y empezó a reír con tal intensidad, que llamó la atención de Eleazar.

Este último observaba a su padre riendo sin parar y asombrado lo cuestionó.

¡Es que todo es Uno!, ¡todo es Uno! Le alcanzó a decir Simón en medio de su estrepitosa muestra de alegría.

Aquello no convenció a Eleazar quien vivamente interesado en la súbita alegría de su padre intentaba comprenderlo en su significado más íntimo.

Pero, entonces, ¿quién es el que siente? Le preguntó aquella noche.

Simón lo miró y sonrió ante la pregunta. Creo recordar, le dijo, que a ti el lenguaje te parece insuficiente.

Así es, le contestó Eleazar.

Mira el vuelo de los pájaros, siente el viento entre la arena y observa su dirección y fuerza. Recorre el camino de los escorpiones y vislumbra las ondulaciones, picos y valles de las montañas lejanas, haz hablar a tu voz y moverse a tu cuerpo. Escucha el lloro de la noche y ve las sombras que proyecta la luna. Divisa las nubes y sus contornos, compara la sombra de sus entrañas con la coloración de la arena.

Ahora penetra a tus sentimientos y velos como a las nubes, al viento, a la arena, a las montañas y a la luna y entenderás que todo es UNO.

Reconoce la liga entre los pensamientos que alumbran, y el aliento de tu boca; eso lo verás fácil.

Ahora penetra a la unión de pensamiento con aliento y verás que es la misma pasta que la que liga los pensamientos.

Ve tus movimientos y de nuevo reconoce en sus secuencias las leyes de tu pensamiento, el origen de la luz y las oscilaciones del viento. Encuéntralo todo por ti mismo.

Eleazar soñó con unos huesos extraños y a la mañana siguiente, mientras el frescor de la noche apenas abandonaba la arena y el resplandor rojizo de un sol saliente lo pintaba todo del color de la sangre, encontró una osamenta de jaguar y un fémur de animal extraño.

El joven había salido a su caminata acostumbrada impulsado por la necesidad de movimiento y como precaución ante inesperadas sorpresas; al pie de una pequeña loma había visto los huesos reflejando la luz del sol al igual que hace la luna y con similar mensaje.

Al recordar su sueño y al compararlo con su súbito descubrimiento, Eleazar sintió la presencia de una señal cierta y poderosa. Se acercó a los huesos, los contempló unos minutos fascinado por las formas y después los recogió de su lecho arenoso y ya en su cueva se dedicó a observar los detalles de las osamentas. Supo que el cráneo era de jaguar porque sintió, al tocarlo, un temor ágil y felino. El otro hueso quedó sin identificar. La mitad derecha del cráneo del jaguar estaba formada por curvas suaves, declives cuidadosos y

uniones delicadas. La mitad izquierda era áspera y en lugar de curvas suaves, ángulos agudos la formaban. Eleazar estaba fascinado por la diferencia. Reconocía en ella algo de sí mismo, dos naturalezas unificadas en un solo ser pero en sí mismas diferentes. Una suave y la otra dura, una curva y la otra lineal, una rugosa y la otra esponjada, una luminosa y la otra oscura, una femenina y la otra masculina...

El otro hueso manifestaba la misma dicotomía pero si en un extremo la porción femenina se localizaba del lado derecho, en el otro, cambiaba hacia el izquierdo y lo volvía a hacer una y otra vez como en un juego extraño de bifurcaciones alternadas.

En el jaguar Eleazar reconoció zonas de furia y otras de contemplación, secciones de terrible intención demoledora y otras dulces y tranquilas de retozar familiar.

Las zonas agresivas e intensas estaban siempre rodeadas de excrecencias sutiles en cuyos límites se desdibujaban flamas o lo que parecían salientes de fuego. Eleazar intuyó que éstas reflejaban poder y sobre todo expresión de poder.

En una saliente posterior, el hijo del rabino vio un declive en forma de espiral y otro con dos círculos entrelazados. Supo que el jaguar, al avanzar, dejaba huella de sus pasos y que ésta era una espiral mezclada con un infinito. Todo animal en contacto con esta huella retrocedería abrumado por la claridad de una muerte segura, de una inescapable espiral infinita, Cada parte de ese cráneo empezó a hablar ante los atónitos sentidos de Eleazar y dejó un sabor de sabiduría colosal en su memoria.

Cada unión de distintos huesos para formar una estructura común lo conmovieron por la presencia de un plan unificador que trascendía la existencia de los detalles concretos del cráneo. Algo por encima de su totalidad y previo a ella había decidido unir los huesos en aquella forma y no en otra. Un designio superior había establecido un orden temporal de supervivencia en el cual el cráneo, como estructura rígida, permanecería como testimonio de las funciones ejercidas por un tejido más mutable y menos permanente. En el hueso quedarían inscritos los detalles unificadores de una historia, aquello que más se repitió en ella y por tanto lo que más había ligado, su realidad, su constancia y sus hábitos...

Era la escritura de Dios y Eleazar agradecía al Único por la bendición de la vida.

Aquél que podía dibujar su pensamiento en un hueso, aquél que decidía era inocente y bello y tranquilo y puro y majestuoso y un artista consumado.



Eleazar reforzó su fe y se dio a la tarea de buscar nuevos hallazgos para estudiarlos.

Por primera vez en su vida, algo le había hablado directamente a la zona de sí mismo que al activarse produce la sensación de testimonio, tuvo la clara impresión de que existía algo SIN FINAL y aquello se le había manifestado como conocimiento inscrito en una de las casi infinitas manifestaciones de la creación. ¿Cuántas manifestaciones existían?

Eleazar habló con su padre y le confesó haber sentido el SIN FINAL.

El EIN SOF se me presentó, le dijo, confiando en que Simón entendería, el EIN SOF existe; existe un lugar que es EIN SOF.

Su padre lo miró encantado; en sus ojos se traducía el deseo de compartir la esperanza de poder dialogar. Simón supo que el EIN SOF al que se refería Eleazar no era el verdadero, aunque nada podía estar más cerca. Escuchó el relato del jaguar y con una sonrisa mencionó que la dirección del EIN SOF siempre apuntaba hacia arriba. El hijo del EIN SOF, dijo al final, es horizontal. Todos los jaguares del mundo, todas las aves, todos los peces, todo ello es el hijo. Lo que de común tienen, lo que indica la presencia de la mente, lo que así se siente, lo que hace introducirnos en un torbellino, eso es el padre.

Eleazar se sintió defraudado y con una sensación de tristeza se alejó de la presencia de su padre.

Llegó a donde había depositado el cráneo de jaguar y el fémur, y tocándolos cariñosamente dejó que las imágenes lo envolvieran. Vio una mujer en medio de una batalla. Vio que ella mantenía el espíritu, que limpiaba las heridas y conservaba la luz, que curaba, santificaba y corregía, y de pronto la vio saltar por los aires en medio de un grito de dolor. Vio que los riñones de la mujer eran despedazados por unos dientes y unas garras y entendió la correspondencia entre cuerpo y función.

Eleazar recorrió completamente al jaguar en dos semanas. Reconoció que él y el jaguar eran y no eran lo mismo. Recordó las enseñanzas acerca de la unidad y se despidió de su padre.

Se dirigió al mar, debía encontrar cráneos de animales marinos para poner a prueba su sentido de unidad. Debía vivir su separación y su unión para comprender sus límites.

En el camino estudió cactus. Al principio le parecieron simples, pero a medida que comparaba jóvenes con viejos, especies con especies y familias con familias, comprendió su complejidad y belleza.

Algunos mostraban caminos geoméricamente perfectos en la disposición de espinas y diminutas salientes, otros mostraban una tendencia a abandonar su propia estructura lanzando a las alturas nuevas extremidades y formas originales.

Eleazar se dio cuenta de que toda manifestación de vida intenta trascender su propia estructura. Entendió que tal intento está, de antemano, destinado a fracasar, puesto que la herramienta que cada forma viva usa, es su propia individualidad y por tanto participa en la diversidad. Sin embargo, en la diversidad también existe la unidad y también por ello, la posibilidad de trascender.

Recordó lo que su padre le había dicho acerca del padre y del hijo del EIN SOF y comprendió su significado. Siempre que algo similar acontecía su amor y respeto hacía Simón crecía y en esa ocasión casi lo hicieron volver a la cueva.

Sin embargo decidió proseguir su camino y a los pocos días escuchó un clamor oscilatorio, sintió una brisa húmeda y vio el mar. Buscó en la orilla y halló un cráneo de tortuga gigante. Estaba blanco y seco por el sol.

Su interior estaba completamente dividido en dos compartimientos y en la parte externa y superior una especie de flor gigantesca se desdibujaba levemente a través de sutiles y delicadas salientes de hueso. Eleazar se quedó pasmado por la división y por la flor en medio de ella y de pronto intuyó que aquella flor unificaba lo dividido y era la esperanza para llegar a un mundo trascendido.

De nuevo ocurre lo mismo, todos deseamos lo mismo...

Cuando Eleazar regresó a la cueva, se encontró a su padre escribiendo frenéticamente. Era tal su concentración al escribir que Eleazar no se movió. Sin embargo su curiosidad y el deseo de compartir sus nuevos descubrimientos lo hicieron atreverse a preguntar. Simón se sobresaltó dándose cuenta de que en su concentración no había notado la presencia de su hijo. Se saludaron y Simón explicó que empezaba a escribir sus pensamientos guiado por el Altísimo, mientras Eleazar habló de sus cráneos y de su exploración dentro de la unidad.

Durante la ausencia de Eleazar, la soledad de Simón había sido tan completa que ahora, escuchando a su hijo, se dio cuenta de que algo muy extraño le acontecía. De pronto, la sensación de que existía una continuidad entre un movimiento y el siguiente de Eleazar comenzó a desaparecer. Luego, lo mismo aconteció con las palabras, una de ellas era una unidad y la siguiente otra y ambas existían por sí mismas e independientes. Simón dejó de

entender lo que Eleazar decía y solamente atendía a su nueva forma de percibir. En ella, la realidad de un continuo perceptual dio lugar a la vivencia de momentos perceptuales separados unos de los otros como si un pegamento que normalmente sirve para mantener unidos los preceptos hubiese desaparecido.

Asombrado hasta un punto imposible de resistir Simón interrumpió el relato de su hijo diciéndole que el pegamento de la realidad había sido roto y que ahora todo se veía desde antes de la creación de la experiencia.

Eleazar lo miró estupefacto. Mi padre, pensó súbitamente, ya no está en este mundo y yo estoy solo.

Los caminos de esas dos almas en encierro voluntario empezaron a diverger. Ni Simón entendió lo que Eleazar vivía ni este último comprendía las experiencias de su padre. Sin embargo, la divergencia aumentó el respeto y la unión de los dos seres.

Simón trabajaba para diluir el pegamento de la realidad y Eleazar viajaba en sí mismo intentando hallar un lugar verdaderamente suyo. Comparaba sus hallazgos en sí mismo con sus recuerdos de otras gentes y siempre que lograba abstraer la sensación íntima de presencia de algún otro y lo comparaba con la sensación que de sí mismo él tenía, se encontraba con que ambas, la sensación de los otros y la de sí mismo se diluían en una interrogante extraña que lo atormentaba, no se daba cuenta de que estaba repitiendo el aprendizaje de su padre.

¿Desde dónde, se preguntaba, estoy viendo lo que veo? ¿Con qué coincide y es fuente?

Le sucedía a Eleazar lo que siempre acontece durante el cambio de una visión concreta de la realidad a una en la que la mística y lo espiritual adquieren un sentido en sí mismos. En la interface, el espíritu busca el apoyo del mundo y duda de sí mismo como esencia y fuente.

Eleazar se desesperaba al no encontrar el punto de unión entre sus pensamientos y la realidad concreta de sus sentidos. Dudaba de una y luego de la otra, y todavía no lograba dar el paso que lo llevaría a aceptar como realidad en sí misma y suficiente la verdad espiritual.

Una mañana decidió consultarlo con su padre. Dudaba que éste accediera a penetrar en su interrogante, tan ensimismado se hallaba con las suyas propias. Sin embargo se atrevió:

¿Qué debo hacer para no comparar?

Simón lo miró con interés y recorrió su memoria tratando de hallar una etapa similar a la de su hijo para recordar lo que la había precedido y hacia

donde se habían dirigido sus consecuencias.

De pronto recordó y sonriente le dijo a Eleazar:

Somételo a todas las dudas, intenta destruir su aparición y cuando te des cuenta de la imposibilidad de hacerlo tu mente se olvidará de las preguntas y solamente quedará lo que se encuentra más allá de la duda...

O sea, balbuceó Eleazar, que existe por sí mismo y en su realidad su existencia no requiere sostenimiento alguno.

Así es, le contestó el rabino.

Eso fue suficiente para que en Eleazar se despertara una curiosidad inmensa por saber lo que su padre escribía. No se imaginaba que el rabino había decidido trasladar al pergamino el análisis de la existencia de diferentes mundos espirituales. Lo único que Eleazar notaba es que su padre dedicaba cada día más tiempo a escribir...

Una tarde le pidió permiso para hablar y sofocándose por lo que le iba a solicitar, le dijo que deseaba saber lo que escribía.

Ahora, le contestó su padre, me estoy preguntando acerca de los diferentes caminos por los que cursan las ideas hasta desaparecer en la conciencia. Encuentro que en cada ser humano, los trayectos son diferentes y al mismo tiempo iguales. Simón meditó un momento acerca de la petición de su hijo y algo en su mente le ordenó posponer la satisfacción de sus deseos, por fin habló: Esperemos un tiempo y cuando vea en ti suficiente fuerza te permitiré leer lo que escribo.

Aquello dejó intrigado a Eleazar. Su curiosidad no tenía límites y se preguntaba acerca de su propia fuerza y de cómo su padre tenía una visión tan clara de algo de él mismo que él mismo ni siquiera sospechaba.

Seguramente que cuando tenga la suficiente fuerza me daré cuenta y sabré lo que quiere decir tener la suficiente fuerza...

Aquella noche Eleazar se acostó con la pregunta acerca del significado de su fuerza dando vueltas en su mente.

Soñó que lo perseguían y que el terror lo hacía desaparecer. Algo, sin embargo, persistía de él, puesto que se buscaba y en el momento en el que aceptaba el terror éste desaparecía y se encontraba y volvía a ser él mismo en una sensación de ser inconfundible con el ser de su padre y el ser de todos los amigos que alguna vez había tenido.

Soñó que ese ser, de pronto, dejaba de ser inconfundible y se convertía en idéntico al de todos y en su mismidad parecía una flor de desierto, y tal como ella resplandecía de reflejos de un simultáneo sol de mediodía y una luna de medianoche.

Eleazar se despertó sudoroso y buscó la flor entre las paredes de la cueva. Consciente del carácter onírico de la imagen volvió a dormirse.

De nuevo vio la flor pero tan cerca de sus ojos que uno de sus pétalos parecía tener el tamaño de todo un desierto. Observó venillas pulsantes de sabia y patrones intrincadísimos de células octaédricas acariciándose mutuamente y cambiando de forma según la luminosidad del sol y la blancura de la luna. Escuchó el canto de un pájaro y asombrado vio como los patrones del pétalo-desierto también se alteraban según el tema, la amplitud y el ritmo del canto.

Volvió a despertarse y vio su cuerpo reposando sobre el piso de la cueva. Acercó a sus ojos el pulgar de su mano derecha y vio las ondulaciones de sus huellas digitales, recordó la flor, volvió a ver sus huellas y de pronto comprendió.

A la mañana siguiente comenzó a construir un telar. Recordaba a un tejedor de Jerusalén y a su telar y lo copió. Necesitaba un pedazo de tela de tejido finísimo para usarlo como membrana. Trabajó dos semanas y por fin logró montar la tela en un marco que no era otra cosa sino la base del cráneo de jaguar. Buscó arena fina y esparció un puñado sobre la tela. Colocó su invención a la entrada de la cueva y se sentó a su lado esperando que algún pájaro perdido trinara, que algún relámpago lejano rompiera el silencio y cuando esto último ocurrió, se acercó a la arena sobre la tela y vio un diseño octaédrico perfecto. Cansado de esperar pájaros y truenos alzó su propia voz y volvió a observar la arena. Cada palabra dejaba un trazo claro. La tela vibraba con el sonido y los microscópicos granos de arena oscilaban, se movían y ocupaban posiciones a lo largo y ancho de la improvisada membrana haciendo aparecer patrones. Eleazar, fascinado, se olvidó de su padre y empezó a lanzar verdaderos aullidos tratando de cambiar el tono de los mismos.

Observó que a medida que aumentaba la agudeza, el patrón resultante se complicaba pero siempre conservaba una estructura similar. Simón Ben Jochai, al principio alarmado por los gritos, observaba divertido y regocijado los experimentos de su hijo. Se acercó al cráneo de jaguar y al ver los patrones y su constancia, dijo algo que dejó petrificado de emoción a Eleazar.

Veo, le dijo, que estás a punto de entender el significado de tu fuerza.

Eleazar lo había intuido y todo su esfuerzo para hacer la tela, observar la arena y sus patrones, tenían la finalidad inconsciente de dar respuesta a la pregunta. Ahora, las palabras del rabino transformaron esa motivación inconsciente en un súbito darse cuenta de la finalidad de su conducta, del

porqué de la fascinación ante el espectáculo que veían sus ojos y de la razón, antes oculta y ahora clara, de una excitación corporal casi incontrolable que lo había acompañado durante toda la experiencia.

Esa excitación le hizo recordar su vida en Jerusalén. Su mente revivió a su compañera de juegos y a la excitación que su sola presencia le producía. Trataba de no pensar en su pasado pero ahora sabía que aquella excitación era como la aparición de un patrón en la arena ante el sonido del trueno, excepto que en lugar de arena era su propio cuerpo y sustituyendo al trueno, la presencia de la joven que tanto lo alteraba.

¡La fuerza es lo que me mantiene a pesar de todos los cambios!, se dijo regocijado consigo mismo.

Entusiasmado, se acercó a Simón y con timidez interrumpió su labor de escribano. Quiero preguntarle, le dijo con un respeto que asombró a ambos, quiero saber si lo que he visto y entendido no es ilusorio.

Simón escuchó con atención y al oír la consideración de la fuerza como constancia de sí mismo, sonrió y acarició el cabello de su hijo.

Ahora, le dijo con cariño, debes averiguar el verdadero significado de la mismicidad. Cuando lo hagas te leeré mis escritos.

¿El verdadero significado de la mismicidad?

Lo que siento es como un patrón ante lo que me estimula. Cambia la luz y veo sombras, cambia el sonido y escucho música. Sin embargo el sonido que escucho es mi sonido porque por sí mismo y en sí mismo es sólo un movimiento de mi tela.

La joven y brillante mente de Eleazar trazaba filigranas de pensamientos intentando responder la pregunta. Eleazar sabía que la única forma de llegar a cualquier conclusión acertada era dejando libre al pensamiento, observando su acontecer y cambios desde un lugar que no es pensamiento.

El sonido siguió pensando, yo lo construyo como sonido, lo mismo hago con la luz y con todo lo que hace aparecer un patrón en mí mismo. Pero entonces, ¿qué es lo que siento y desde dónde y quién y cómo?

La soledad a la que había estado sometido había acostumbrado a Eleazar a un silencio tal que podía registrar sus más sutiles estados internos. Reconoció que estaba a punto de penetrar en una confusión intensa y recordó que en otras ocasiones la misma confusión se había trascendido a sí misma cuando lograba dejar atrás a su mente y a su pensamiento y se internaba a sí mismo en un paraje ajeno al pensamiento y cercano al sentimiento de sí mismo.

¡Eso es!, casi gritó, mi pregunta acerca del origen de mi mismicidad es menos total que mi mismicidad y por tanto es incapaz de dar respuesta a su

origen. En cambio el salto desde el planteamiento de la pregunta hasta la vivencia de mi propia mismicidad me acerca más a la contestación.

Eleazar decidió llegar a un punto de sí mismo al que jamás se había atrevido antes. Buscó con la mirada el árbol solitario al que siempre acudía en busca de frescura y compañía y se dirigió en su dirección. Su sombra fortaleció su propósito; se acercó al tronco de su compañero, lo abrazó y se sentó recargando su espalda en él. Cerró los ojos y dejó que los pensamientos fluyeran en su interior sin ofrecerles resistencia.

El sonido de un grillo llamó su atención. Lo escuchó y la imagen de sus alas verdosas y de una pata acariciándolas apareció en su interior. Ya le había sucedido antes que el sonido de un animal hiciera aparecer en su mente la imagen, pero nunca había sido tan clara como en esta ocasión.

Recordó su pregunta e intentó ver su mismicidad y la imagen del grillo como separadas por una distancia. Empezó a alejarse y de pronto todo lo que oía y sentía se separó bruscamente de sí mismo. Eleazar sentía que veía desde un lugar en el que sólo existía silencio y que los contenidos de sus experiencias aparecían en otro lugar. Luchó por separar más los dos universos y de pronto sintió un mareo descomunal. Se sentía dentro de un círculo flotando cerca de su circunferencia y girando en torno a ella a velocidades cada vez mayores. Abrió los ojos y gritó desesperadamente. El giro se calmó y Eleazar, todavía mareado, se acostó bocarriba a ver el follaje de su árbol.

¿Qué sucedió? Se preguntó angustiado, ¿por qué me introduje a ese espanto?

Se le ocurrió ir a preguntar a su padre y después de dudarlo un momento se decidió. Encontró al rabino escribiendo en su lugar favorito a la entrada de la cueva.

¡Padre!, lo llamó con tal imploración que el rabino se asombró y se dispuso a oír a su hijo.

Al final del relato Simón comprendió que había abandonado demasiado a Eleazar.

Eleazar, le dijo, estás enfrentándote a la prueba de la unidad. No existe ni la separación completa ni la unión completa. Existe algo que trasciende a ambas y que tú hallarás cuando te encuentres verdaderamente a ti mismo.

Aquello tranquilizó a Eleazar, aunque, como siempre, abrió en él nuevas interrogantes; más de las que aquellas palabras de su padre lograban responder.

Eleazar decidió salir a caminar en el desierto; después de varias horas y ya entre las estrellas de una noche luminosa cambió su dirección y se dirigió a su

hogar pétreo.

Cuando Eleazar regresó a la cueva, su padre lo estaba esperando. Eleazar se asombró al verlo y lo saludó con cariño.

Simón condujo a su hijo al interior de la cueva y le mostró la primera página de su escrito titulado **El Zohar**, el refulgente, el libro de la luz; decía:

... El rabino Simón Ben Jochai se alisó su larga cabellera y volteó a ver a su hijo Eleazar recargado en la pared de la cueva. Debe haber soñado otra vez lo mismo, se dijo, mientras aspiraba el olor húmedo y frío de la madrugada. ¡Eli!, lo llamó dulcemente, ¿de nuevo? Eli...



Escribir un cuento y verlo manifestado es ponerse en contacto con una parte de uno mismo que sólo existe como sentimiento unificado antes de la manifestación y que con ella se expande hasta adquirir la belleza de un paisaje visto desde las alturas, lleno de historia, abierto a la vista con detalles primorosos, colores, vientos frescos y fragantes recorriendo cañadas y precipicios. Uno ve la manifestación y se asombra de que todo estuviera concentrado dentro de uno mismo, enrollado en sí mismo hasta que algo, mágicamente deshizo el nudo e hizo aparecer lo escondido, lo que estaba en potencia. No sé si el cuento es la luz angelmática o más bien la intención de deshacer el nudo o la energía necesaria para realizar este «acto». Quizá lo verdaderamente luz y lo ciertamente angelmático es lo que existe para todos pero que se activa solamente cuando se alcanza cierto nivel de sentimiento. Probablemente este sentimiento es la verdadera luz.

Lo cierto es que existen etapas en la vida y uno en ellas no sabe que son etapas y en cambio las vive como un fluir continuo y sin interfaces. En una de esas etapas me hallaba cuando decidí ir a vivir a Tepoztlán. Es muy extraña la vida y al mismo tiempo demasiado natural. Yo no sabía que esa decisión era parte de un patrón que debía completarse y que parte de mi ser había decidido concluir.

Ahora sé que nada acontece por azar y que todos nuestros actos, pensamientos y sentimientos son parte de un patrón colosal del cual formamos parte y que nos nutre y nos guía. Es posible colocarse en el nivel de detección directa de las decisiones o de aquello que las antecede. Todo es directo y sencillo. El significado se manifiesta en modelos que reproducen totalidades. Si uno sufre es que en cierto nivel todos sufren. Si uno siente alegría es que todos están alegres. Sin embargo, la tristeza y la alegría de todos no es muchas veces manifestada en forma concreta, sino más bien sutil. La detección de estas señales requiere de una apertura de algo capaz de detectar. Existen quienes logran percibir los pensamientos de otros sin necesidad de que éstos se manifiesten verbalmente. Existen otros que pueden detectar el estado de la conciencia planetaria porque han llegado a un nivel de sí mismos que es el mismo nivel del de todos.

Estos seres son los que aparecen en nuestros sueños y los que sentimos reconocer como familiares cuando se nos cruzan en alguna calle de cualquier ciudad. El acceso en profundidad individual es contacto con una mente arquetípica localizada en el todo y de la cual «mamamos» pensamientos, alegrías y angustias. Estas últimas parecen provenir de una lucha terrible que la humanidad sostiene, lucha de la luz en contra de la oscuridad. Lucha de la sensación de santidad en contra de la corrupción, de lo que sabe en contra de lo que vive en ausencia de fe. Sin embargo, ambas facciones son una sola y lo que se percibe como ajeno o extraño es en realidad uno mismo desde un lugar todavía no resuelto o elaborado. Igual sucede con la conciencia planetaria. Cada uno de nosotros la nutre y es nutrido por ella. Un ser humano verdaderamente santo sería suficiente como para sostenernos a todos. Los santos ya no abundan y por ello existe tanto sufrimiento real. Real es el sufrimiento del centro, del fundamento de la vida, de lo que sostiene el andamiaje y le da vida a los motivos. Sufrimiento real es la apatía y la desesperanza.

Decidí ir a vivir a Tepoztlán y ahora siento que algo me dijo que allí podría encontrar la luz angelmática. Yo no la conocía como ahora la conozco y ni siquiera podía nombrarla como ahora lo hago, sin embargo, ella fue mi guía.

El siguiente escrito fue redactado durante esa etapa y en él relato mis experiencias y pensamientos de entonces. Originalmente, el escrito se titulaba UNIVERSOS y estaba dedicado a la descripción de la técnica de análisis reencarnacional y a sus primeros logros.

# UNIVERSOS

## I

Ningún pensamiento es privado, todo lo que se piensa afecta al universo y determina su marcha. Por ello, la máxima responsabilidad humana es la felicidad.

La felicidad de un ser humano determina la felicidad del mundo. La depresión de un ser humano es nefasta para el mismo mundo.

El amor entre dos seres determina la unidad del mundo.

En cada ser humano existe la sabiduría de todos los universos. Oír la voz que en cada uno habita es ponerse en contacto con esa sabiduría.

Ninguna experiencia debe someterse a duda. Todo es real y no existe parámetro de medida para la experiencia. El sueño es tan real como la vigilia. Lo imaginado no es tal, existe con la misma realidad que un percepto.

Existe una condición de plenitud en la que un contacto directo es establecido entre la conciencia y la totalidad. En esta condición todo es sabiduría. El estado de plenitud es amor y conciencia. Ambos son necesarios para establecer el contacto.

La noche había estado llena de desencantos. Durante la lección de dibujo, Sharon la modelo había estado magnífica. Su cuerpo rubio, tensado por la belleza del embarazo invitaba a la contemplación y al deleite en su femenino simbolismo. Ocasionalmente había mencionado un deseo de vida y se había mostrado deseosa de acción. Antes, nos dijo con una voz de ensoñación, todo era más acción mientras que ahora todo es más pensamiento.

Rita y yo seguíamos pintando y de vez en vez, al pensar en lo mismo, nos lanzábamos miradas furtivas, las que al ser respondidas con una sonrisa nos confirmaban el contacto.

Pero debo confesar que algo en mí había cambiado. Una especie de freno me impedía reconocer y sentir en el ambiente caldeado de la tarde de dibujo la emoción de otros encuentros.

Pero el cuerpo de Sharon y sus ojos, mundos azules abiertos a lo impredecible, me ayudaban a reconocer la belleza del momento.

Días antes Rita había saboreado las delicias del análisis reencarnacional. Se había introducido a una vida del año 1761. El motivo era saber cómo y en dónde nos habíamos conocido.

«Veo una iglesia de piedra, dijo asombrada por la visión. Una cruz aparece inclinada detrás del altar y yo me arrodillo frente a ella. Soy una niña de 13 o 14 años, y mis ojos son como los de Shana; abiertos al regocijo y sin juicios. Estoy un poco triste, me parece que algo he perdido y me duelo por ello.

Hay una pequeña puerta a la derecha del altar y en ese momento se abre.

No puedo ver la cara del que entra pero sé que eres tú. Estás vestido con sotana y capa y te acercas a la cruz. Hay algo en tus movimientos que me emociona. Todos ellos son sabios y prodigiosamente exactos.

Ahora levantas la cruz, todo en ti es simbólico y lo único que deseo es llorar y sentirme unida a ti.

Ahora te acercas, ¡mi Dios!, te acercas a mí y colocas tus manos sobre mi cabeza. ¡Veo una luz!, una luz sale de tus manos y forma una neblina brillante que me rodea. Siento que nunca he aprendido tanto en toda mi vida, es como ver un universo antes desconocido y ahora claro, vivido y transparente.

Te retiras, sales por la misma puerta y yo permanezco ante el altar deseando que todo continúe. Me levanto y salgo de la iglesia. Estoy en un pueblo deshabitado y vacío. Es Rusia y camino hacia una casa que bordea un río. Es una casa sin muebles, sólo hay una cama en la que me siento a meditar.

Oscurece y decido dar un paseo, no hay risas de niños ni mujeres dialogando, todo está vacío.

Me llamo Marushka y me siento bien, quiero verte y camino hacia la iglesia. Encuentro las puertas cerradas, son de hierro y al llamarte me contestas que no debo verte. No me entristezco, debes tener razón. Regreso a mi casa después de caminar por las montañas y el río. Es de noche y no se oye el canto de los pájaros...».

Sharon estaba cansada, la última pose había fatigado sus piernas y su brazo había temblado ligeramente al sostener el bastón que la ayudaba a mantener el equilibrio.

Su desnudez era magnífica y ni Rita ni yo soportamos la tentación de tocar su vientre y sentir los movimientos de la criatura que nadaba en sus profundidades.

Sharon mientras tanto sonreía, sentía el portento de la creación y mencionaba su deseo de ver a Francisco.

Meses antes había dejado su trabajo y decidido venir a Tepoztlán a integrarse a la comuna de Francisco mientras éste se dedicaba a reunir fondos vendiendo toronjas en todos los centros de meditación de California.

Sharon odió la casa de bambú de piso de tierra, abandonada y vacía. Junto con su niña se dedicó a buscar albergue encontrándolo en casa de Karen.

La sesión de dibujo se interrumpió para meditar. Nos mostramos nuestros dibujos y me di cuenta de que había cometido un error. Por un instante lo consideré técnico, pero luego entendí que era la manifestación de una forma de ver el mundo.

—Debes empezar por lo general y luego acercarte a lo específico —me dijo Rita regocijada por la cognición.

Debo empezar por lo general y luego acercarme a lo específico, repetí sabiendo que no era únicamente en el dibujo.

Esto me recuerda la segunda sesión de análisis con Rita. Parecía como que la primera era un símbolo que representaba lo general y la segunda una aclaración de su significado específico.

Las últimas escenas del primer análisis nos habían dejado varias dudas. En primer lugar acerca del pueblo deshabitado. Era extraño que sólo Marushka y yo viviéramos ahí, algo debía haber acontecido y decidimos averiguarlo. Junto al río, momentos antes de regresar a su casa, Marushka me había visto. Era extraña la visión y también decidimos recorrerla.

La cara de Rita se suavizó mientras relajaba su cuerpo y descendía color por color hacia las profundidades de su memoria.

Sus mejillas me parecían familiares y una sensación de íntima certeza se apoderó de mí. Yo conocía a Rita y su cara era como la de una hermana.

«Estoy junto al río y te veo en la otra orilla. Te llamas Karl y al verte se me ocurre decirte algo pero no sé qué decir. Me alejo de ahí mientras tú permaneces. Veo las rocas y las siento resbalosas, el sol brilla y el agua del río baila reflejando destellos plateados. Tomo una piedra y la lanzo. Tras un vuelo parabólico, la piedra cae frente a la puerta de mi casa. No ocurre otra cosa más».

Don Lucio me había sugerido utilizar un guía durante las regresiones. Ese guía, en sus palabras, me ayudaría a resolver problemas y evitaría errores.

Rita-Marushka había encontrado a Joseph durante la primera sesión. Joseph, un anciano venerable en sabiduría pero joven en cuerpo fue quien, en esta segunda sesión, sugirió regresar al año 1760.

«Estoy en mi casa y mi madre nos acompaña a mí y a mis dos hermanos, una niña y un niño más jóvenes que yo.

Mi cuerpo está iluminado por una luz violeta y mi madre se cubre la cabeza con una mascada que le da una apariencia de mujer religiosa. De pronto se abre la puerta y un mensajero entrega una carta a mi madre. La lee y sin mostrar inquietud la oculta entre su busto.

Mis hermanos salen del cuarto y yo me quedo junto a mi madre. Quiero saber lo que dice el papel, pero no me atrevo a preguntar».

Se me ocurre que Marushka es como Shana la hija de Rita. Niña pájaro o niña gato, Shana tiene todos los ingredientes y atributos de un ser de la nueva era de la conciencia. Sabe de señales y signos y nunca juzga. Conoce la complejidad de los juegos y ve en cada ser que la rodea un símbolo de plenitud que debe ser gozado y bebido en paz y amor. El no preguntar de Marushka y la forma de describir ese mundo de aldea rusa era la misma forma en la que Shana describe su vida en esta otra aldea del México de la nueva era.

A decir verdad, todos aquí hemos aprendido a guiarnos por señales y más claro o más oscuro, todos sabemos la magnificencia de quien nos las muestra.

Septiembre de 1861 y una aldea llamada Malvedeck.

«Por fin me entero lo que dice el mensaje. Habla de mi padre y de su decisión de abandonar la aldea por un tiempo largo. No tenemos comida y mi madre me pide ir a la tienda a comprar comestibles. La noticia acerca de la ausencia de mi padre no me provoca ninguna emoción. Siento que debería ponerme triste o al menos asombrarme pero no siento nada de eso. Mi mundo es ir a la tienda, mi mundo es caminar, mi mundo es oír las historias que mi madre me cuenta, mi mundo es lo que veo hoy.

La tienda está cerrada y los vidrios de sus ventanas rotos. Hay unas letras escritas en los pedazos, rojas y doradas. Siento una inquietud rara y me acerco a una ventana. Adentro de la tienda hay dos cuerpos sangrantes y no respiran. Mi corazón late en forma exagerada y corro veloz a darle la noticia a mi madre».

La memoria se recorre en todos sus sentidos mientras se recorre. Las vidas hacen lo mismo y presentan de nueva cuenta lo que en la pasada vida no se pudo resolver. Así también sucede en el presente. El recuerdo de la infancia es el recuerdo de otra vida y cuando la impresión de que esto es así se aclara, se descubre el secreto de la reencarnación.

Tanto yo como Rita perdimos a uno de nuestros padres a la misma edad. Tal pérdida fue ciclo de otras pérdidas del pasado que enseñaron y no

enseñaron a trascender En este último término está el secreto y la marca de la plenitud. Yo lo he vivido en carne propia y puedo atestiguar acerca de la excelencia de tal vicisitud, trascender...

«Mi madre es maravillosa. Dice que lo importante no es la carne, sino el espíritu y que ante lo que ocurrió sólo cabe actuar con sabiduría.

Debemos enterrar los cuerpos y solas no podemos. Buscamos ayuda pero el pueblo está vacío Yo me empiezo a sorprender pero la calma de mi madre me hace sentir como algo natural la ausencia de gente.

Sin embargo, no dejo de preguntarme el porqué. Reconozco en los ojos de mi madre que ella lo sabe pero no le pregunto nada.

Con mucho trabajo sacamos los cuerpos y los llevamos a la iglesia. Yo mancho mi vestido largo y mis botas, pero no me importa. Con una pala y con mis manos cavo la fosa. A la derecha hay un árbol y junto a mí una tumba con la inscripción 1781».

Cuando Sara y yo empezamos los análisis, nuestra motivación era conocernos a través de la recuperación total de la memoria. Al igual que un árbol genealógico, pensamos dibujar nuestro árbol reencarnacional y así de una sola mirada ver la totalidad de cada uno.

Pronto entendimos que eso nos llevaría a otro conocimiento; el de nuestra propia muerte y el de la continuidad de la conciencia.

Sara se vivió después de su muerte y ahora Rita veía la fecha a la que deberíamos introducirnos la próxima vez.

«Nos tardamos varias horas en cavar las tumbas. Estoy en mi casa, cansada y hambrienta. Como Shana, no tengo ninguna reacción ante lo acontecido. Sólo curiosidad por saber el porqué.

Ahora mi madre me abraza y me cuenta.

El gobierno es el culpable. Un oficial del zar nos dejaba todos los inviernos sin leña suficiente. La robaba y la vendía mientras nosotros nos congelábamos.

Un padre de la iglesia se atrevió a acusarlo en público y entonces vino la venganza.

Tu padre se puso en favor del gobierno para evitar que nos mataran y el resto del pueblo fue evacuado».

La posibilidad es un viaje a través del tiempo en el cual el guía indica las fechas pertinentes. Lo que sabíamos explicaba la soledad del pueblo pero no la presencia posterior de Marushka y Karl como sus únicos habitantes.

«Sucedió una semana más tarde. Yo estoy en el techo de la casa limpiando la chimenea y oigo ruidos. Enfrente de la casa aparecen varios

militares los que sacan a mi madre y hermanos a la calle. Mi madre está tranquila y los niños se acercan a su regazo. Yo me escondo detrás de la chimenea y los veo partir».

Sharon descansa en la cama y dice desear continuar. Rita y yo la urgimos a adoptar una posición de máximo confort y yo traslado sus piernas torneadas al papel.

Minutos antes habíamos comido pescado después de que yo manifesté mi decisión de continuar un régimen vegetariano iniciado dos semanas antes.

—Sucede —dijo Rita—, que es más importante lo que sale de la boca que lo que penetra a ella. Su argumento fue convincente, mi deseo de ser vegetariano se relaciona con la idea de morfologías de Campos Energéticos y su interacción con la conciencia.

Un animal sacrificado sufre y en el proceso, vibraciones negativas se graban en sus tejidos, los mismos que al ser ingeridos afectan.

## II

La casa de Sara más que un hogar es un refugio de aventuras astrológicas y quirománticas. Mezcla de América, Hungría, y México, Sara es una entusiasta de las hierbas medicinales, las constelaciones zodiacales y las líneas de la palma de la mano.

Su porte gitano y maneras dulces hacen de ella la perfecta fantasía femenina de cualquier hombre cabal y perfectamente maduro. Capaz de decir el signo, ascendente y la posición planetaria de cualquier mortal al oír su risa, Sara vive todo el tejido humano como las telas que fabrica en los tres telares que cuelgan en las paredes de su estudio.

Experta en el uso del péndulo y ardorosa enamorada de rituales, Sara vive un mundo mitad tierra, mitad aire y fuego.

La idea original era conocer y saber de las decisiones entre vidas. Una tarde de noviembre, en pleno Escorpión, Sara se encontró encerrada en una torre.

«Tengo miedo, me llamo Gilda y soy vieja y llena de arrugas. Mi cara está descuidada y polvosa y mis manos parecen contraídas en un espasmo. Veo una llanura y no encuentro salida. Esta torre me rodea y mantiene aprisionada y no entiendo mi angustia».

Como con Rita, las primeras visiones son siempre generales y simbólicas. Más adelante su simbolismo se concretiza en actos y vivencias específicas.



«España, desierto, 1856, y el pueblo de Torremolinos. Gilda y la rubia doncella Briti reposan en la playa. Buscan en el horizonte señales de la llegada de alguien. Esperan días enteros mientras Briti, retozona y alegre, juega con las olas y con la arena.

Por fin, una mañana alguien se acerca. Es Orland montado en un caballo. Briti corre a saludarlo y tomada del talle por el gallardo mozo se acerca a Gilda.

Todo es alegría y juntos penetran a la casa y se preparan una cena. Orland le cuenta a Gilda la muerte de su hermana y ésta siente terribles presagios en la noticia».

Ésa fue la segunda sesión. Antes de comenzar la siguiente preguntamos al péndulo la fecha exacta en la que debíamos introducirnos a fin de averiguar los eventos que condujeron a Gilda a estar encerrada en la torre.

«Vamos al pueblo a comprar provisiones. Orland quiere ir de día de campo y todo queda preparado para que junto con Briti vaya al bosque.

Yo me quedo a preparar la cena del retorno. Pero no llegan. Han pasado dos días y yo me paso hora tras hora esperándolos.

Por fin los veo llegar. Parecen tristes y no tienen color. Se acercan y empiezo a distinguir sus caras. Pero no son ellos. Son unos leñadores y cargan un bulto en sus espaldas.

El corazón quiere salirse de mi pecho y mi estómago revienta de angustia. Depositán el bulto frente a mí y distingo un brazo de Briti y el cabello de Orland.

Va no sé cómo me llamo ni quien soy, alguien me ayuda a enterrar los cuerpos y me voy de la casa. Hay una torre en el pueblo y junto a ella me quedo.

La gente pasa y me mira y yo a ellos y a veces me quieren pegar y se burlan de mí.

Han pasado 16 años y la gente sigue pasando. El mundo es un telar y los hombres piezas de un rompecabezas.

Todo puede ser valioso o nada puede serlo. Ya no siento nada, sólo veo gente pasar y pasar y no tengo emociones ni pensamientos».

Gilda, la loca de la torre de Torremolinos, la que aprendió a ver el mundo como un telar y entendió en una siguiente vida su gusto por el color café, el extremo cuidado que le tiene a su hija, y la construcción de telas.

«Estoy en la playa y de pronto comienzo a bailar. Soy un palito blanco volando sobre la playa y mis movimientos siguen a los de las olas y la orilla

del mar. Bailo en un palito blanco liberada y feliz mientras mi cuerpo yace como una cáscara vacía junto a la playa».

Ver desde las alturas, trascender...

### III

El valle de Tepoztlán es un amplificador energético. Las montañas que lo rodean, concentran energías de alto nivel. Un conglomerado de conciencias viviendo en ese valle se comunica entre sí a través de la creación de campos energéticos y las montañas amplifican la comunión.

La mañana fue esplendorosa. Siguiendo los consejos de Ruge, exploré las flores y me di por satisfecho al observar que las abejas hacían su labor. El sol brillaba como mil lunas y los reflejos plateados de su corazón de fuego lamían las hojas, las rocas y los troncos de los árboles.

Miles de mariposas esparcían su alegre aletear y en medio de su algarabía y contento me dispuse a visitar el monasterio de Tepasthana.

Estaba dispuesto a cambiar mi vida refugiándome en ese lugar, cuidando los prados, viajando en mi interior infinito, olvidándome del mundo.

Blanca era la señal y todo estaba dispuesto para acceder ante el milagro de encontrar quien verdaderamente supiese.

A las 10 de la mañana, la sincronía se puso en marcha y yo asombrado del portento vi venir una mujer y oí su conversación con Bianca. Se olvidaron de mí y no se percataron de mi encomienda.

Hablaron de la India y sus milagros, hablaron de México y su oscurantismo. Dijeron amar al hombre por igual y sin embargo, juzgaron y juzgaron.

Nauseado seguí escuchando de daños y alabanzas, de bondades y maldades, de preciosismos y nulidades.

Media hora después, Tepoztlán dejó de ser el paraíso y enojado por los juicios lanzó un anatema.

El resto del día fue siniestro. Alguien me había enseñado a dudar de mí mismo y ahora todo era yo.

Ni siquiera ver a Rita ayudó a pesar de que, como siempre, su imagen fue la de la santidad.

En la noche nos reunimos a platicar. Todos los integrantes del grupo de investigaciones psíquicas corroboraron lo sucedido ese día. Ruge habló de un extraño y súbito cambio energético ocurrido a las 10:30 de la mañana.

Ann mencionó su sensación de desastre por el día y Sara la inquietud que había sentido desde la mañana.

Tepoztlán bendito y maldito, Tepoztlán el de los terribles cambios, el guía hacia la purificación y entereza.

Vivir en el presente, saborear cada instante sabiéndolo único y absoluto. Estar aquí y ahora reconociendo señales y confiando, confiando.

Mientras más se vive en el presente, mayor es la responsabilidad. Mientras menos dudas, mayores los portentos.

Mientras más alto se vuela, más terrible es la caída.

—Te presto mi amuleto —me dijo Sara después de oír de mis pensamientos y alejamientos.

Yo había llegado a su casa dos horas antes de la medianoche, y en su transcurso me percaté que todavía existía la responsabilidad humana.

Sara había puesto un mantel rojo y tres velas azules, preparado el *I Ching* y el Tarot de John, el de la era de Acuario. Hoy es el día de tu nacimiento, me anunció tomándome la mano, hoy sabrás que quien te ha hecho dudar debe alejarse de tu camino.

Pero no lo supe, a pesar de toda la evidencia no lo supe. Leí a Krishnamurti y en medio de un experimento, algo en mí estalló.

Había llegado a la ciudad de México en la mañana, y al recorrer sus calles detectado un ambiente tenso y competitivo.

Quetzalcóatl habita esta ciudad, me dije una y otra vez, y es necesario ayudarlo.

A las dos de la tarde encontré un sitio de poder inmenso en el centro de la isla de los pintores en Chapultepec.

Sentía la proximidad de mi propia muerte, de la peor, de la de la esencia. Es fácil vivir cuando no se la ha conocido. Pero una tragedia cuando se la pierde.

Me acosté entre niños jugando a barcos y piratas. Empecé a sentir el momento como único e irrepetible.

Las hojas de los árboles me respondían y el viento me ayudó a saber que desde ahí la responsabilidad era la misma.

Me dispuse al balance, cree una espiral de luz blanca y la expandí. Cuando llegué a la costa me di cuenta cabal de lo que hacía y desperté a las hojas sabiendo que la conciencia crea y quien dude de una de ellas no merece consideración ni aliento.

Sitios de poder, cualquiera...

Ahora reconozco como el Bhagavad Gita que el secreto es la trascendencia de la acción y la inacción, el conocimiento de la propia inmortalidad y perfección y el alejamiento de toda ligadura con aquello que no es el Ser.

Si alguien es capaz de recordar su esencia y ver el mundo desde la perspectiva de su propia trascendencia y perfección, si alguien se recuerda íntegramente como luz perfecta y nunca hace depender sus actos de sus frutos, alcanza el verdadero conocimiento y la sabiduría.

No hay altura más prístina que la conciencia y ella, al mantenerse intacta en cualquier situación, evita las caídas y el fango de la dependencia.

El recordarse como ser divino y trascendente es el secreto de la felicidad y de la integridad. Nada hay en este mundo que sea más valioso que el Ser y si bien existe la responsabilidad de la acción, ésta no debe significar nunca un límite. Acción con conciencia, acción con mantenimiento del yo trascendente, aquel que está en contacto con el uno y es el uno.

Al leer el *I Ching* y al lanzar las cartas del Tarot, Sara me lo estaba diciendo, al entender el contenido de los mensajes yo también me lo estaba diciendo. Al final de cuentas, todos somos un solo Ser.

## IV

Lo que no se ha resuelto en una vida se presenta en la próxima. La continuidad del yo es un hecho indudable hasta que la expansión del mismo engloba al todo en una unidad consciente. Éste es el punto en el que se alcanza la perfección y es el término de la cadena de renacimientos. Sólo existe el continuado perfeccionamiento de la esencia. La expansión es la trascendencia y la desaparición de la dependencia.

Depender de algo o alguien es considerar al Ser como finito y a lo que estimula la dependencia como infinito. Es una alteración y una dislocación de papeles y perspectivas cuya única utilidad es el sufrimiento.

Lo digo así porque el sufrir es la prueba de las pruebas y el sufrir la pérdida de la conciencia es la posibilidad de reconocer su existencia cuando se recobra.

La verdadera comunicación es el reconocimiento del subtexto y para ello lo verbal es irrelevante.

Cuando el significado se vive, las palabras se olvidan. Cuando se tiene el pescado, la red se ignora. Sabe quien reconoce la certeza y disfruta pero no

depende del instrumento.

«Regresemos al año 30, dije pensando que Sergio se burlaría. Me miró con una sonrisa de absoluta integridad y me preguntó lo que veía.

Un palacio, veo un palacio con un pequeño balcón en el segundo piso. Hay dos personas platicando y de pronto ambas se doblan hacia adelante. Parecen dos tenedores blancos cuyas puntas después de apuntar al cielo se dirigen hacia la tierra. Ahora veo una de ellas caer».

Volteé a ver a Sergio y él me indicó que continuara con un sutil movimiento de cejas.

Creo, dije yo, que en ese momento hubo una pérdida de afinidad, la misma que se ha repetido una y otra vez.

«Años atrás estaba en el templo discutiendo asuntos filosóficos en completa realidad y comunicación, pero algo sucedió en ese balcón que hizo que se perdiera la afinidad.

¿Quién la perdió?

La pregunta era obvia y la contestación vino como un trueno.

¡Como siempre, no comprendieron!

Reímos, reímos como dos niños descubriendo un gran secreto. Mi sensación era de flotar en medio del cuarto, pero de pronto surgió la necesidad de saber qué es lo que representaban cada una de las gentes que conozco.

¿Quién eras tú Sergio?

El mismo de siempre....

En una ocasión don Lucio me dijo que el aquí, el allá y el más allá eran lo mismo.

Ahora, oyendo la contestación de Sergio me doy cuenta de que nunca antes alguien trató de ayudarme tanto como don Lucio.

El aquí, el allá y el más allá son lo mismo.

Ahora les presento a otro universo: Antonio no sabía de vidas pasadas y el pensamiento de su probable existencia nunca lo había realmente considerado.

Su vida había sido un constante y reiterado olvido de sí mismo. Sólo se recordaba en relación con los demás. Sentíase feliz si los otros lo apreciaban y deprimido si lo olvidaban o no reconocían.

Un día de sol lo conocí mientras exploraba Tlayacapan. Caminaba en dirección a una pequeña apertura de una iglesia abandonada que me pareció interesante. El día anterior había platicado con Sergio acerca de implantes energéticos y una súbita comprensión acerca de los estados compartidos de conciencia en Tepoztlán había aparecido.

Incluso, recordé la localización de un implante. Debajo de la pirámide del Tepozteco hay una cueva cuya forma recuerda la del hipocampo humano.

Y al igual que este último, sus paredes contienen memorias, infinitas memorias de personajes, situaciones y ambientes. Tepoztlán cambia de día a día como si una enorme energía en ocasiones positiva y en otras negativa, llenara el valle rodeado de montañas.

La cueva hipocámpica parecía ser la fuente energética que enviara torrentes electrónicos a través de sus dos bocas anchas unidas hacia atrás por un estrecho túnel.

En esa misma cueva Richard me había confesado ser receptor de mensajes cósmicos y había descubierto una extraña letra Q inscrita a fuego y agua en sus paredes. La responsabilidad es mayúscula y en las ocasiones de máximo desorden en el valle había yo encendido unas veladoras y rogado desde la cueva por el mejoramiento de las cosas. Miguel me enseñó, también desde ahí, la extraordinaria armonía de la vegetación. Sentados en su interior veíamos árboles y flores a través de su entrada y asombrados nos dimos cuenta de que nada faltaba y nada sobraba.

La iglesia abandonada está ante mis ojos y penetro en ella sintiéndome un ser en pleno reconocimiento del misterio. Encuentro una pequeña escalera que me lleva al techo sobre la bóveda.

Me asomo y frente a mí veo los colosales volcanes, los valles, un cielo azul zureado de delgados hilillos blancos y en cruz y mirando la luna a un Antonio con lágrimas en los ojos.

Sus brazos extendidos parecen sostener el cielo y su espalda incrustada en la bóveda; la tierra. Lo escucho mientras habla en un lenguaje extrañamente familiar. Nunca he vivido, me dice entre sollozos y hoy en mis treinta años nada tiene sentido para mí.

He buscado y a pesar de que Goethe habló de la simpleza, la terrible y absurda simpleza del contacto, no encuentro.

Me sumerjo en consideraciones acerca de mi cuerpo y aunque a veces reconozco un asomo de Dios dudo y caigo.

A veces inclusive agradezco las caídas pues me hacen recordar, pero la vivencia del recuerdo no perdura y se pierde en extrañezas y añoranzas de mi compañera. La compañera que perdí por la angustia de mis caídas. La compañera que me enseñó a enfrentarme a mí mismo y al hacerlo me quitó la fe.

Confieso que eso fue demasiado para mí. Me alejé de ahí sintiendo que era incapaz de ayudar a Antonio y pensando que jamás lo volvería a ver.

Pero esto último no fue cierto. Después de mil correrías y otros tantos pensamientos me lo encontré en un campo abierto.

Recostado en la tierra, observaba la nieve del volcán y oía un zumbido de abejas que retozanas visitaban flores incomprensibles para su vuelo.

De nuevo tenía lágrimas en los ojos y alcancé a oír que llamaba a su compañera.

Le pregunté...

Me vio a los ojos y me dijo que estaba a punto de entenderlo.

¿Entender qué?

«Por qué estoy aquí. Mi fe es otra y en otras vidas he hecho labores de gigante pero nunca aprendí a amar a una mujer.

Estoy aquí ahora para aprender eso».

Lo dejé con una sonrisa a flor de labios. Sabía que nunca lo volvería a ver más.

## V

Trascender es ver desde las alturas; es contener en un elemento informacional al todo y así poseer la capacidad de ver ése todo desde la perspectiva de una generalización más amplia. La facilitación de la lógica inclusiva a través de la utilización de sonidos es entonces el medio para trascender.

La importancia de la capacidad de trascender es clara si se recuerda que todo el camino evolutivo ha consistido en la creación de organizaciones inclusivas. El manejo cerebral de la información no es otra cosa más que una extensión del camino de la evolución ahora manifestado y acelerado en la lógica cerebral.

«La mañana era clara y el gran automóvil amarillo se estacionó enfrente de las puertas del recinto de convenciones.

Cinco figuras blancas descendieron del auto y siguiendo e un hombre fornido, de elevada estatura y gran peso, penetraron al recinto.

Los movimientos del gran hombre y su andar pausado y consciente me produjeron una sensación de hallarme frente a alguien que era él mismo sin artificios o melodramas.

El director mundial del Kundalini Yoga tenía tal fuerza y sinceridad de presencia, que todo el auditorio buscó sus ojos intentando descubrir el secreto del ser contenido dentro de la majestuosa vestimenta blanca.

Después de acariciarse su gran barba, habló: «Si repiten el Mantra: SA-TA-NA-MA primero en voz alta, luego en susurros y por último en voz baja, obtendrán todas las energías del universo.

Si hacen lo mismo con el sonido de la era de Acuario: WUA-HEI-GURU, se encontrarán con su verdadero e íntimo ser, es decir, con la sabiduría total».

Una relación amorosa es puramente vibracional, le dije a Peggy tres días después de haber oído al yogui.

Mujer de 72 años, alma milenaria y cuerpo de doncella, Peggy me miró sonriendo y me habló de sus vidas.

«Se aprende a vibrar a mayor frecuencia a medida que se aprende. Pero el secreto de la inmortalidad es la liberación de estructuras. Solamente con uno mismo es posible vivir y soñar. Ni maestro ni guía...

En Afganistán aprendí a hacer joyas. Después huimos hacia Tepoztlán yo acompañando a Gustav y él huyendo de Stalin.



Gustav sabía de intuiciones y ahora siendo más joven que nunca me gusta reflejarme en el aire.

Las reencarnaciones terminan cuando en una vida se logra trascender. Después, toda una vida se recuerda como un sueño sólo quedando de ella los aprendizajes.

Estoy tan segura de ello que nunca como ahora sé que debo dedicarme a no reencarnar.

Toda una vida en un pestañeo, todos los sufrimientos y las angustias son un sueño...

En Suiza me paraba de cabeza pero ahora pienso que es más excitante conocer todo lo que hay dentro de mí.

Todo lo que hay dentro de uno, es decir, todo...».

El recorrido del todo debe hacerse desde la plataforma del final. Desde ella se podrá entender y desde ella sentir la intención.

La plataforma del final es la inclusión total. El énfasis en la activación de alta frecuencia y en la existencia de puntos de referencia no es otra cosa que la postulación de un punto de referencia ejemplar.

Un nuevo circuito de convergencia crea en su punto de inclusión un incremento de frecuencia.

El infinito consciente es el infinito en frecuencia, este punto de referencia es la totalidad.

Cuando dos seres se ponen en contacto las vibraciones de sus últimos circuitos de inclusión establecen contactos directos. Si lo que ocurre es una disonancia hay anulación y conflicto.

La felicidad es el contacto con Dios. Esto también es asunto de vibraciones. Más bien, de la interacción de un campo neuronal con la estructura pura del espacio.

## VI

En un rincón abandonado y polvoriento de un cuarto del palacio de Barnof-Cencento en Bavaria se encontró el siguiente escrito que me pareció interesante incluir aquí pues refleja una particular toma de conciencia de un universo.

Se trata nada menos que de un apunte escrito por el ilustre astrónomo Luigi Badengest a su esposa, pocos días después de su separación.

Luigi, como lo llamaremos de ahora en adelante, vivía en una casa colindante con un bosque y con las montañas más poderosas de toda Europa.

Fue precisamente en ellas donde fue hallado muerto en circunstancias muy misteriosas.

Testigos del suceso dicen que su cuerpo estaba desnudo en la posición de loto y que frente a sus piernas había un líquido blanquecino y pegajoso parecido al semen.

Su cuerpo no mostraba señal alguna de violencia y en la autopsia no se pudo hallar la causa del deceso.

El escrito que reproduzco a continuación fue redactado por Luigi en esa montaña minutos antes de perecer.

«No sé si hoy nací o morí. En la mañana me desperté añorándote y sintiendo que sin ti soy una cáscara vacía. Me levanté con mucho trabajo y me dispuse a unir la noche con el amanecer meditando en mi vida. Quizás eso me ayudaría a saber lo que mi mente me prohíbe conocer. Creo que esta mañana más que en ninguna otra ocasión mi memoria genética y mi memoria reencarnativa lucharon entre sí hasta casi despedazarme. Pero me adelanto y eso no es correcto. Te decía que medité y después me di un baño de agua helada que me refrescó y energizó.

Pero a los pocos minutos tu pensamiento y la idea de las cosas que no hicimos juntos me invadió y la tristeza de no verte y no hacer aquello que pudimos hacer empezó a martirizarme.

Te veía en brazos de otro y ese pensamiento sumado a la nostalgia por tu rostro me sumió en una angustia terrible.

Quisiera ver las estrellas y las flores y que fuese suficiente pero después de haberte conocido, nada es suficiente.

Y no es suficiente porque representas la magia y lo sutil, tanto que no soy capaz de decir quien eres. Sin embargo, después del baño me ocurrió algo que me permitió penetrar en tu universo.

Me dejé ir, cerré los ojos y durante el abandono sentí que alguien venía a darme un beso, comprendiendo con toda profundidad lo que me acontecía.

En ese instante, todo juicio y pensamiento desaparecieron de mí. Sólo era la sensación de entrega absoluta la que prevalecía. Únicamente la sensación de ser querido y la experiencia del mundo como encerrado dentro de mi sensación de bienaventura.

Supe en ese instante cómo tú veías al mundo. Penetré a tu conciencia y lo supe sin dudas y con absoluta certeza.

Comprendí que yo no había vivido esa entrega y que nuestra separación era por ello. Pero lo que más me asombró fue el percatarme de la existencia de una forma de ver el mundo tan diferente a la mía. Sin juicios, sin pensamientos, en vivencia del presente absoluto y en completa entrega.

Entonces no sé si desperté o volví a dormirme pero vi tu figura y sentí tu talle y juntos bailamos entre flores y árboles y soñamos en alcanzar la luna.

Sólo existía eso, supe cómo veías el mundo y entendí que nunca te había entendido antes.

Por ello vine a esta montaña. Quiero transformar mi amor por ti en amor por la tierra. Eso no lo sabía cuando llegué. Simplemente había tristeza y una sensación profunda de pérdida.

Me senté sobre una roca y empecé a escribir esto que ahora lees.

Recordé una experiencia de hace unas semanas cuando en la misma montaña y por tu recuerdo, comencé a llorar. Me dio pena y de pronto me di cuenta de que mi llorar era válido. Lloré durante horas y al final, agotado, me acosté.

Nunca he vivido, siempre todo ha sido para los otros. Nunca he sentido lo que viví esta mañana y eso me dice mucho acerca de mi falta de seriedad.

Tú, en cambio, cuando haces algo o sientes algo, lo haces y lo sientes sin bloqueos.

Ahora no tengo deseos de nada más que de verte pero también recuerdo que existe un estado de ser en el que tales consideraciones no se hacen y me gustaría estar en él. Pero no puedo, aun si estuviese contigo no podría. Existen ya demasiados rencores y resentimientos.

Estoy cambiando de conciencia, me estoy volviendo tuyo, empiezo a sentir el mundo como tú y me sucede demasiado tarde.

Antes, existían pensamientos y ésa era mi forma de amar. Creía que nada podía ser más valioso que enseñar y transmitir los pensamientos. Llevar a trascender a través de ellos y su ejercicio.

Ahora es distinto, ahora ya no existe el pensamiento. Ahora es como mi sueño de la mañana, como tus sueños de *ballet*, como tú sentías por mí.

Ahora yo soy el que amo y tú estás tan resentida conmigo que no quieres saber nada de entregas y amores.

Ahora eres una mujer y yo cada vez más un niño.

Ahora yo soy el de la fantasía y tú la de la realidad.

Hoy después de soñarte, le pregunté al oráculo y me contestó con algo que al principio me asombró pero después comprendí. Me dijo que yo era el receptivo. Había sido el creativo y ahora invertía mi conciencia.

Supe que era cierto y que si no era de ti, entonces sólo recibiría de Dios.

Llegué a esta montaña y al desnudarme sentí el sol en mi piel. Lo saludé y luego entregué mi simiente a la tierra. En ella vivo y a ella le debo mi existencia.

Voy en un viaje y mientras llego, la tierra es mi morada.

Quiero amarla como te amo a ti, quiero saberla novia, madre, esposa y yo mismo.

La tierra, a ti te dedico el producto de mis entrañas.

Acéptame como hijo...».

Todavía aparecía otra frase, pero desgraciadamente es ilegible.

Luigi se desnudó en la montaña y en una pose oriental entregó su simiente a la tierra. Lo que permanece en el misterio más absoluto es su muerte.

## VII

«Pero ¿qué es?, ¿cuáles son las técnicas?».

Caminando junto a becerros y montañas pisando tierra blanquecina, mirando el viento.

«No puedo explicarlo aunque un ejemplo te lo aclararía».

Atardecer rojizo, semblanzas de Roshis y Yoguis, Budas y Zen. El aire cargado de mostaza y las plantas brillosas y rosadas, violetas nacaradas y árboles de fuego, becerros de leche.

«Un día alguien vino a hablar con su Roshi y le dijo: acabo de regresar de la montaña y aprendí que mi nariz es vertical y mis ojos horizontales».

Budismo Zen, pocas palabras, interpretación en niveles averbales, sensación de contacto con Dios.

Me senté junto al estanque de la flor de loto y miré los mosquitos caer en la superficie del agua tocándola apenas, creando majestuosos círculos en expansión. Miré con atención y vi cómo los círculos se entrelazaban y poco a poco creaban lo nuevo, lo distinto, lo alejado de mosquitos, agua y flor de loto.

Pensé que también así es el pensamiento, como círculos concéntricos dibujados en superficies de agua.

Vi la montaña y me sentí como ella. «La mente es la montaña, el árbol, el pasto y el cielo, la mente es la flor y la hoja, la mente es la luz y el sonido, la mente es interacción y está en lo que se crea, la mente crea todo».

Amar a todo es validar la mente, sacralizar su carácter creativo y saberla santa y pura.

Odiar algo es aborrecer la creatividad de la propia mente. La materia es creación de la actividad cerebral y por tanto es pensamiento.

El carácter creativo absoluto de la percepción de la materia y de la aparición del pensamiento hacen que ambos tengan la misma esencia y semejantes bases.

Un objeto material percibido es la percepción de la mente por sí misma; es un autorreflejo de su capacidad de creación.

Existe la energía, la que en sí misma no tiene cualidad de experiencia. El mundo material no es más que morfologías energéticas que transformamos en perceptos. Creamos la materia de la misma forma en la que creamos la luz.

Montaña de mis amores.

Perfumada casa mía.

Sabedora de vientos.

Señales y trinos.

Tú que conoces de caminos.

Recuérdame del mío.

«En la mañana de aquel 8 de diciembre, el alumno más devoto del Roshi se levantó para ejecutar la meditación de la madrugada.

Mi mente, se dijo pensativo, es como un espejo de la realidad. Debo pulir y purificar sus paredes de plata para que el reflejo de la luna no se distorsione en ellas. Basta la respiración, después ni siquiera esa estructura sustentante es necesaria. Uno, dos, tres, cuatro... un lago y una gaviota, ¡oh, belleza de visiones! Uno, dos, tres, cuatro. Mi respiración se va y viene el lago y me olvido de la suficiencia de la vida y sólo escucho mi mirada, uno, dos, tres... aquí viene uno, se está formando en las profundidades y poco a poco surge a la superficie, es acerca de la necesidad del acto, apareció ya con toda su fuerza y ahora se va, se diluye en la confusión amorfa de mi ruido neuronal, se esconde detrás de los patrones geométricos de mis procesos celulares, uno, dos, tres, cuatro... ¿cuándo seré capaz de respetar el silencio?, ¿cuándo me podré olvidar de mi olvido?...».

El contacto con el Ser es la realización del infinito, de aquello que ocupa nuestra estructura corporal esperando atravesar el mar de la materia para reintegrarse al absoluto sin nombre. La vida trata de ahorrarse vidas y por ello busca la verdad. Aquello que en cada uno sabe no puede engañarse con la apariencia de un cuerpo. Intenta trascender y cuando deja de desear hacerlo,

lo hace. La iluminación es simultáneamente lo más sencillo y lo más complicado. Reside su carácter de complejidad en la multitud de pensamientos que es necesario acallar para experimentarla.

Su simpleza es la resultante, la sensación de ser en el caminar, en el respirar, en el hablar, en el comer. La absoluta vivencia de cualquier acto. La permanencia en el presente.

Describir tal estado es imposible, experimentarlo es la mejor prueba de su simpleza y complejidad.

«Como siempre, me despedí del escritorio y con un nudo en la garganta atravesé el valle. Mis pensamientos no se alejaban de mis emociones y todo yo era añoranza y deseo de ver a mi amada y acariciar su vientre, sus muslos pulidos, su pubis, su deliciosa temperatura y sus delicados y firmes senos.

Después vinieron los mosquitos. Cada pensamiento mío era saludado y entre cosquillas y desesperaciones y angustias y culpas vi el sol.

Detrás de una hondonada, entre dos montañas y una nube, rojizo reposaba. Y si la atención fijaba y me alargaba veía su movimiento relativo y sentía el absoluto giro del planeta.

Lo saludé, cien veces lo saludé y entonces recordé que debía olvidar. Caminé viendo mi aliento y sintiendo mi cuerpo. Entendía por qué a ella le gustaba el baile pero dejé pasar y morir el pensamiento. Respiración y aliento, pasos y cuerpo, respiración y pasos, pasos y respiración.

De pronto, comprendí la verdadera esencia de mi caminar. Supe que todo lo demás era pasado y nada y polvo y náusea de vivencia. Pero mi respirar era ahora, mi paso siempre, paso y respiro, respiro y paso...».

Somos un todo con el universo independientemente de nuestra conciencia de serlo.

«Siempre me levanto a media mañana, me veo al espejo, me acomodo mi cabello y después de 30 segundos comienzo a sentir ese desorden e inquietud. Me he preguntado cientos de veces el porqué del cambio.

Cuando alguien me visita sé que mi cuerpo resuelve por mí. Yo sólo veo y escucho y atiendo a lo que mi estómago decide. Es como si mi totalidad rebuscara e investigara en la totalidad del otro y transformara la información en emociones. No me doy cuenta del proceso, sólo sé que al igual que mis despertares, dura 30 segundos en completarse.

Hoy, después de meses de preguntármelo, llegué a una posible respuesta.

Somos un promedio, todos interactuamos y nuestra resultante no soy yo ni tú, sino un término medio que nos refleja como balance.

Al despertar, eso es lo que detectamos.

También comprendí que es imposible sobrepasar el extremo del equilibrio, primero sería necesario dar un paso con todos...».

## VIII

«En la región más sureña del Continente asiático, en un pequeño territorio limitado por dos ríos de aguas ácidas, vive una comunidad pretenciosa y aislada. Son los yoguis Iktutis. Dice la leyenda que la tribu fue fundada por un monje que descontento por la práctica del Raja Yoga, decidió desarrollar su propio método. Los Iktutis son graves, hoscos y serios y no se dan un minuto de descanso. Les encanta estar solos aunque para las ceremonias del noviciado se reúnen en una espiral que comienza con el candidato y termina en una doncella virgen que esa noche es despertada al kundalini. La espiral de la ceremonia no es otra cosa más que un endiabladamente complejo modelo humano de un acumulador de altas energías. El futuro aspirante a la monjería inspira diez veces reteniendo el aire en sus pulmones mientras que los barbados iktutis veteranos repiten un sonido mántrico que organiza sus chakras en un puntiagudo y unitario elemento de fuego. La doncella es la que recibe la descarga y a punto de desfallecer por la desmesurada excitación se entrega al novicio urgiéndolo a penetrarla violenta y rítmicamente.

Alguien podría objetar tal procedimiento de desfloración considerándolo demasiado salvaje y excesivamente manipulador. Sin embargo, las doncellas se disputan el lugar de honor y sus sueños se revisten de imaginarias sensaciones previas a la ceremonia. Tales ensoñaciones se repiten de boca en boca entre las jóvenes de la comunidad y no es raro ver como varias amigas se reúnen después de un diálogo, para masturbarse mutuamente.

El monje fundador de los Iktutis era un destacado yogui de la época clásica. Pero no era un yogui puro. Entre sus talentos destacábase la práctica del Zen. En una combinación extraña de Zen y yoga, nuestro monje encontró la clave para el desarrollo de poderes mentales extraordinarios. Dirigió su atención hacia sus colegas y éstos lo reprendieron por su énfasis energético y su alejamiento de la esencia.

En particular, el valor que el monje le daba a la creación de imágenes fue considerado herético por los ancianos y venerables maestros Zen y yoga y su sistema fue prohibido.

Ésa fue la razón de una peregrinación que los archivos históricos de los iktutis señalan duró quince años. Atravesando pueblo tras pueblo, el monje

anunciaba su sistema y enseñaba algunos ejercicios que los más entusiastas de entre sus oyentes practicaban.

Así, lo que al principio fue una marcha solitaria, pronto se convirtió en el traslado de un contingente amplio, el que al establecerse entre los dos ríos ácidos se autodenominó Iktuti.

El énfasis que los íktutis otorgan al desarrollo de imágenes surgió cuando a los 20 años de establecida y todavía bajo la guía del monje fundador, un niño de la comunidad fue capaz de materializar una de sus imágenes.

Se estableció primero una escuela y luego un Instituto en el cual niños y adultos se reunían para aprender las técnicas de materialización.

Pronto, el territorio iktuti se empezó a llenar de extraños artefactos, construcciones complejas, juguetes e inclusive un pequeño lago producto del esfuerzo conjunto de tres doncellas kundalini.

Salir a dar un paseo era encontrarse con piezas extrañas de madera, fierro y barro.

A los pocos meses del establecimiento del instituto de materialización, fue necesario dictar una serie de mandatos y leyes, con objeto de regular y mantener bajo control la desbocada práctica de la materialización.

Una mañana, el mismo niño que había iniciado la práctica y que ahora después de varios años era un experto materializador de imágenes, hizo otro descubrimiento. Al principio no fue entendido pero pronto, los mayores se percataron del milagro.

Una extraordinaria escultura llena de pequeños engranajes, pistones, ejes mayores y menores, resortes y agujas indicadoras, forrada de aluminio y con alma de acero surgió frente a los ojos del orgulloso creador y de los azorados alumnos del instituto. Nada de la época iktuti era siquiera semejante, ni el material ni las piezas podían encontrarse o imaginarse como pertenecientes a este tiempo.

Era tan asombrosa la creación que fue trasladada a la casa del monje fundador para que éste, desde su lecho de muerte, diera el veredicto.

Y esto último no tardó mucho tiempo en manifestarse de labios del muy anciano y muy venerable patriarca: “Materialización atemporal”.

Así pues, la materialización atemporal era la capacidad de materializar objetos del pasado y del futuro.

La experiencia indicó a los jefes iktutis que el procedimiento debía regularse desde el primer día y enseñarse solamente a gente muy preparada.

A pesar de esto, diez años después, el territorio iktuti estaba repleto de máquinas, ensamblajes electrónicos, hélices y una que otra planta de fusión



nuclear que ninguno de sus habitantes entendía y menos aún sabía usar.

La parte más interesante e ilustrativa de la historia iktuti es su declinación y desaparición.

Sucedió que el niño que había descubierto la materialización y después la atemporalidad, se convirtió en adulto y guía de la comunidad.

Deseando una situación de permanencia, instituyó una serie de ritos y ceremonias que sutil, pero poderosamente garantizaban la formación de una secta de dirigentes religiosos teniéndolo a él como director y jefe de los mismos.

Ése fue el comienzo de la decadencia. La desintegración final ocurrió cuatro centurias más tarde.

En realidad no sucedió nada alarmante, violento o revolucionario. Nadie murió durante la decadencia. Inclusive, muy pocos se dieron cuenta de ella.

Los Iktutis todavía viven. Poseen verdaderas montañas repletas de visiones materializadas. Ahora están construyendo un gran cementerio para cubrirlas con tierra.

Les estorban y fuera de ellas no se conocen».

## IX

Cada quien representa un experimento único e irrepetible. Cada quien demuestra en su vida sí su unicidad; si su particular punto de referencia es. Es imposible el juicio ante la tan grande multiplicidad. Lo único que es posible decir es que existe.

La felicidad se asocia con una frecuencia vibratoria muy alta. Es por ello que la inspiración se da en ella más que en cualquier otra condición. Simultáneamente es un contacto con el Ser y una interacción con información altamente codificada y concentrada en unidades algorítmicas de gran poder.

La decodificación es la información que llega como resultado de un acto de alta inspiración. Lógicamente, esto no es otra cosa que el análisis del algoritmo de alta inclusión y frecuencia elevada.

Sucede lo mismo en el espacio y en el cerebro. Ambos son reflejos uno del otro.

«Cuando estoy inspirado chiflo. Cuando estoy en mi punto de máxima centridad, las canciones que surgen son Hasídicas del periodo postrenacentista. Nadie en mi infancia me enseñó tales canciones. Es la

recuperación de algún almacén genético el que las hace aparecer en mis labios».

Ya mencioné que poseemos dos memorias. Probablemente ésa sea la base de la afirmación de don Lucio; «Existen dos seres».

¿Alguna vez han visto una mujer de Damasco de ojos grandes, flexible, delgada, tan alegre como una niña y tan madura como Matusalén?

¿Alguna vez han visto sus movimientos de gacela y las expresiones de eterna travesura en su cara?

¿Han sentido contagados de su alegría y admirados por el contraste entre su edad y mozería?

«Sucedió un minuto antes de salir del monasterio yoga de tapasthana hacia la ciudad de México. Acompañaba a los yoguis a saludar a su Swami recién venido de la India.

Un automóvil apareció en el camino y de él descendió la mujer de Damasco, el gnomo travieso, la doncella antigua, los ojos vivos.

La discusión de siempre surgió en el camino. Debes buscar un maestro, me dijo entre risas y expresiones serias, ésa es la única forma de ver la luz.

Algo en mi interior explotó como una naranja saturada de jugo. Toda mi vida había oído ese juicio y no lo podía soportar de nuevo.

—¡Si te atreves a hacer otro juicio te voy a dejar tirada a la mitad de la carretera!...

Veinte minutos de silencio excepto por las súbitas limpiezas de nariz.

—Me llamo María, acabo de estar en Jerusalén y nunca nadie se había atrevido a hablarme así.

—Pues te lo mereces.

—Lo curioso es que después de oír eso de que me ibas a dejar tirada no te hubiera pegado, no lo entiendo.

—¿Desde cuándo tienes ese catarro?

—Llevo cinco años sonándome la nariz.

—«¿¡CINCO AÑOS!?».

—Bueno, seis en realidad.

—¿Cuándo empezó?

—No me acuerdo.

—Dime lo primero que se te ocurra. ¿Cuándo empezó?

—El 20 de septiembre.

—De qué año y a la hora.

—A las 10 de la noche del 20 de septiembre de 1970.

—¿Qué sucedió a las 10 de la noche?

—Estaba yo en casa de mi madre y tuve una pelea con mi marido y... Quiero decirte que este catarro mío es una desgracia. No tengo ninguna ligadura o dependencia. Mis hijos son grandes, mi madre está muy bien cuidada. Hago lo que quiero y aunque vivo con mi marido, no nos hablamos.

—¿No se hablan?

—No.

—¿Y por qué vives con él?

—Quiero decirte que... NO LO SE...

—Dime el secreto Arnold.

—No existen secretos y nadie puede decirle a otra persona cómo lograrlo.

—Pero ¿cómo puedes vivir siempre en el presente?

—Yo soy viejo, tengo 82 años y he vivido tantas vidas que si las recordara o peor, las añorara, no podría estar tranquilo. Somos muchas vidas y poco a poco entendemos que la única valiosa es la que se vive ahora y aquí.

—¿Pero cómo?

—Yo vivo volando. Veo las cosas desde arriba y el panorama que se me presenta lo analizo viéndolo desde afuera. Si me enamorara de una jovencita dejaría de ver así y me incluiría dentro de los detalles de mi propio melodrama. Mi vida es de un presente infinito pero trasciendo lo que me rodea.

Soy único y nadie puede reproducir íntegramente mi forma de ver.

Vivir en el presente y trascender...

## X

«La plaza del pueblo estaba ocupada por cinco fakires, siete swamís, veinte yoguis y ocho budistas zen.

En medio de una pequeña fuente, un discípulo sentado en flor de loto y con las palmas entrecruzadas observaba el movimiento y la trama de conciencias iluminadas caminando de un extremo a otro y de una dimensión a la otra.

De pronto, todo se paralizó y con un fuerte resoplido, aumentó la presión del agua llevando al discípulo hacia las alturas y manteniéndolo sentado ahí sobre un torrente cristalino desdibujado en medio del espacio.

Sólo los budistas zen se dieron por enterados. Corrieron a la fuente y le gritaron al discípulo para que no se olvidara de sí mismo e hiciera un zazen.

Así transcurrieron ocho días, los cinco fakires, siete swamis, veinte yoguis y ocho budistas zen caminaban en círculo alrededor de la figura elevada del discípulo mientras éste conservaba el equilibrio sostenido por la columna de agua de la fuente.

Por fin, una madrugada, el discípulo reconoció que Dios se había alejado de él. Se bajó de su acuoso asiento e invitó a observadores y amigos a una excursión.

Cabalgaron bajo un cielo nublado y llegaron a una iglesia abandonada al atardecer. A través de una pequeña escalera ascendieron a la bóveda y de ahí, de nuevo, al techo de la pesada construcción. Los fakires se sentaron a la derecha, los yoguis a la izquierda y los budistas al pie de una cruz cuyo centro ocupó el discípulo.

Cuatrocientos cincuenta años había esperado la iglesia para ser bendecida por una cruz humana y esa tarde sus cimientos rugieron de alegría.

Un pájaro se elevó en la distancia y recorriendo el cielo se estrelló en feroz picada mientras el discípulo y un fakir lo observaban atentos.

El pensamiento acerca del viento, el ave y la transparencia cruzó como relámpago a través de la mente del discípulo. Volteó a ver al fakir y le dijo:

“Un caballo brioso crea el viento y éste sopla a través de nuestra transparencia”.

Ésa fue la primera frase de la tarde y el inicio de la declinación. A las tres horas todos buscaban un lugar donde guarecerse y un amigo en quien confiar.

La noche fue terrible. Entre sueños el discípulo recordaba algunas insinuaciones del fakir. Debes saber, le había dicho quedamente, que el padre y el hijo se convierten en uno solo. Debes saber que existe una gran diferencia entre creador y creativo...

Al día siguiente todo se desvaneció de la mente del discípulo y en su lugar apareció una pasión insensata por una mujer.

Ni siquiera un salmo Salomónico fue suficiente para hacer reaccionar al enamorado. Sin embargo, la claridad comenzó a brillar cuando el consejo de no amar a mujer extraña hizo que el corazón del discípulo se acelerara.

Durante tres horas meditó. Después, desesperado por la falta de contacto, pidió la aparición de una señal. Habló claro diciendo que no soportaba el abandono de Dios y que su vida terminaría en cenizas de no contar con la inspiración divina. Repitió cinco veces el pedido de alguien que lo ayudara a ver la luz y al comenzar la sexta vez, su puerta se abrió y una mujer con una niña le anunciaron la existencia de Dios».

## XI

Después de dos meses de receso y después de discutir la estructura hexagonal de las abejas, después de pruebas terribles en las que tuve que mostrar que mi interés en la armonía era genuino, después de romper todas mis ligaduras y controlar mis emociones el contacto fue restablecido.

Acostada y con los ojos cerrados y su amazónico cuerpo relajado como felino satisfecho tras una cacería fructífera, Sara se introdujo a sí misma y solicitó la guía de Grenchen para un viaje entre vidas.

El péndulo nos había informado que debíamos penetrar el 21 de octubre de 1867, exactamente el día de la muerte de Gilda.

Después de recorrer los colores y buscando una apertura en la barda milagrosa, Sara vio una ventana en la pared. Pared de adobe limitando un bosque seco, partido, inclinado, lleno de polvo, tierra y espinas. Bosque de la vida de Gilda, bosque de sus angustias, límite de su cuerpo.

«Camino por una vereda angosta de piso de tierra, polvoso, seco. Llamo a Grenchen y me lleva hacia una zona más fresca y verde del bosque. Bajamos una colina y a lo lejos vemos un pueblo. El camino es estrecho y nos acercamos a un lago o un río. La tierra está mojada y hay una cascada que tira agua como si fueran cristales.

Es el pueblo de Torremolinos, huele a zacate, ha llovido y Grenchen quiere caminar detrás de mí.

Ahora ya no existe el bosque, soy un palito blanco bailando en la nada y en el todo. Toda una vida es un pestañeo, un instante, un presente, un momento.

Veo colores, manchas intensas sin contrastes, sin orillas, como soles. Siento que estoy volando sobre unas nubes, como una bruma blanca, veo el paisaje y el mar a través de una capa blanca. Todo es muy intenso, hay azul, amarillo y blanco».

El pensamiento se ignora a sí mismo, se pone en entredicho, se critica y se transforma. En realidad nada es explicable. Decir que algo es explicable es confundir la vivencia con la teoría.

Alguien reconstruyendo sus vivencias entre vidas puede ser alguien viviendo lo que nunca vivió o sabiendo que todas las vidas están en él ahora o no sabiéndolo y sólo transformando lo que se ajusta a una lógica neuronal hipercompleja a una serie de contenidos visuales concretos.

Todo es creación y el pensamiento no se escapa de esta fenomenología.

Vivencia entre vidas, posibilidad de conocer las predicciones y de saber si realmente se decide; enfrentamiento con colores, manchas, soles.

«Todo está muy blanco. Se pierde el paisaje, no siento peso, estoy flotando. No pienso, es como ver un horizonte o flotar en el agua y al mismo tiempo ver toda la visión, me parece estar horizontal. Luces, grises, rosas, formas, movimiento.

Le pido ayuda a Grenchen. Me señala una ranura en lo blanco y veo un color café a través de ella. Se abre y se cierra, desaparece y luego se ven unas líneas como hilos tensos de luz.

Algo me golpea y eso me detiene. Siento humedad y me parece estar nadando en el agua. Veo formas blancas como hojas de plantas con puntos amarillos en medio, parecen plantas pero también pinturas».

Existe una condición de apertura en la que el mundo responde. Nada es azar y cuando un espíritu se libera de estructuras el universo y él se hacen uno y todo se convierte en posibilidad real.

Entender los patrones de distribución energética es poseer un arma para conectarse con esa conciencia que se responde a sí misma y que contesta y aclara.

«No comprendo lo que sucede. Siento como si una pared u obstáculo se interpuso en mi camino y me detuvo.

Mi flotación se transformó en agua. Hay formas pequeñas y me siento en una caída, es una caída abierta de tierra. Hay puntos azules y blancos. Grenchen me sostiene encima de la caída y ahora me suelta. Me dejo caer y entro en un túnel que me succiona. Está resbaloso y se ve como blanco y plateado, luces, como un río subterráneo con luces y todo blanco.

Hay mucha agua y Grenchen me hace reír, me empuja. Ella se ve real y yo soy como un niño en el hielo, es como jugar a patinar en el hielo. Todo es muy surrealista, hay puertas que se abren y se cierran.

Ahora es un círculo cerrado con una ranura café. Entran colores de tierra, café, verde, amarillo. Colores de hielo, plateados y blancos, ondas de color.

Siento que soy chiquita en un túnel y atraveso con Grenchen la ranura y estamos muy chiquitas, como figuritas de juguete.

Caminamos y hay otra persona. Un mar amarillo con olas paralizadas. Caminamos en la playa y todo es amarillo.

El paisaje no tiene horizonte, vibra y no tiene color real. Hay ondas horizontales de movimientos sin formas. Colores fuertes con blancos, colores y humedad, movimientos, transparencia, todo es transparente.

Siento sonidos pero no oigo nada. El sonido es visual como pájaros nacidos. El sonido se ve y hay una forma redonda que hace bup, bup, chack, chack».

La entrada al surrealismo no se realizó bajo la égida de la regresión reencarnacional pero fue un contacto con ella. La consideración de la falsedad de la teoría y de las explicaciones, la vivencia sin juicio ni estructura, la posibilidad total e infinita de experimentar.

«Estoy flotando entre las nubes; cuando pregunto donde estoy, las nubes se transparentan y la tierra aparece a lo lejos.

Quiero regresar y Grenchen me va a ayudar. Bajamos a la tierra y rebotamos en ella. Otra vez estamos arriba. Comprendo que no puedo regresar así.

Hay una persona abajo vestida de café, está disfrazada de caballero.

Muy elegante, con botas brillantes. Es una mujer. Estoy en un campo lleno de flores, hay caballos y montañas.

Montañas azules y púrpuras con nubes. Estoy arriba de ellas. Las botas del caballero son de vidrio. Está hablando con una mujer de nariz corta.

Conversan, hay otra persona con cara extraña, ojos rojos y una expresión de cansancio. Aparecen y desaparecen. Hablan un lenguaje que no comprendo.

Estoy en Ponarichana, así se llama este lugar y la mujer de nariz corta tiene el pelo rojo y se llama Clara-Rí.

La próxima vez debo hablar con Clara-Rí es muy sofisticada, elegante y pedante, quizás es mi próxima vida...».

Cuando lo que sucede entre vidas se comprende, cuando no existe deseo alguno de regresar, no se regresa, quiero decir que la cadena de nacimientos ha otorgado la suficiente sabiduría.

## XII

Existen muchas confusiones acerca de cuál es el mejor camino para el desarrollo del hombre, decía Israel con seriedad. Israel ayer habló de la filosofía y de la lucha de las mentes filosóficas para llegar a una conclusión objetiva acerca del mundo. Yo recordé a Heidegger y su crítica a la vida contemplativa y el énfasis en el cambio hacia el uso y la utilización. La verdad, diría Heidegger, es que no contemplamos, sino más bien usamos.

Israel habló de conclusiones tales como la aceptación de lo real y lo irreal o la dialéctica como camino en espiral desarrollándose hacia el logro de organizaciones más centradas, complejas y acertadas.

Mientras, tanto, Rita había mencionado su deseo de que lloviera porque los días anteriores habían estado secos. Sucedió que la mitad de mí ser oía los comentarios filosóficos y la otra se asombraba por unos truenos lejanos que hacían sonreír a Rita.

A los pocos minutos comenzó una tormenta feroz y junto con ella la sensación más energética de separación.

Mi oído derecho oía a Israel y el izquierdo entendía que la tormenta era Rita y la discusión y el trascender la filosofía.

Por fin, no lo pude soportar un segundo más.

La verdadera finalidad de la filosofía, grité, es el olvidarse de la filosofía.

¡Pero la necesidad del encuentro con la absolutoria delicia de su contacto, la...

¡La madre! Le grité a Israel, la tormenta corre y la verdadera filosofía es escucharla y entender su razón de ser.

Inclusive sólo oírla y oler la frescura del viento y la desflorada sequedad del ambiente.

Después nos acercamos a los puntos de referencia. Israel tenía el suyo propio, yo el mío, Andrea el suyo. Los puntos de referencia, las bases últimas de las visiones del mundo, los puntos centrales y primigenios.

El absoluto es la vivencia de la tormenta como tormenta y como manifestación de un orden natural.

Rita había mencionado su aceptación por lo porvenir. Nada es predecible, lo que vendrá es siempre lo más improbable. Tal es, dije confiado, la más real avenida del desarrollo, el conectarse con el mundo es aceptar su orden y simultáneamente la incapacidad de predicción.

Sin embargo, Israel siguió insistiendo, tenazmente, sin cuartel retornaba a las concepciones hegelianas y marxistas a los postulados de la dialéctica y de la teoría del conocimiento... la vida y la muerte, los opuestos, las dualidades.

Yo lancé un anatema, una conclusión tajante, un veredicto total, un busca en ti mismo y deja que las otras entidades sigan su propio camino.

No surtió efecto, la tormenta continuaba y la sensación de ser se reforzó a tal grado que de pronto supe lo que haría entrar en certeza.

Volteé a ver a Israel y recordé nuestras sesiones de tocar el tambor. Él contaba para no perder el ritmo y yo dejaba que mis manos bailaran sobre el pergamino tensado.



¡Es como el tambor, es como cuando tocamos el tambor, es tú y yo tocando el tambor!

En ese instante la tormenta terminó y nos tomamos de las manos y agradecemos el contacto y Rita nos observaba y bendecía.

Rita recibió lo que su extraordinaria cualidad humana pedía y en medio de un abrazo lleno de calor, le di las gracias por el consejo.

Israel se despidió de mí recordando los tambores y Rita viendo el fuego de su chimenea.

Horas antes, en México yo había sentido que el cambio adelantaba su marcha. Una nueva conciencia, la misma que hace llover, la misma que se desprende de su historia y se convierte en el todo, la misma que alcanza la unidad y a partir de ese instante el conocimiento y la capacidad de obrar, la misma de Rita, la misma de don Lucio, la misma que me hace soñar en bailes en las calles y carnavales perpetuos.

Shana, Estusha, Pablo y yo atravesamos el pueblo en medio de una conversación acerca de la bondad de los medios de comunicación. Yo quería decirles que el verdadero desarrollo es la armonía, ésa es la nueva era y quien logre salirse de su ego restringido, quien alcance a ser transparencia y viva el monte, el pájaro, el árbol, las nubes, quien viva en un yo expandido, quien haya sabido salirse de sus condicionamientos y penetrado a las leyes regidoras del universo. Para él, serán todos los tesoros y alegrías de la tierra, él sabrá cómo no perderse y su luz será tan brillante que nadie podrá evitar crecer a su lado. Tal es la misión del verdadero hombre, tal es su destino, la aceptación del mundo, la falta de juicio y deseo, la presencia de amor, la extraordinaria certeza en la luz, eso es señales y puntos de ilustración acerca de la llegada a la verdadera evolución del espíritu.

Con los niños sabremos como lograrlo.

En la noche bailaron oyendo canciones acerca del despertar de Jesús, acerca del contacto con la naturaleza y los animales.

Despertaron en la noche en un baile que yo observé alucinado por su contenido, sabiendo que todo era extraordinaria enseñanza.

Pero aún más extraordinario fue que en ese momento tocaron la puerta y al ir hacia ella me encontré frente a frente con Antonio.

Como siempre, sus ojos estaban repletos de lágrimas y sabiendo que de nuevo pensaba en la vida, lo invité a ver el baile de los niños. Ahí estábamos ambos viendo cómo las canciones se convertían en realidades y las realidades en flores.

En ese momento comprendí lo que le pasaba. Recordaba a su amor, sus últimas preguntas, las de si irse era bueno, la de si encerrarse era bueno.

Ella le había regalado su vida y él había hecho lo mismo. Pero ella no entendió milagros y él no comprendió sentimientos.

Al final ella lo había acusado de deshonesto y él no supo responder, sólo le rogó que le enseñara.

Antonio comprendía el baile de los niños y sabiendo de tristezas se despidió de mí. Era difícil estar mucho tiempo con él. Pero al mismo tiempo, era una conciencia, un recordatorio.

Difícil recordatorio...

### XIII

«Debe ser natural, de otra forma no resulta.

Véanse las piernas en la posición de loto y mediten acerca de su realidad. Hagan íntegramente lo que están haciendo. Ahora suban la vista y cada vez con mayor atención observen sus muslos, su cintura, su tórax. Cuando lleguen a los hombros no se asusten, sigan subiendo. Pronto se darán cuenta de que se están viendo desde el espacio. Su conciencia se habrá separado de su cuerpo. No piensen en ello como algo extraordinario. Es la forma usual de experimentar el mundo, la diferencia es que ahora se dan cuenta y antes vivían en la ilusión de pertenencia a un cuerpo. Cuando puedan ver su espalda podrán volar».

La mañana era soleada y el curso de Psicofisiología de la Atención había comenzado con buenos augurios. Los alumnos estaban entusiasmados con la posibilidad de vivir los fenómenos y no sólo analizarlos. La Universidad había sido creada como un templo al espíritu racional y he aquí que el Oriente empezaba a introducirse en ella estimulando la vivencia pura y la intuición global.

Los días en la ciudad de México invitan a la acción, la gente recupera su conciencia y entre risas hablan de la era de Acuario. La misma que aquella tarde memorable nos dejó asombrados por su presencia.

Héctor, espontánea y felizmente dibujó la creación y desarrollo de la terapia acuariana.

«Me paseaba por un mercado griego cuando escuché el más precioso sonido, el más puro tono, la perfección auditiva absoluta. Me acerqué a un viejecillo que tocaba la nota Fa en un instrumento musical de su propia

construcción. Lo convencí y a los pocos minutos, en mi hotel, tocaba esa nota y cerrando los ojos la hacía penetrar e impregnar todo mi ser.

De esa experiencia surgió un cuadro, plasmé en el lienzo la nota Fa y ahora hago lo mismo con el sabor del durazno, con colores, con la brisa del mar.

Fue necesario entregarme a ejercicios intensos de concentración en los que dirigía mi mente hacia una hoja de un árbol, un color, un sonido. Solamente eso existía y a través de un trabajo de concentración constante mis canales sensoriales se abrieron hacia realidades insospechadas por su belleza y profundidad».

Ayoucan anunció que la nueva cultura aparecería en México cuando la población alcanzara una masa crítica. Una nueva cultura, una nueva conciencia, una distinta forma de ver el mundo. Hoy, en Tepoztlán un Swami hindú anunció la mágica cifra.

Sara se preparó para la sesión. Desde Gilda había aprendido a utilizar un vestido café hecho por ella misma. Igual que a Gilda, el café le permitía sentirse ella misma. En una bolsa roja junto a su pecho introdujo dos cruces, una piedra extraterrestre, una gallina blanca y otra negra de barro. Una cruz había sido hecha por su madre y la otra era una antigüedad con cuatro grabados de caritas en los extremos de los brazos.

Las vidas, dijo Sara con ansiedad, avanzan y en cada una de ellas se aprende. Ocurre un ajuste de circunstancias que hace que la decisión para la siguiente balancee los aspectos astrológicos que en la vida previa no fueron posibles encadenar.

El final es la vivencia sin dependencia, la felicidad del presente permanente, la totalidad de conciencia en cada instante, el sentimiento religioso en su verdadera esencia, es decir, la vivencia de lo trascendente.

El cambio hacia la conciencia total ocurre en todos. Estamos siendo impulsados hacia la conciencia androgénica, la conciencia de unidad y al mismo tiempo la independencia total.

Sara se quedó iluminada de violeta y al abrir los ojos se dio cuenta de que el mundo había cambiado, una súbita ligereza la invadió y sintiéndose flotante se negó a continuar.

## XIV

Ocurre un incremento grandioso de sensibilidad y después su manifestación. En un pintor esto permite hazañas increíbles.

Llegamos a la niebla al mediodía. La sensación era la de estar sumergidos en un invernadero alumbrado por una luz rosada reflejándose en cada una de las diminutas gotitas de la atmósfera. En un momento y con los ojos cerrados, imágenes de un verdor pastoso repletas de ojos, oídos y bocas aparecían para luego ser sustituidas por sensaciones corporales y emociones. Cada pueblo que atravesábamos tenía su historia y vibraciones y ellas estimulaban diferentes contenidos. Xalapa me impresionó por su elevado espíritu. Coatepec me hizo abandonar la posición de medio loto al lanzarme de frente una energía fuertísima similar a la de Tepoztlán. Después con Zoza, supe que mi impresión no había sido falsa. Incluso una fraternidad esotérica había escogido el lugar para desarrollar un Ashram. Las vibraciones de la casa-estudio no dejaban lugar a dudas acerca del camino de sus ocupantes.

En una pared e incluidos dentro de sendos marcos dorados, dos maderas quemadas por combustible vertido al azar mostraban trazos claros de seres extraños, caras de viejos y niños compartiendo algunas ideas en una reunión.

Manifestaciones de patrones, demostraciones de un presente en el cuál cualesquier detalle representa al todo, comunicación de un líquido con secuencias energéticas poderosas, control de una mente creativa sobre la materia. Cualquiera posibilidad recordaba el *I Ching* y hacía que el aliento se parase en seco contenido por un asombro todavía no entendido.

Él pintor apareció después y con una voz gutural surgida de quién sabe qué profundidades comenzó explicando su técnica y los resultados de su obra.

«Pinto con una brocha grande y nada planeo. Tomo la pintura y en sucesivos golpes, dejo trazos gruesos en el lienzo. Éstos se transforman en caras, cuerpos, casas, ojos, como si una fuerza descomunal y milagrosa orientara la pintura. Cristos flotando junto a planetas rojizos, asambleas de ancianos, reuniones de ninfas, caracolas y sabios, todo surge como si mi voluntad y brazo fuesen canales a través de los que se transporta un líquido divino, un mensaje áureo, un patrón celestial.

Caracoles y aves surgen a menudo, luchas entre demonios, alquimistas y mujeres santas.

Mi última obra monumental, la que terminé este último diciembre es muy interesante, refleja el espíritu de esa época del año».

El último diciembre había sido un parto para todos. De esas fechas surgió la inquietud por descubrir las leyes de patrones energéticos y las razones del claro incremento en capacidad intuitiva. Días difíciles para todos. El cuadro

de Zoza representaba la última cena. En una mesa cubierta de un mantel rojo, un Cristo de espíritu infantil partía un pan sobre una copa y al hacerlo, luces brillantes alumbraban a viejos comensales. Había alguien anunciándole a Cristo una noticia. Una boca llena de arrugas se acercaba al oído del santo musitando en un susurro quién sabe qué mensaje misterioso.

El pintor como antena receptora de un mensaje de conciencias pensé yo en voz alta. Zoza aceptó el mensaje y estuvo de acuerdo con su contenido.

Me impresionó el respeto del artista hacia su propia obra. Debe haber pasado crisis muy fuertes que lo han dejado en silencio excepto para su obra pensé para mis adentros, ¿mis adentros?...

Al final de la reunión no pude resistir plantear la pregunta.

¿En estos últimos días te han aparecido imágenes, pensamientos o ideas pictóricas, relacionadas con patrones geométricos?

Todo Tepoztlán los buscaba y recordé la presencia de cubos en las conversaciones. Después, la de hexágonos y triángulos.

La búsqueda de las bases de los fenómenos de sincronicidad se había iniciado y su dirección era el descubrimiento de patrones geométricos que representaran disposiciones energéticas de interacción y contacto entre conciencias.

La cara de Zoza se arrugó ligeramente y en una actitud de secreto contenido me contestó afirmativamente. Sí había pensado en patrones geométricos pero no quería hablar mucho de eso.

«Me puede afectar, dijo con su voz salida del silencio, no quiero que me evite la pureza por sugestión externa. Lo que te puedo decir es que han aparecido cuadrados».

Una luz intensa, una mancha de memoria se encendió en mi mente en ese momento. Recordé a Richard en su visita de un año antes. Me buscaba creyendo encontrar un experto en platillos voladores. Resultó que él era el verdadero experto y había venido a Tepoztlán a buscar puntos de aterrizaje de naves extraterrestres.

En una excursión por las montañas encontramos un círculo carbonizado y en medio de la noche supimos que Richard recibía mensajes de una conciencia localizada en los confines del sistema solar. Una mañana le anunciaron que saliera al bosque y mirara el cielo. Un mensaje importante aparecería a cierta hora del día.

Recostado en medio de árboles y arbustos, Richard esperó el mensaje y a la hora convenida, cuatro luces brillantes aparecieron formando un cuadrado. Las luces se movían en línea recta y al llegar a las esquinas del imaginario

trazo cambiaban abruptamente de dirección en un ángulo de 90 grados. No había intervalo en el cambio direccional como si los puntos de luz estuviesen contenidos en carriles transparentes.

Richard recordaba cambios de colores y de intensidad luminosa pero no les había puesto atención. Esperaba un mensaje verbal o una señal más clara y no esas luces con sus cambios direccionales abruptos.

Para mí el mensaje estaba ahí. Un cuerpo de cuatro dimensiones interactuaba con un espacio de tres dimensiones. La única forma de explicar la disposición y los movimientos de las luces era suponiendo al cuerpo tetradimensional como un cubo.

Cubos, cubos, cubos, cubos dondequiera, después y antes de la pregunta.

Una galaxia es un cerebro sin piel. Su conciencia determina eventos, su plan interno es un modelo.

Y esto lleva de nueva cuenta al plan astrológico de Sara.

Entre vidas la conciencia decide su futuro y realiza un ajuste cósmico. Su aparición encarnada debe coincidir con el desarrollo de un patrón energético dado por la disposición estelar.

El campo energético dado por las hipercomplejas interacciones entre estrellas, planetas, etc., determina una morfología energética particular contenida en cada quantum mínimo de espacio. La conciencia queda determinada por esa morfología y en un sentido muy estricto es en sí misma esa morfología.

Es la disposición cósmica la que se encarna en una estructura orgánica. No es que un espíritu vague buscando un estado estable como hogar. El verdadero espíritu es el todo en cada instante. El universo en su disposición estelar es el espíritu y por ello cada instante es diferente y por ello cada ser humano es diferente.

Durante el viaje a Coatepec había yo planteado la relación entre características informacionales contenidas en cada quantum mínimo de espacio y patrones energéticos globales. Ahora aparecía un vislumbre de respuesta. No existía tal relación entre dos eventos, sino que eran lo mismo.

La conciencia es el instante presente y aquella estructura orgánica que ha purificado su memoria genética es la que se transforma en receptora del todo y manifiesta mensajes.

Ésta es también la base del *I Ching*.

Así es que el patrón hipercomplejo de relaciones cósmicas que impera en un instante determinado es una conciencia y la realización total de cualquier ser humano consiste en llegar a tal conciencia.

Universos son conciencias...

## XV

Después de la realización anterior, no me quedó más remedio que acostarme a dormir.

Yo, al igual que cualquier ser humano, somos la representación del estado total del universo en un instante dado.

Por ello contenemos el todo y por ello no existe diferencia alguna entre lo interior y lo exterior. Inclusive se puede pensar que la posición espacial de cada neurona de nuestro cerebro sea idéntica a la que cada estrella ocupaba en el momento de nuestro nacimiento. Por ello la relación entre conducta y astrología, entre conciencia humana manifestada y patrones cósmicos. Quizás ahí está la clave. Zoza recibiendo y manifestando, en un cuadro, el contenido del universo en el momento de pintarlo. La creatividad como contacto...

El silencio es la clave del contacto con el todo. Puesto que la conciencia es el resultado de la interacción de al menos dos campos energéticos, uno de ellos el resultante de la actividad cerebral y el otro la organización energética del espacio; no es, sino cuando retornamos al silencio que el patrón energético del espacio nos atraviesa convirtiéndonos así en mensajeros del conocimiento total.

Eso es lo que Riza defiende como base y fundamento de la expansión de la conciencia; el logro del silencio.

Desde la perspectiva de la conciencia total como disposición energética gestáltica dada por la disposición estelar, el silencio no sólo es requisito, sino base para comprender el fenómeno creativo.

Sin embargo, en última instancia todo es un fenómeno creativo. Cuando Zoza deja una mancha de pintura en un lienzo y ésta se convierte en una figura humana, su mano lleva esa figura en la posición, rapidez y fuerza con la que el pincel toca la tela. Es un fenómeno algorítmico de la mayor complejidad e inclusión. Es en la forma de sostener el pincel donde está la futura figura.

Lo mismo sucede con la percepción. Cuando veo un paisaje, lo que en realidad percibo son mis patrones neuronales transformados en objetos, luces, etc. Contengo en un percepto a mí funcionamiento neuronal ya partir de la observación atenta de la imagen soy capaz de reconocer y entender el

funcionamiento de mi cerebro. Esto, a su vez, me permite comprender el funcionamiento del universo.

De la misma forma en la que un quantum mínimo de espacio contiene, en forma concentrada a todo el universo, de la misma forma en la que una neurona de un cerebro manifiesta en su actividad específica al cerebro íntegro, así el patrón estructural de la maquinaria cerebral es una representación del resto del Universo. Esto, junto a la consideración de un percepto como representación de un código neuronal es la más profunda validación del mundo sensorial como recipiente del conocimiento total.

Sorprende la creación perceptual, asombra el que a partir de un minúsculo espacio creemos una realidad sensorial que parece rodearnos, en la que nos mostramos imbuidos, la que se proyecta hacia afuera de nuestro cuerpo. La pequeña esfera de espacio que toca nuestros ojos la transformamos en un mundo lleno de objetos, colores y formas. A cierto nivel es como si nos transformáramos en esos mismos objetos lo que es absolutamente cierto si recordamos nuestra participación creadora en su aparición.

Esta maravilla, sin embargo, es menos compleja como totalidad que la conducta de Bonny, Fotógrafa experta en recrear fantasías, pide de sus modelos que representen aquello que han deseado, lo que sus sueños les indican como ideal, como lugar-meta, como deseo no cumplido. Crea entonces el decorado y la escenografía de tales fantasías y fotografía la escena grabando permanentemente la imagen en placas bidimensionales. Toda una entidad creando fantasías.

Aún más complejo es el asombro de Andrea al percatarse que las naranjas tienen un sabor característico que las distingue de los duraznos. Cada cosa tiene su lugar me dijo su voz dulce mientras sus ojos verdes se iluminaban por su contacto con lo que ella misma denominó perfección profunda de la naturaleza. Comemos un durazno y creamos su sabor y reconocemos su individualidad y todo nos habla de la tierra y su perfecta armonía.

Héctor es capaz de pintar un cuadro representando el sabor de una manzana mientras que don Lucio ve todas las señales surgiendo de una tortilla y yo la vibración de una región del planeta.

Quizás alguien ya sea capaz de recorrer la historia a través de un mordisco de melón.

Lo que es claro es el hecho de que un elemento contiene el todo. Un movimiento de la mano de Zoza es una última cena plasmada en un lienzo. Una vibración de un dedo forma una cara, un giro de la muñeca una montaña,



un temblor del antebrazo un paisaje primoroso. Todo concentrado en una unidad de concentración algorítmica, todo en un elemento compuesto.

Hoy me acordé de Sonia y de cómo se dejaba ir pintando con esos colores de agua y luego veía caras durante ocho horas consecutivas en su pintura. Hoy me acordé de la libertad y confianza necesaria para lograr tal portento.

Zoza, Sonia y Ted luchando por dejar salir una esencia sin trabas, haciendo sin planes o estructuras; en verdad haciendo.

## XVI

El secreto de abrir los ojos del alma es dejarse ir.

De un capricho, bostezo, cosquillas o música, dejarse ir. Pero a condición de ver por donde se transita. Después ni siquiera eso es necesario.

Dejarse ir es saber que se llegará a lo infinito, a lo interminable, al conocimiento directo.

Siempre de uno mismo.

Siempre de uno mismo.

Siempre de uno mismo.

Así la validación del mundo sensorial es parte de ese conocimiento. Nada le es ajeno, ningún recorrido exclusivo le es vedado. Todo se abre ante la asombrada vista del espíritu cuando se tiene verdadera fe. Entonces todo es trascendido. El que se era se convierte en una posibilidad en doce mil millones. Se es lo que es cuando uno se deja ir.

«En el camino al Popocatepetl, Riza y yo sentimos un acercarse de la revelación. Pasamos por la casa de Sor Juana y nos decepcionaron las vibraciones. Seguimos viajando y pronto el aire se llenó de pinos y la humedad de las fosas nasales se bañó de olor de tierra de monte. A los pocos minutos apareció la nieve. El pico estaba protegido por nubes de todos grosores. No se revelaría a nuestros ojos, sino hasta el momento de descubrir el cambio de era.

Por fin llegamos al lugar de meditación. El sol nos recibió y nos dispusimos a esperar. Riza me había prometido una sorpresa y la moneda que sacó de su bolso no fue otra cosa.

De un lado había inscripciones raras, números, ochos, dieciochos, letras R, símbolos de virginidad y pureza. Del otro, un arco y una flecha apuntando al cielo rodeados de un mar de agua abierto a la altura de la punta. Vertical, con siete fuegos saliendo del arco y una entidad extraña colocada en medio de ellos.

La salida de la era de Piscis y la entrada a la de Acuario, el agua y de ella despegándose el aire lanzado al espacio en una flecha.

- ¿De dónde Riza?

—Un indio me la regaló.

- ¿De México?

—No. Americano, aunque la moneda es... ¿qué importa de dónde es?... es del cosmos.

—¿Pero traída de México? —Le pregunto por lo que entenderemos.

—Sí, es de México.

De un lado la entrada a Acuario y del otro la metodología para lograrlo.

Abrid los ojos del alma y sabréis que el camino es infinito. Detrás de mí estoy yo.

A mí me lo dijo el personaje de un lado del arco, un judío como yo, con barba como yo y miles de vidas como yo, y por fin la presente casi del mismo tamaño que el judío pero más sabio viejo y grande.

Después vi la montaña y en ella estaba lo mismo. Todo es uno mismo, todo es uno, todo está en todo.

Saber aprender sin juicio en cada presente la totalidad de un ser, tal es la encomienda y el mandato, tal la obra.

De regreso le dimos un aventón a otro Sagitario seguramente encargado de transmitir el resto del mensaje. Bajamos la cuesta y supimos que en los tres la suma de las dos cifras de nuestro nacimiento daba 10 y que 30 (tres ceros) era también uno de los símbolos de la moneda.

Tres sagitarios bajando una cuesta sintiendo el mundo y sabiéndolo suyo.

Después, al llegar a casa y en medio de una misa supe de nuevo que el secreto era dejarse ir pero que el conocimiento se paga con crónicas.

Riza y nuestros pensamientos».

## XVII

Tu cuero cabelludo es la superficie del planeta. Tus dedos son pinos majestuosos los que se convierten en dedos cuando bastan los dedos. Por ahora son pinos. Tu cabello es nieve o plumaje suavísimo de pájaros en flor. Tu piel es una alondra salvaje y tus ojos, tus ojos son dos constelaciones mirando el infinito y surgiendo del infinito.

La sesión fue afortunada. Ina y yo nos vimos a los ojos y por primera vez sentía que mi ojo derecho representaba un mundo diferente del izquierdo. En realidad, me partí por la mitad y supe que una parte gigantesca de mí sabía y

otra sentía. Fue igual que con los volcanes. También resultó en lo mismo, quise saber sintiendo. Por ello vi con los ojos al mismo tiempo y dejé que Inda también los viera. La sensación fue fugaz pero clara, la buscada armonía se me presentó como realidad del presente. Después hicimos un experimento en control energético. Todos habíamos sentido el lunes como día terrible. Sobre todo por la mañana. Sabíamos que eso sucede a menudo en Tepoztlán. No es que la energía tenga una cualidad en sí misma, sino que aquí todo se amplifica. Si México sufre una depresión, las montañas que rodean el Valle de Atongo revientan de tristeza y sus habitantes (como Erick cuando me hablaba del miedo cósmico), deben meterse debajo de una sábana y esperar a que pase el mal rato.

Un día después me sucedió lo más improbable. Viajaba hacia un pueblo deshabitado cuando en el camino reconocí una mano que me paraba y una piel que medio brillaba reflejando luces de coral.

Era Antonio. Parecía más viejo y tranquilo. Grandes arrugas cruzaban toda su frente y los ojos resbalosos de tanto haber llorado me miraron con franqueza. Me contó de su vida. A su amada la había perdido para siempre pero no lo había logrado aceptar completamente. La esperaba y en los días en los que acostumbraban reunirse todavía veía el reloj para saber si en la hora que se aproximaba se produciría el milagro.

Pero nada había pasado en años y su temor a enfrentarse a esa verdad lo había envejecido. Hacía unos días, sin embargo, había pensado en la existencia del espíritu. El santo espíritu, me dijo un tanto asustado, existe.

El santo espíritu era ya conocido desde siempre y yo apenas lo comienzo a reconocer, siguió diciendo más emocionado. Al santo espíritu los músicos del siglo XIV dedicaban sus misas. Para ellos era tangible, real aunque etéreo. La majestad del santo espíritu era reconocida por todos y en las cortes se dedicaban a inventar gestos y galanterías que mostraron el respeto y el temor al santo espíritu.

El santo espíritu es eterno, siguió diciendo Antonio, y tanto yo como ella, pertenecemos a su infinita pureza.

Ayer, por primera vez, pensé que podría recordarla sin que al mismo tiempo todo mi ser se desgarrara por la pena de haberla perdido.

¿Por qué me castigas, ¡oh Señor!, si soy bueno y lo único que me sucede es que la amé más que a mí mismo?

Antonio se entusiasmaba más a cada instante. Yo nunca lo había visto así y me dispuse a esperar sus siguientes palabras:

Por primera vez me planteé la pregunta y al cerrar los ojos vi tres flores blancas de tres pétalos cada una y sentí que podía recordar sin llorar.

Ella y yo fuimos dos universos demasiado diferentes por ser tan parecidos. Ella fluía y todo aceptaba. Vivía en la tierra deleitándose con los movimientos de su cuerpo y el maullar y acariciarse mutuo de gatos y mejillas.

Yo no recordaba ya esa edad y al asomarme de mi estrella me encontré con que me mostraba el mundo. Sucumbí a su inocencia y a los pocos meses me olvidé de mi mundo.

Antonio dejó de hablar y una lágrima asomó a sus ojos. Yo no sabía si preguntarle y al final sólo le susurré un ¿qué pasaba?

Me miró y entre sofocos me dijo que todavía no era capaz, pero que por lo menos ya sabía que ambos, ella y él provenían y representaban el santo espíritu, dos universos totales en busca de sí mismos.

Alguna vez podré verla de nuevo y entonces sólo la miraré y en lugar de dolor por la pérdida y la soledad, suspiraré de gozo por su felicidad.

Igual que ella...

## XVIII

Siempre que creo que nunca más me encontraré a Antonio, lo vuelvo a encontrar. Pocas horas después de nuestro último contacto y mientras cazaba tortugas en un bosque lo vi venir corriendo. Sabes, me dijo jadeante, acabo de entender que antes, ella y yo sabíamos que éramos universos. Después lo olvidamos o quizás creamos otro y nos negamos el propio. El caso es que ese que creamos juntos fue menos perfecto que el de cada uno e inclusive se oponía a éste. Ahora lo sé porque me acuerdo que ella me lo dijo en un susurro en una noche de luna.

Ahora todo lo que le pasa me pasa y al darme cuenta de esto que te digo, también supe que ella se estaba dando cuenta.

Es curioso como lo olvidé, pensé que era demasiada arrogancia e inmodestia, yo no podía ser el todo y vanagloriarme de ello y ser orgullosamente consciente de ello. Ahora lo veo distinto. Es el único camino para no perderse y es además el más sincero. Somos dioses cada uno de nosotros.

Al terminar de decir esto, Antonio se fue y me dejó con un caracol de siete vueltas, el mismo que utilizamos en la sesión. Yo sabía que existían

morfologías bi y tridimensionales capaces de afectar el espacio por la creación de campos energéticos pero nunca me imaginé que un pequeño caracol tuviera la fuerza necesaria para hacerme tambalear.

Eso fue lo que sucedió cuando tomándolo con la mano apunté su extremo adelgazado a mi entrecejo. Sentí como si un cirujano hubiese abierto un orificio a través de mi carne y mi hueso. Lo comparé con la sensación de otros objetos puntiagudos y la diferencia de magnitud y direccionalidad me volvió a asombrar.

¿Sería posible, pensé absorto, que el manejo de campos energéticos en este valle esté controlado por morfologías como ésta?

Me acordé de los implantes que Sergio me había mencionado, recordé la cueva de la letra Q, aquélla en forma de doble caracol.

Parecía que por fin había encontrado una clave segura.

Le dediqué días enteros a mi caracol, medité en sus curvas y en sus diminutas esferas rodeando cada una de las vueltas de su espiral tridimensional. Por fin, mientras caminaba entre las montañas me di cuenta de que quienes habían estudiado los cielos se habían planteado la misma pregunta acerca del funcionamiento de patrones.

Me recosté en la hierba y observé una estrella y la dejé penetrar en mí, recordé una noche en Valle de Bravo, en la que yo y Marianela hicimos lo mismo con millones de estrellas. Ahora era una de ellas y fue suficiente. Había dos principios generales, uno que hablaba acerca de la lógica convergente y de inclusión, explicaba las abstracciones, la conciencia, la organización del espacio y la evolución hacía la noosfera. El otro era la organización punto-circunferencia, el núcleo y los orbitales, la organización atómica y planetaria.

El caracol reunía ambas; su conicidad representaba la direccionalidad hacia Omega, la concentración convergente. Las diminutas esferas de sus vueltas, la organización planetaria.

Parecía que la mezcla de dos principios en una estructura material creaba las condiciones energéticas más interesantes. Después recordé otra pregunta, ésta mucho más vieja que la de patrones. El mundo contesta sin lugar a dudas. Había pensado escribir un cuento acerca de las diferencias entre dos conciencias; una que deja que las estrellas la penetren sin preguntarse por significados ni adjudicándose la responsabilidad del entendimiento, y la otra sólo aceptando la gracia de los diminutos e hipercomplejos centelleos después de entender su significado.

La vieja pregunta acerca de lo que aparece primero, la experiencia o el significado de nuevo planteada tras años de lucha.

En un pequeño rancho de San Luis Potosí, Chuchi había lanzado la acusación y llegado a una conclusión que para ella era obvia; «es necesario sentir primero para después entender». Yo sostenía el punto de vista contrario e inclusive escribí Janios y Or como un intento de llegar a un equilibrio.

Ahora sé que cada conciencia tiene su propio método. No deja de asombrarme, sin embargo, el estado de conciencia necesario para hacer las afirmaciones que con tanta seguridad Chuchi hacía. Probablemente sea una diferencia de la conciencia masculina vs femenina. Al menos tal es la observación de otro miembro del sexo intuitivo; Alicia:

«La mujer se siente orgánicamente integrada al planeta y a sus vicisitudes. El hombre, en cambio, no para de buscar. La mujer vive en la oscuridad de lo mundano y el hombre en la luz de las abstracciones».

Dicho por una mujer ardientemente feminista es una observación colosal.

Decía pues que el mundo hace sus pruebas. Después de cambiar de opinión y no escribir el cuento aquel acerca de las diferencias entre el que deja penetrar las estrellas y el que las entiende, después de llegar a la conclusión de que en última instancia es lo mismo; que dejarse penetrar por estrellas es adquirir tanta o más sabiduría que entender sus movimientos y patrones, llegó Antonio de nueva cuenta.

—Sabes —me dijo con ojos brillantes—, la tarde lloró y sospecho que yo fui el responsable de su llanto.

La tarde lloró y a pesar de su tristeza, las flores recibieron alimento.

## XIX

El hombre realizado es aquel que es capaz de vivir su presente con amor y conciencia, trascendiendo situaciones particulares sin dejar de apreciar, conocer y amar su significado como señales y lecciones.

«Mirar a los ojos, ver ese temblor plácido de cristalino brillo, saber de escondrijos y temores ocultos, irse en vaivén a una barca Alejandrina o Fenicia y hallar ahí encerrada en un camarote a la mujer de los marinos.

Vaivén de olas tras esos ojos enmarcados, despertar de farolas en un verde espuma que contra proa y costados anima un sonido de viaje y salado.

Meciéndose en su propia razón, teniendo su centro como único sostén Laila en el reflejo de sus ojos me contó acerca de sus vidas. Olas, olas

moviendo el caparazón gigantesco lleno de remos, rostros sudorosos y una única doncella resguardada por telas del Islam, brocados fenicios, lámparas griegas y cojines romanos.

Laila, noche, Laila sentada sabiendo siempre que un error es la vida, que un olvido es la muerte, que un sollozo la última gota. Laila viendo a los ojos de un marido que siendo yo y siendo no yo ve telas y brocados, aspira incienso y sabe también que error es vida, olvido muerte.

Así eran los días y así las noches y de tanto aprender en centro, columna fortalecida para todas las vidas, cimientos de acero, increíble fuerza, poderosa cima.

¡Cuánto dicen unos ojos bien mirados!, cuánto hablan de vidas pasadas y actuales cerrojos, cuánto hacen sentir y cuánto saben.

Y después, en la noche de esta vida, frente a frente con las cartas de John en medio, sintiendo su presencia, recogiendo brotes, sabiendo que por no saber de azar la vida sabe en cada acto, entendiendo la magia del decidir y del hablar, conociendo que el contacto es con el mundo, y que el mundo se ve a sí mismo cuando lo de dentro y lo de fuera se viven como sinónimos.

Oyendo la vela, viendo el sonido, escuchando la propia vida que en susurros y melancolía anuncia que el despejado telón acaba el teatro, ahí, entre cojines de Arabia, lámparas griegas y telas fenicias, la Laila de ahora y de siempre supo que después de manejar el mundo la luz de la conciencia en sus ojos se había enfocado.

Virgen de ego, Laila dejó su barco...».

## XX

Laila accedió a regresar y con toda fluidez penetró al año 1797, la misma época de Rita-Marushka y Sara-Gilda.

«Estoy en el campo, hay caballos, muy bonitos, grandes, están corriendo. Veo una montaña, otra... un valle. Me llamo Kesel. Estoy sentada en un monte y llevo puesto un gorro, sopla el viento y estoy volteando a un lado. No me veo la cara, el gorro es muy grande y mi vestido también. Llevo puesto un delantal y botas, no hace frío, el pasto es muy largo y hay una vaca. Camino junto a un río muy angosto, el viento me arrebató mi gorro, me gusta mucho el viento, me quiero quitar la ropa pero es muy tarde, sigo caminando. Alguien se está asomando detrás de la montaña, una cara muy extraña, muy vieja, con cabello blanco y barba, muy alto, se acerca a mí, tiene bigotes y



pelo largo. Se acerca muy despacio, yo no tengo nada que hacer, no me muevo, junto a mí está la barda y una cerca de madera con alambre redondo.

Siento tranquilidad, no me habla pero me toma de la mano. Se llama Adonai, me lleva. Hay un perro muy grande y muy bello, parece que vuela, su pelo es muy bonito, se va caminando.

Es la noche y todo sigue igual, la perspectiva cambia, yo me monto en un caballo y Adonai me ayuda, su rostro es muy bello y muy dulce, manos muy bellas, muy alto. No viene conmigo, se queda.

El caballo corre mucho, no tengo ropa. Hay unas pieles y ahora estoy en una playa con pieles muy largas. El caballo es muy grande y no tiene silla, es negro y su pelo es largo.

Me siento con más libertad, ya es de noche y sigo cabalgando. Hay luna llena muy grande, el mar es bellísimo, el agua cubre la arena de la playa y la luna se refleja en ella. Hay mucha paz, no hace frío y veo un castillo con muchos picos, la luna es muy grande. Me bajo del caballo, tengo lazos en las piernas con suelas muy anchas. Parece un huarache con lazos.

Ahora me llamo Sirna, estoy subiendo por la arena, es difícil pero quiero llegar al castillo, todo es plateado con sombras negras, tengo 30 años y el caballo va detrás de mí, soy muy fuerte. Hay alguien en una torre, subo unas escaleras de piedra en forma de caracol y llego a una puerta muy pequeña. Estoy alta y me tengo que agachar. La puerta tiene un corazón y clavos alrededor de él, la madera de la puerta es muy bella.

No hay muebles pero hay pieles. También hay ventanas largas a través de las cuales se ve la noche. Parece que también hay una celda. Más bien es una puerta que parece celda. Hay una tina de piedra, se ve la espuma del mar, se ven las montañas negras y muy bellas. Veo las estrellas, muchas estrellas, demasiadas estrellas, estrellas muy grandes. Ahí está Adonai, está en una estrella, veo su cara y ahora está sentado. Adonai es mi guía.

Estoy en éxtasis, las estrellas son muy bellas, mi pelo es muy largo, no es pelo, es estrellas.

Estoy pasando, Adonai se queda abajo y se ríe, soy como una continuación. No hay frío ni calor, hay una luz naranja que se mece y baja.

No dejo de ver, soy muy larga y ocupo el espacio desde la tierra hasta las estrellas. Veo el mar y de repente no veo nada, veo la luna. Ya no alcanzo, me siento más libre, sigo con la misma sensación, hay un calor muy agradable.

Ahora veo un frasco muy grande, en realidad no es frasco, es algo muy largo también. Ahora subo muy rápido, pero me divierte.

Ahora empiezo a descender, muy suave, como una hoja, después es una pluma».

Nace un ser cuando se percata hasta donde se extiende su vida. Nace un ser cuando sabe de su ilimitada omnipotencia. Nace el Ser cuando nace un ser.

## XXI

Por detrás de la futilidad y del cambio está la infinita permanencia, la total supervivencia del espíritu.

¿Campo energético hipercomplejo?, ¿quantum mínimo de espacio?, ¿totalidad del universo?

Lo cierto es que sean cuales fueren las bases y fundamentos de la entidad espiritual, ésta permanece.

Cual una luz encerrada en un perfecto y simétrico cubo, alumbrando por igual todas las aristas o como un fuego dentro de un hexágono.

El momento presente de esta vida es igual que el momento presente de cualquier otra vida, en él está contenida la eternidad y la simultánea existencia del todo. Pero la conciencia trasciende este momento, la conciencia se remonta y se proyecta en un doble abanico infinito cuyo centro se adelgaza como el pico de un cono, como la inclusión convergente, como la punta de un caracol.

Más que otra cosa somos la totalidad del tiempo, por ello ninguna circunstancia temporal debería afectarnos.

Somos trascendencia inmanente, presencia omnipresente en todo el conjunto infinito de realidades, por ello ninguna emoción o problema debería alterar nuestra existencia infinita.

A través de la estructura corporal de ésta o cualquier otra vida, fluye una organización energética que la sobrepasa en complejidad. Como una especie de embudo a través del cual corre el agua vertida desde un recipiente gigantesco, así es nuestro cuerpo.

Somos, más allá de nuestro cuerpo, más allá de nuestras visiones del mundo y de nuestras más elevadas abstracciones. A medida que crecemos el embudo se ensancha, la estructura da cabida a mayor contenido, la totalidad de uno mismo es capaz de fluir más libremente a nuestro través. Ésa es quizás la razón de nuestra materialización corporal. Al menos tal podría ser el sentido de la misma.

Le llamamos trascender lo cotidiano; contacto espiritual, apertura a otras realidades. En verdad siempre es una identidad con uno mismo, un acercarse a esa totalidad nuestra que existe desde siempre.

Puesto que somos el universo total en uno de sus instantes de cambio, nuestras vidas podrían equipararse a un recorrido por ese universo. Ya están

ahí (desde siempre) todas las vivencias, todos los pensamientos y todas las circunstancias. Es el universo total.

Cada uno de nosotros se empieza a recorrer y entonces vive.

Durante el recorrido existe la sensación del devenir temporal y la de secuenciación vivencial, la de comienzo y término de experiencia, la de ciclos repetitivos... el tiempo es al mismo tiempo ilusorio y real. Todo el universo está ahí en cualquier momento, tal es nuestra verdadera identidad. Es como el caparazón de un pequeñísimo caracol quien se da el gusto y trabajo de recorrerse a sí mismo y tiene la sensación del paso del tiempo cuando su envolvente existe como totalidad en cualquier instante.

Cada vida sería así como un nuevo recorrido, una nueva vuelta de espiral a través de la que no necesita de una nueva vida para existir. Cada vez más ensanchada, la vuelta de espiral de una nueva vida incluye a todas las previas de la misma manera en la que el presente incluye a todo lo pasado en un concentrado punto de vivencia.

Si nos fuera posible recordar nuestro carácter trascendente e infinito, nuestra existencia como totalidad y pureza, si nunca olvidáramos quienes somos en realidad, jamás caeríamos.

## XXII

«El año 25, estoy en el año 25 encerrado dentro de un cuarto medio destruido.

Las paredes son blancas y faltan ladrillos. Sobre todo las partes superiores de la construcción están afectadas. Parecería que un terremoto o un viento fortísimo chocó contra esta construcción y derribó cientos de sus elementos.

Visto sandalias, túnica blanca y mi cara es idéntica a la de ahora.

No sé qué hago en ese lugar. De pronto veo una escena de un mercado. Hay mucha gente platicando y cambiando frutas, monedas, granos y artesanías. No me preguntes si estoy ahí o si lo estoy imaginando. No puedo ya distinguir una de otra contingencia.

Ahora aparece un personaje barbado. Pero su barba termina en triángulo y sus ojos tienen un brillo asesino. Me observa atentamente y yo no quiero moverme.

De nuevo no sé si está ahí o si yo tengo una visión, no puedo distinguir una de la otra.

Ahora salgo a la calle, mis padres son Martha y Juan, Hace mucho frío en esta calle, demasiado frío en realidad. Un frío insoportable, no tengo forma de

calentarme, es mucho frío.

Ahora todo se va, desaparece, se aleja. La conciencia de ese que era yo es muy distinta a la mía.

En verdad no me gusta esa conciencia. Hay mucha confusión y todo está concentrado en la idea de la nada.

Quiero regresar, esa conciencia no me gusta...».

Todo se entreteje en un mosaico magnífico de filigranas rosadas. Todas las conciencias bailan en un mutuo conocimiento y se ríen cuando una de sus manifestaciones se percata del milagro.

Alguien viene y dice lo que debe decir y alguien más lo repite y la nube pasa y el pájaro canta y al final el niño llora y de pronto una conciencia se da cuenta de que todo está ligado y en su verdadero asombro grita acerca de la existencia de Dios y reconoce que no existe el azar en ningún mundo.

Después del año 25, de negarme a existir en tal conciencia de ignorancia, después del frío, a los dos días que ahora parecen dos segundos, después de un lapso que en su presente fue tiempo y que ahora es recuerdo, después del frío, durante la noche previa a la entrada de Piscis, cuando todos los planetas nos mandarían bendiciones, después de todo eso nos reunimos a platicar.

Del tiempo, de Dios, de la conciencia. El día anterior yo había llegado a la conclusión de que la estructura cerebral es un sintonizador de la conciencia y no su creador, que la experiencia es resultado del contacto de la estructura con lo que tiene una existencia propia y permanente. No existe otra forma de entender el fenómeno reencarnacional.

De nuevo un día más, que recordarlo es la misma secuencia de Infinitos presentes que cada vez con mayor vivencia se convierten en vidas. La ilusión de vivir se transforma en multitud de vidas, el análisis reencarnacional es en esta vida tan llena de vidas.

Ahora, en el día siguiente la conciencia masculina y la femenina se vislumbraron como partes de un todo que debía llegar al equilibrio. En mis meditaciones en el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl cada vez que tenía un pensamiento masculino veía resplandecer al Popocatepetl y cubrirse de nubes al Iztaccíhuatl. Poco a poco comprendí que algo había en cada uno de esos volcanes que determinaba o al menos estimulaba una forma característica de ver. Después recordé los campos y las discusiones acerca de sus morfologías. Lo masculino es racional, lógico, directo, es la estructura cónica sin relieves caóticos, la nieve recién caída y delirantemente relajada en una superficie sin irregularidades, el Popocatepetl, el Fujiyama. Lo femenino es lo complejo, lo intuitivo, lo que se ajusta al vaivén sin tener una clara conciencia del porqué,

lo que siente, la emoción, lo antirracional. Tepoztlán, el Iztaccíhuatl, su complejidad, su casi caótico contorno, su cambiante vista, sus tremendas irregularidades. El Iztaccíhuatl es lo femenino y puesto que puede verse desde casi cualquier lugar cercano, está en todos y cada uno de los quantums mínimos de espacio.

Cada uno de los volcanes está en todas las porciones del espacio y forma parte, en ellas, de la organización energética del espacio. Con esa organización interactuamos, en realidad esa organización somos pues nuestra conciencia no es otra cosa que la manifestación temporal de ella.

## XXIII

«Desde esta silla veo los mundos. No necesito levantarme y ya ni siquiera hablar. A veces aun el ver es innecesario. He llegado a mi madurez y solamente un detalle me falta por cumplir. Un mandato, una orden, una misión, una vida.

Debo encontrar la palabra que pronunciada abrirá las conciencias, el sonido que hecho vibraciones arrancará las excusas y arrojará al lodo del desprecio las máscaras y los pretextos, la palabra que nos hará libres.

—Ahora la he olvidado...

—¿La olvidó?

—Sí, fue una tarde durante su siesta. Al despertar nos dijo que había soñado con la palabra pero que no la recordaba.

—¿Y cómo estaba?

—Deshecho, llorando, desesperado por haber dejado ir aquello que buscó durante años.

—¿Y tú que le dijiste?

—Que el trabajo estaba hecho, que bastó el haberla soñado, que su vibración durante ese estado había sido suficiente, que había cumplido su misión.

Las leyes que rigen al mundo sincronístico son tanto o más objetivas que las que determinan las relaciones físicas. Los eventos están encadenados y viven formando parte de una intrincada red de relaciones. Lo que sucede es lo que debe suceder y no existe al azar. Las conciencias se comunican y se determinan mutuamente. Aquel que se ha salvado y vive en armonía tiene el poder para salvar a los que lo rodean.

—«Siempre que he pasado por Parres siento que ahí es el lugar, le dije a Sara contestando una de sus preguntas.

—¿Es el lugar?

—Entre 7 y 9 de la noche lo que ahí existe es la tranquilidad y el contacto.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo siento siempre que por la carretera paso por ahí.

—Un día decidí visitar el lugar y después de mucho buscar me encontré con una iglesia católica con la puerta cerrada y una evangelista abierta.

Penetré a un salón lleno de bandas pintadas color crema con un techo retocado de esferas planetarias y estrellas de cinco picos.

Una viejita lavaba el piso y al verme acercó unos ojos claros y unas mejillas llenas de arrugas a mi oído:

—¡Aquí vive Dios pero a él lo puedes encontrar en donde quieras!

Su cara me era familiar y sus ojos todavía más. Le pregunté por la hora de las reuniones.

¡Todos los días de 7 a 9 de la noche!».

## XXIV

Si al oír una palabra viéramos imágenes, si al respirar oyéramos sonidos, si al caminar observáramos luces, si al tener hambre sintiéramos calor y con sed frío. Si experimentáramos el giro del planeta como un cosquilleo abdominal y un pensamiento como una contracción del estómago.

Si todo esto experimentáramos pero no perdiéramos el amor, todo seguiría siendo igual.

¿Qué importa que al masticar no rechinen los dientes si no se vieran luces o al escuchar sonidos nuestra boca se llenara con el sabor de un durazno? Nada importaría excepto que siguiéramos amando.

## XXV

Nos reímos cuando le dije que antes no entendía como se asombraba y le parecía extraordinario el que cuando me tocaba yo sintiera. Yo te toco y tú sientes... ¿no es fantástico?

Ahora, después de tanto aprender a no juzgar, a vivir en el presente, a saber que en una expansión total nuestro cerebro son las estrellas, ahora a mí me pareció aún más fantástico.

En la noche fui a ver a don Lucio. Le llevaba buenas noticias de Tepoztlán; por fin las energías eran de luz y el acercamiento de la primavera nos había colocado a todos en una especie de situación de éxtasis llena de sonrisas y gozo.

Me lo encontré a la entrada de su casa y me invitó a pasar. En veinte minutos hablábamos de vibraciones y yo le pedí un objeto personal para probar nuestros métodos. Me miró de reojo y negó con la cabeza:

... Nunca llevo nada...

Debe haber adivinado mi extrañeza porque después de un silencio se acercó a la mesa de las ofrendas y de un vaso de barro extrajo un peso de plata.

Me lo dio y yo lo encerré en la palma de mi mano, cerré los ojos y guardé silencio.

Ese guardar silencio me había costado años aprenderlo... transparencia, ausencia total de pensamientos, receptividad y concentración.

De pronto vi una calle soleada y bordeada por árboles cuya sombra dejaba trazos oscuros sobre una superficie de tierra café clara.

Don Lucio me preguntó si la calle era ancha y si había mucha luz.

Le contesté afirmativamente y en ese momento la imagen cambió. Ahora era un edificio redondo con salientes de piedra. Horizontales, labradas y en un estilo de principios de siglo. Un edificio en verdad imponente.

¿Está aquí?

La pregunta me hizo comprender la seriedad de la imagen. Me concentré con todas mis fuerzas y vi un lugar lleno de nieve y rocas oscuras. Un cielo negro lleno de estrellas y una curvatura pronunciada me hicieron saber que el lugar estaba en un espacio alejado de la tierra.

¿Quieren el bien?

Ahora vi una fila de gentes. La pregunta de don Lucio había sido tan acertada que la imagen adquirió colores.

Unos seres con cabezas llenas de cuernos de venados y cuerpos cubiertos de metales coloreados.

Después algo me introdujo al edificio. Vi cuartos gigantescos cuyas paredes aparecían cubiertas de retratos al óleo y anaqueles con libros. Había mucha luz y sabiduría en ese lugar. Así se lo hice saber a don Lucio.

¿Está conectado con la mesa de las ofrendas?



De nuevo la pregunta me centró. Vi un cuarto redondo tapizado de cables o tubos de metal y cubierto con una cúpula entretejida con los mismos cables. Parecía una central energética encargada de estimular algo.

Ahora la visión eran los mismos tubos en forma de un cono gigantesco saliendo de la parte inferior del edificio, adelgazándose en algún lugar del espacio y luego ensanchándose de nuevo.

Era como la conexión entre ese centro de sabiduría y la tierra.

Me dirigí hacia el lugar de terminación y vi una iglesia. La misma que en otras ocasiones había visitado en Tlayacapan. Me pareció extraordinario y así se lo hice saber a don Lucio.

¿Iglesia antigua?

La pregunta me llevó a un recinto parecido al interior de Notre Dame de París. Grandes ventanales de todos colores, columnas y cúpulas preciosistas. Claridad, luz, conocimiento, alegría de vivir.

Le devolví el peso a don Lucio después de que se negó a regalármelo.

¡Es el centro y el corazón de la mesa, ha estado ahí durante años!

¿Un peso de plata corazón de una mesa de ofrendas? Yo no sabía si bailar de gusto o gritar que todo era belleza, tal era la impresión de la tarde llena de sorpresas.

Ahora don Lucio me entregó una escultura rústica representando un maguey sobre el cual dos palomas blancas parecían conversar una con la otra.

—¡Esto es lo que me sirve para recibir mensajes! —dijo orgulloso don Lucio.

—¿Una antena?

—Sí, una antena.

La tomé entre mis manos y en ese instante recordé que en el monasterio yoga de Tepoztlán, Blanca recién había terminado un cuadro en el cual aparecían dos gansos o palomas rodeadas de envolturas de todos colores.

Se lo hice saber a don Lucio y él asintió con la cabeza como si ya lo hubiese sabido.

Yo no recibí mensaje alguno. Sólo la imagen de un gran trono real delante de un árbol gigantesco y labrado.

Le regresé la «antena» a don Lucio y éste me contó que todo responde y que el pensamiento es poderoso y al preguntarle acerca del origen del peso y de la «antena» sólo rió benévolutamente y satisfecho consigo mismo.

¡Yo no se nada!, Jacobo.

Yo sólo sigo los mandatos que recibo.

Yo soy el instrumento de otra voluntad.

Yo soy un servidor del tiempo.

El nivel en el cual se puede ser un servidor del tiempo es diferente del nivel en el cual se olvida la existencia de Dios y se pierde la fe. Sin embargo, lo paradójico de éste o de cualquier otro ejemplo de la fenomenología o del efecto de la vivencia en diferentes niveles es que todos ellos pueden ser experimentados por un mismo ser humano y todos provienen de lo mismo. Encontrarse en uno u otro nivel depende de la propia impecabilidad y ésta de la capacidad para hacer congruente la vida.

A todos nos guía el Ser y aunque la esencia del mismo es misteriosa, su manifestación forma un patrón del cual nadie se escapa a menos de que se posea la capacidad para vivir al Ser desde dentro.

Cuando terminé UNIVERSOS, algo en mi interior me obligó a escribir un tratado acerca de la existencia de diferentes niveles y acerca de quién los sostiene y nutre. La empresa resultó demasiado ambiciosa para mi inexperiencia y capacidad pero sin embargo el escrito refleja una de las funciones de la luz angelmática en su poder inspiracional. El escrito lo titulé LAS ESFERAS DEL CONOCIMIENTO como un claro reflejo de la idea cabalística de la existencia de esferas en las cuales se localiza la conciencia individual. La cábala denomina «Sephirot» a estas esferas y considera que existen diez de ellas. Isaac Luria pensaba que las conexiones de una a otra esfera siempre permanecían (aunque en estado latente) a pesar de que el sujeto cometiera abusos temporales o se alejara de la divinidad. Luria expresaba así su fe y confianza en la capacidad del ser humano de mantener un nexo permanente con Dios dando así fundamento a la idea de que siempre puede existir la recuperación de la bienaventuranza. De acuerdo con este cabalista el subnivel más alto de una esfera inferior se conecta en forma directa con el subnivel más bajo de la esfera inmediata superior. Si la persona ha cometido pecados e incongruencias, la conexión deja de manifestarse pero no se rompe nunca. Si el nivel de la vida es de santidad, la luz angelmática permea todas y cada una de las esferas. He aquí el escrito:

# LAS ESFERAS DEL CONOCIMIENTO

## I

En el pensamiento, la pureza se manifiesta cuando se abandona una percepción parcial y se incorpora, en cualquier análisis, un lenguaje más fundamental.

A partir de este lenguaje ocurren los saltos «cuánticos» de entendimiento. Las matemáticas son un buen ejemplo. El análisis del mundo perceptual como conjunto energético es otro.

Así, puedo verlo todo como contacto con patrones globales. Las personas con las que hablo son, para mí, sensibles manifestaciones de mensajes. Las flores que veo, para mí, me hablan acerca de lo mismo.

Pero también puedo abandonar tal visión y considerarlo todo como azaroso.

Lo segundo ocurre cuando me olvido; lo primero, cuando me recuerdo.

Yo, al igual que cualquier otra conciencia, soy algo más que mis pensamientos.

Mi cuerpo se extiende en un espacio que cada vez abarco más. La misma idea se la transmití a mi hija de 5 años. Le dije que un humo eléctrico salía de nuestro cuerpo como resultado de todas las interacciones celulares. Inmediatamente colocó su manita cerca de su frente y asintió.

—Es cierto papi, hay un airecito que sale de mí.

Después me preguntó si era cierto que después de la muerte nos poníamos en contacto con Dios.

—Claro, le dije, el humo eléctrico ocupa todo el universo.

No soy mi cuerpo.

No soy mis piernas ni mis brazos, ni mis uñas.

No soy mi cabello ni mis ojos, ni mis dientes.

No soy mi estómago ni mi cerebro.

No soy ni siquiera el que se oye diciendo que no es.

Mi totalidad es distinta a cualquiera de sus manifestaciones.  
Mi conciencia es apenas un roce tímido de mi totalidad.

Esto lo aprendí de Ram Das. En un viaje vio su cuerpo desde «fuera» y, puesto que seguía consciente, consideró que su cuerpo no era necesario para su conciencia.

Después vio su historia desde fuera y puesto que él seguía existiendo la abandonó al considerarla superflua. Al final sólo quedó él. Sin cuerpo, sin historia, sin estructura sustentante. **Sólo él**. Pero incluso ese **él** era parte de una totalidad que lo sobrepasaba.

Sin embargo, es difícil aceptar la existencia de un nosotros que en sí mismo **es**.

Todos los fenómenos de sincronicidad se basan en este **nosotros**.

Pero analicemos la sensación en sí. Digo que me siento y que soy. Sé que tal percepción de mí mismo es inmaterial. En su dimensión existe y no puede ser reducida a otra.

La experiencia **en sí** no puede ser medida, pesada, identificada con morfología energética alguna o con el producto de ninguna interacción.

La experiencia **en sí... es**.

Digo que me siento y la localización de tal experiencia de mí mismo la limito en mi cuerpo.

Pero cuando trato de validar dicha localización me encuentro con que, **en sí misma**, la experiencia está localizada en la experiencia.

## II

La experiencia, sin embargo, contiene para sus diferentes modalidades localizaciones específicas.

Digo que la mesa está enfrente de mí y que la montaña se localiza a mi espalda.

Observo el cielo y soy capaz de identificar la localización de nubes, sol y estrellas.

Pero al mismo tiempo sé que derivo tales localizaciones de un punto del espacio, el mismo que toca mis receptores retinianos. La información de un punto localizado en cualquier parte me habla de localizaciones específicas.

Vemos espacio y en última instancia recreamos a partir de una interacción con un punto del espacio a todos los puntos del mismo.

Nada hay de mesa, nubes y estrellas en la red energética concentrada en una porción del espacio. Nada existe ahí que en sí mismo sea la distancia que me separa de una nube.

Sin embargo, y al mismo tiempo, todo está ahí.

Conozco un pintor que posee una extraordinaria capacidad de acceso a sus propios niveles de funcionamiento cerebral. Puede «irse» hacia el lugar que antecede a la forma o al color. Todavía no es capaz de ver el mundo como lo hacen sus receptores retinianos pero cuando lo haga sabrá que la localización es creación absoluta. Más bien, transformación de lo que en sí mismo es uno y está indiferenciado.

Por tanto, y sin querer considerar que el todo es un punto, tengo al menos que aceptar que de un punto se puede reconstruir el todo. Al menos eso es lo que hacemos cuando vemos.

Lo mismo que sucede con la localización ocurre con el tiempo. De un lugar a otro que visito transcurre tiempo; sin embargo, puedo estar en dos lugares al mismo tiempo. Esto lo sabe quien haya tenido una experiencia fuera del cuerpo.

Puesto que la pregunta es acerca del origen de la experiencia y esta experiencia puede surgir en cualquier lugar sin tiempo intermedio, debo concluir que la experiencia de tiempo es sólo una de tantas posibles formas de transformar en contenido vivencial lo que de suyo propio es indiferenciado.

Como un salto cuántico, la experiencia surge. Por tanto, las leyes que la originan deben ser similares a las que determinan el comportamiento cuántico en una partícula.

Ésta aparece en un orbital o en otro sin camino intermedio. Se recrea en diferentes localizaciones como si previamente estuviera contenida en todas.

La única explicación para la localización es entonces la manifestación focalizada de lo que previamente habita el todo.

Si considero que la aparición de la experiencia en cualquier lugar del espacio es también manifestación de lo previamente existente, de lo que en sí mismo está ya contenido en el todo, debo suponer que la experiencia se determina por la súbita direccionalidad de un contenido que, en sí mismo, no está localizado en ninguna parte y al mismo tiempo está localizado en todas partes.

En lo anterior me baso, además de otras cosas, para suponer que nuestra totalidad es el mismo universo y que la manifestación experiencial y concreta de tal totalidad es sólo un problema de direccionalidad. La hipótesis de campo neuronal surge precisamente de tal consideración.

Ni mi cerebro ni mi cuerpo están localizados en la porción de espacio que logro materializar perceptual mente. Mi cerebro es todo el universo en el que se expande el producto de su actividad. De aquí a la explicación de la posibilidad de manifestar experiencia (cuánticamente) en cualquier porción del espacio sólo hay un paso. Mi campo interactúa con la misma organización del espacio que recreo a partir del contacto que tengo con una de sus porciones, contacto de mis receptores.

La experiencia surge cuando un factor de direccionalidad se añade a mi expansión. Así se explica que pueda estar en cualquier lugar sin pasos intermedios. Es la misma consideración de salto cuántico de orbital.

### III

El espíritu de un hombre es como el fruto de un árbol. El fruto se mantiene en su estructura arbórea el tiempo necesario para madurar. Cuando su peso sobrepasa la unión que lo liga con la rama, cae a la tierra. Solamente cuando un hombre trasciende su propia estructura puede ofrecer algo al mundo; antes, su peso es insuficiente para desligarse de su origen.

Esto habla de la existencia de patrones similares en diferentes niveles sinérgicos. La conciencia de un hombre, la conciencia planetaria, la conformación convergente de un árbol, el desarrollo de una semilla, las líneas de la mano y las circunvoluciones cerebrales, la mecánica cuántica y las bases del pensamiento creativo. Todo es analogía, todo es patrón, todo es imagen de todo. Los mismos procesos se dan en diferentes órdenes de complejidad... ***las esferas del conocimiento.***

El río fluye ayudado por la pendiente y la gravedad. Riega las orillas de los campos y el calor del sol evapora su superficie, la transforma en una dimensión etérea que flota en el espacio hasta que después extiende su contenido hacia lugares que todo lo abarcan.

Las selvas surgen y en otro cambio dimensional el agua del río se transforma en oxígeno. Así también sucede con la conciencia. Su fluidez surge de un río que es evaporado por el conocimiento extendiendo su influencia hacia el universo.

Lo que es capaz de abarcar una mirada equivale a la transformación dimensional del río en oxígeno atmosférico. Sin embargo, todo es transformación; en sí mismo sólo existe Uno.

El mundo ofrece sus poderes a quien los merezca.

Es tanta la responsabilidad del pensamiento que sólo puede llegar a él aquel que sea puro de espíritu.

Pureza de espíritu es totalidad espiritual. En ese viaje no se aceptan mediocridades.

Los términos medios son peligrosos en el mundo material y absolutamente fatales en el espiritual.

Niveles y niveles que no se reconocen, sino cuando son trascendidos.

De esta manera, hay quien puede reconocer en cualquier gesto la hondura.

Puede saber que no hay cabida para incongruencias; que si alguien dice saber debe ser en todo puro; que si existe un área de falsedad todo el conocimiento se viste de un tono de superficialidad que tan bien caracteriza al mediocre de espíritu.

Así me sucedió con alguien a quien consideraba hombre de conocimiento. Supe, después de su muerte, de sus necesidades mundanas, de su incongruencia, de sus juegos.

Incluso supe que lo que yo consideraba como silencio sabio era culpa, sensación de timidez por sus pecados, insatisfacción y caída emocional.

## IV

Cuando la vida se ve con perspectiva y cuando se ha aceptado que el camino ha comenzado, verdaderamente aceptado, se reconoce una inteligencia que sobrepasa la propia conciencia. Algo le da sentido al camino a pesar de que en él los eventos parezcan desconectados.

Pero no me refiero a la certeza de especificidad, es decir, aquella que nos dice que sólo existiría este presente de nueva cuenta si todo lo anterior se repitiera. A lo que me refiero es a la existencia permanente de una guía supraconsciente. Llámesele como se le llame; conciencia planetaria, protector... Dios.

Existe algo que sabe y, a su vez, algo que sabe que sabe. Una cadena infinita de diferentes estados de conciencia, unos más globales e inclusivos que otros.

Aquello que sabe cambia de vida al cambiar de conciencia. En realidad, el proceso es el de llegar a una visión que englobe las anteriores y después a otra que permita ver la visión antes global desde las alturas.

Por otro lado, es necesario prepararse para continuar sin interrupciones o bloqueos. En el instante en el que se percibe la existencia del patrón, cuando



se conoce su sentido y dirección, nada es más impostergable que limpiar de escollos el camino. Saber lo que ha estimulado y lo que ha retardado la direccionalidad, y preparar la vida para hacerla en contacto con aquello que estimula y alejarla de aquello que retarda.

Y he aquí, en ocasiones, el grave dilema. La dirección es lo que se ha vivido y, por tanto, sólo hasta el último nivel se podría juzgar. Pero el último nivel nunca llega. Es por ello que se debe reconocer la aceptación, siempre y cuando exista detrás de ella la conciencia.

Es importante analizar cómo se lleva a cabo el paso de niveles. En principio, el proceso parecería cuántico. Saltos sin nada intermedio. Esto es cierto para la última etapa de cada cambio pero no es acertado para las anteriores. En esta multitud de vivencias éstas se van acomodando en una matriz la que se puede comenzar a ver cuando adquiere una morfología sin incongruencias.

En otras palabras, cuando forma un todo compacto en claridad y fluidez. En términos de la actividad cerebral esto ocurre siempre que un nivel de convergencia de mayor inclusión «secreta» el patrón lógico que en su codificación representa lo que de común poseen todos los elementos que lo nutren.

De la misma forma en la que es posible vislumbrar toda una etapa de la vida desde una perspectiva en la cual adquiriera el sentido de un patrón supraconsciente, también se pueden vislumbrar todos los cambios en el acceso a la existencia de tales patrones. Un ejemplo que ayudará a entender lo anterior sería el de alguien que, asombrándose de su propio crecimiento y despertar, llegará a la certeza de que éste es infinito. O bien alcanzará la visión suficiente como para entender qué es lo que de común tienen todos sus cambios de conciencia.

En ese momento, sería capaz de decir en qué punto se encuentra y cuál será el siguiente paso.

Aquí ya no es ver la inclusión previa y saber de la existencia de una vida consciente anterior, sino de saber de la dinámica del proceso de reencarnación. Y aquí reencarnación quiere decir la incorporación del yo a la siguiente etapa de conciencia. En una sola vida orgánica, desde que nuestro cuerpo nace hasta que muere, sufre multitud de reencarnaciones en una conciencia cada vez más expandida, cada vez más madura y global en visión.

La verdadera vida es la vida de la conciencia y por ello el paso de conciencia es una verdadera reencarnación.

Así, una vida humana es una obra de arte congruente con algún nivel de supraconciencia. Como totalidad, en cada uno de sus actos vistos desde la última perspectiva posible, se presenta como un patrón hipercomplejo, como un pensamiento grandioso.

Y de nuevo aquí se vislumbran las diferentes esferas del conocimiento.

La certeza es un nuevo nivel consciente desde el cual aparece el patrón de una vida pasada con claridad prístina.

Certeza es ver, y eso, en su sentido más puro, es ver desde las alturas, ver la totalidad, ver el patrón.

Ninguna palabra puede hacer justicia a la vivencia de ver la propia vida como sometida a leyes globales. Tal realización es en verdad el contacto con lo Divino. Demuestra, además, la realidad de un microcosmos, imagen especular de un macrocosmos.

## V

En una vida se viven multitud de vidas. Pasar de una a otra es como reencarnar; volver a nacer, ver, iluminarse con soles nuevos; descansar la vista y verlo todo con ojos de águila; saber de lo que se pasó y del porqué fue trascendido; dejar de engañarse y por fin penetrar en la madurez.

Todo esto ocurre en un cambio de vida de la conciencia.

¡Cómo aprender un ritmo!: Dejando que todo fluya a través de uno como fuente y meta de resonancia cósmica. Aprender a dejar salir lo que con impaciencia ha intentado manifestarse; poderlo ver, además, con ojos nuevos no cegados por luz adquirida ni enceguecidos por la antorcha que se cree venir.

Saber que si de vidas se trata, el camino es infinito.

Después conocer que su carácter improbable era visto desde un peldaño, para después transformar su improbabilidad en certeza de cumplimiento, en satisfacción de la misión, en correspondencia con el ser que en cada uno de nosotros habita; con la totalidad.

Es el testimonio de algunos afirmar que fueron más allá de sus vidas en vida. Que provienen de la lejanía y que su actual momento es el cumplimiento de añejos deseos.

Es el testimonio de otros el que, a medida que se viven vidas, se acerca la duración de un ciclo completo a la duración de un presente. Tantas vidas como presentes. Tantos presentes como vidas.

Totalidad de vidas en cada presente; infinitud de presentes e infinitas vidas.

La realidad de efectos que se obtienen con el empleo del método de analogías es una de las más incontrovertibles pruebas de la existencia de leyes y patrones similares en diferentes niveles de organización y complejidad.

Este método tiene como postulación básica la de considerar que sí es posible reproducir una secuencia de eventos a un cierto nivel, éstos se producirán en el nivel de complejidad del cual fueron reproducidos. Dicho método ya era conocido hace miles de años y un ejemplo de Ibn Washya es suficiente para visualizar lo anterior.

Según Ibn Washya, el injerto de una rama de limón en un árbol de olivos produce limones del tamaño de olivos. Para que tan antinatural unión tenga lugar se requiere de una ceremonia en la que una bella doncella realiza el injerto mientras un varón hace el amor con ella en una forma antinatural. Si durante el coito la doncella realiza la ceremonia de injerto, éste tiene éxito.

Sólo la reproducción de un patrón de unión antinatural evoca, a otro nivel, la posibilidad de unión también antinatural.

Este procedimiento era utilizado por alguna tribu o pueblo de la antigüedad y refleja la creencia en la bondad del método de analogías.

La misma técnica aplicada en artes curativas es utilizada por chamanes contemporáneos.

El método chamánico implica el logro de una reproducción simbólica de determinado patrón (ya sea únicamente en la conciencia o con ayuda de una ceremonia ritual), con objeto de reproducir a ésta en la naturaleza.

En idéntico método de analogías, los alquimistas se basaban en su investigación acerca de las leyes y procesos de transmutación de metales. Ellos sabían que era necesario transmutar la propia conciencia para lograr el mismo fenómeno en el mundo físico.

Toda la sabiduría del *I Ching* tiene las mismas bases. Los escritores del mismo se caracterizaron por una capacidad asombrosa de detectar lo que de similar o análogo tenía un patrón de eventos del mundo físico y de la conciencia. A través de la observación de los dos órdenes fueron capaces de crear un método oracular de extraordinaria profundidad y veracidad.

## VI

Si veo una flor, la flor está en todas partes. Cada punto del espacio contiene a la flor que veo, puesto que veo espacio. Me rodeo de flores, cada micra cuadrada de mi piel toca la flor que se reproduce y se duplica en esferas de número infinito.

Esto es válido para todo lo que veo, y si acepto que no solamente veo a través de mis ojos, acepto que siempre estoy en contacto con el todo. El todo me rodea en cada uno de los puntos infinitesimales que constituyen el espacio y con ése todo interactúo a cada instante.

Yo mismo soy el todo puesto que veo y soy visto. Ocupo el espacio y me duplico y me reproduzco en cada uno de sus puntos.

Existe una totalidad de uno mismo a la que se puede tener acceso. Este último se facilita utilizando técnicas que incrementen la capacidad de abstracción.

Cuando un conjunto de elementos dispersos es unificado en un patrón coherente y con significado, el conjunto se hace accesible. Las técnicas de incremento en abstracción no son otra cosa que la capacidad de encontrar el patrón común en una serie de eventos «aparentemente» desconectados. En realidad, tal apariencia es falsa. Todo está interconectado en una red hipercompleja con la que interactuamos.

A cierto nivel todos somos el mismo Ser.

La capacidad de vivirlo explica todas nuestras inspiraciones y creatividad.

Cuando esto se ha vivido y se deja de hacerlo sólo queda el mandato sin contenido.

La única razón para no hacer es sentir que no hace falta.

La única posibilidad de darse es que se será bien recibido. Bien recibido significa amigo, hermano, Uno.

Reconozco que en mi hablar introduzco mi mundo. No tengo más remedio pues desde aquí atisbo. Hermano, amigo, Uno... A final de cuentas la beatitud sólo se evoca con el pensamiento, cuando en realidad se está pensando. Con el paisaje cuando en verdad se está viendo.

Pero aquí también introduzco mi mundo y éste sólo lo ofrezco cuando es visto.

Yo no hablo de poderes ni de envidias, no me vivo en intrigas o insultos. Ofrezco la sensación de gozo de un mundo... un solo mundo.

Pero a partir de las palabras que a través de mí se escriben, reconozco otros mundos... cuando estoy en el mío.

Por ello referir el gozo es estar en uno... el Uno.

A final de cuentas todos somos Uno y por ello a él es a quien hablo.

Y ahora de nuevo dudo.

¿Uno es la totalidad o Uno es sólo uno? Cuando la esencia se ve, ¿lo que se mira es un suceso o la simbolización del todo? Al introducir la conciencia en uno mismo, ¿se vislumbra la conciencia o al uno mismo?

Vivir con la sensación del Uno es una gracia. Todos somos, en última instancia, hermanos.

Pero a la pregunta acerca de si al llegar al propio centro se llega al todo le cuestionó aún en el momento de formularla.

No se puede llegar a la certeza antes de la experiencia.

Lo interesante es tanto interés por el todo. Si la pregunta, por ahora, no se contesta con certeza, alguna vez se hará. Cuando eso suceda la propia experiencia será como el todo. No habrá diferencia, sólo será experiencia.

Cuando sólo queda el mandato sin contenido, querrá decir que no se ha buscado suficientemente en uno mismo.

También implica que el contacto se ha destruido, lo que es lo mismo.

Por ello hablaré de contenidos sin importarme si son míos o son el todo.

La duda acerca de la realidad de las propias experiencias es un *leitmotiv* para la temática religiosa judía. La máxima de no representar a Dios con imagen alguna, de considerarlo invisible es el valor judío por excelencia. Es la invocación de la no duda; no de la fe ciega, sino de la falta de duda acerca de la realidad de las propias experiencias.

Era castigado terriblemente aquel que hiciese una imagen representando a Dios, aquel que lo concretizara manifestándolo en una sola dimensión.

El pensamiento cristiano primitivo es la respuesta para un mundo ávido de demostraciones tangibles de la divinidad, a pesar de que el propio Cristo defendía originalmente la visión judía. No sólo eso, sino que la convertía en mandato con contenido manifiesto. Antes de Cristo todo era individualidad en el todo, al menos ésa era la deidad. Con Cristo, esa verdad adquirió carácter de experiencia tangible. Pero de hecho ya estaba en ella el estigma de la contradicción. No pueden rebajarse las defensas, gritaría un profeta del viejo testamento; no es válido concretizar a la esencia.

El verdadero Dios reside en cada uno y es el uno mismo el que se transforma en el todo.

Pero existen puntos de referencia que hacen que ése todo aparezca distinto para cada quien.

Hay aquí un punto incongruente. Puedo escoger un punto de referencia y, de hecho, el que más me gusta a mí es la altura, ver las cosas desde las

alturas. Desde allí es posible detectar lo que todos los puntos de referencia perciben.

Así, existe un nivel de percepción y vivencia de la totalidad que excede la visión concreta de cualquier punto de vista específico.

Ése es el nivel que me agrada y ahí siento platicar con aquello que nos une en una conciencia producto de todos nosotros.

## VII

Nuestras vidas, la gente con la que interactuamos, lo que decimos y pensamos, forma parte de un patrón inteligente que nos trasciende.

Somos los artistas de una obra de tan magnas dimensiones que rara vez podemos comprender el tema principal.

Se nos escapa lo que de todos nosotros se construye.

¡El artista de una obra gigantesca que se resiste a verla como un todo y que, en cambio, decide jugar su parte con máxima vivencia!

Cualquiera de los dos, el que vive profundamente su papel o el que gusta ver el argumento general, son actores de otra obra aún más magnificante. Por ello ambos tienen la misma probabilidad de encontrar la felicidad. Unos con mayores y otros con menores responsabilidades; unos con mayores y otros con menores gozos, pero todo participan (a cierto nivel) como actores.

Me gusta la conciencia por sobre todas las cosas, la claridad de vidas, la sabiduría de la propia vida.

Nada es azar ni coincidencia. Existen patrones de los cuales formamos parte y éstos, véanse o no, se manifiestan en todos los sucesos y pensamientos que continuamente nos estimulan.

Es posible, sin embargo, determinar cierta direccionalidad que permite «recibir» con mayor finura y precisión aquello que se busca o se pregunta. Basta para ello situarse, empaparse de un estado que sólo se puede describir con una palabra: amor. Amor hacia el mundo, aceptación de su existencia y de su si no como determinado por una armonía supraconsciente.

Las bases de las relaciones de una conciencia con el resto del universo, lo que hace que nada sea azaroso, es la capacidad orgánica de crear campos energéticos que interactúan con la organización del espacio y con otras conciencias.

Así, la falta de azar significa más que una mera correspondencia, una unión física de cada conciencia con el resto. A cierto nivel todo es Uno.

El nivel intuitivo es aquél en el que nuevas relaciones y contenidos son creados a partir de una unificación de elementos dispersos.

Las lenguas, además de manifestar el tipo de experiencias sensoriales de sus creadores (el japonés tiene 50 términos diferentes para otros tantos tipos de belleza, mientras que el árabe utiliza muchos términos para diversos tipos de camellos y arenas), manifiestan una serie de contenidos y operaciones intuitivas. En la estructura profunda de los idiomas y en las relaciones de tal estructura con la codificación cerebral de la información está la clave para entender la lógica lingüística.

Si el lenguaje lo vislumbramos desde un punto de referencia neuronal, nuestro análisis utilizaría como elementos las relaciones y características de los patrones neuronal y no las palabras. Veríamos ahí la esencia de la lógica y las bases de las relaciones lingüísticas.

Ahora hace falta un lenguaje cósmico, una lógica y una estructura que permita la verbalización de las relaciones globales, una trama de los argumentos.

## VIII

Una mano gigantesca sostiene entre sus dedos un muñeco vivo. Ambos, la mano y el muñeco, juegan.

El muñeco mueve brazos, piernas y torso, siguiendo un ritmo que la mano reproduce. Cada vez mayor complejidad de movimientos y ritmicidad de acciones se manifiesta en esta danza.

De pronto, la mano se da cuenta de que los movimientos del muñeco son aún más complejos que los suyos, y accediendo a la evidencia libera a aquél.

Viéndose libre, el muñeco casi resbala de su anterior sostén y con sus dientes se apoya en la muñeca, y después en el codo de un brazo que antes sólo percibía como gigantescos dedos.

Sube a través del hombro y al llegar al cuello descubre que está en presencia de un cuerpo que nunca imaginó existiera. Después de escalar boca y nariz se ve a sí mismo reflejado en una pupila colosal a la que desea penetrar. Pero de nuevo resbala y en su caída se da cuenta de que para llegar arriba no sólo se requiere fuerza.

De nuevo lo intenta y al llegar a la pupila sólo se conforma con verse reflejado en ella. De pronto un nuevo muñeco aparece en la mano del

reflejado muñeco vivo. «Una mano gigantesca sostiene entre sus dedos un muñeco vivo...».

... El amanecer recorrió un velo de negrura que se había apoderado de la choza de adobe en la cual reposaba mi fatigado cuerpo. San Pedro despertaba con los habituales sonidos de vegetación, gallos y mujeres mañaneras dirigiéndose al mercado. Había sentido una presencia conocida que me llamaba y me decía que la hora se acercaba. En verdad que mi vida le agradecía a su conciencia por cada instante de beatitud, aunque también desesperaba por la intensa energía sin dirección que llenaban piel y osamenta.

Acostumbrado a no diferenciar la realidad de la noche y el día, me preparé a sentir el acostumbrado jalón de ropas y la visión del amigo que, llegado de lejos, me informaría que ya me esperaban. Pero decidí permanecer en letargo por unos minutos más.

Me dirigí hacia un viejo que reposaba en un árbol y supe que no eran ni viejo ni árbol. Entonces sólo traté de ver de dónde provenían. La sonrisa se convirtió en certeza de contacto con la sutil sensación de otro y me preparé a hablar. Esto ya me había acontecido en vida vigil, pero nunca me dejaron expresarlo. Veía la cara de alguien y las manos de otro y sólo dejaba que su esencia me penetrara.

Con el no viejo y el no árbol hice lo mismo, y entonces averigüé que era una parte de mí mismo quien ahí reposaba. Me asombré de la sabiduría de Octavio-Augusto. Dos días antes me había dicho que al venir somos Uno que se divide en muchos y que la labor en vida es reunir los pedazos hasta volver a hacer Uno.

Y ahora, mientras escribo y un diminuto insecto rojo recorre mis letras y baila entre mis movimientos, me doy cuenta de la verdad de tal mandato. Página gigantesca y mundo gigantesco para las diminutas partes de un todo.

Decía, pues, que el no viejo, después de haberlo reconocido, me recibió amablemente, y yo sentí que me hallaba en mi presencia suntuosamente adornado.

Lo saludé y le dije que lo conocía y que venía a preguntarle por la realidad de mi estado. Me miré desde sus ojos y supe que todavía no debía contestar tal pregunta ante la parte que así me cuestionaba.

Volví a ver el no viejo desde las alturas y entonces sentí el jalón de ropa. «¡Francisco!» me llamaba la voz de mi profetizado amigo, «¡Francisco!, ya es hora».

Había venido desde Santa Fe para avisarme que los camiones esperaban ya en la frontera. Me levanté, tomamos café y después de divisar las hormigas



del jardín salí a la plaza del pueblo. Puesto que ya era hora, alguien debía estar esperándome para llevarme. En la calle hice una señal y un auto repleto de turistas me llevó a la frontera.

Nada en particular sofocante sucedió en el viaje. Ya conozco la imposibilidad de hablar y sólo me sorprendió que quienes tan bien reconocían señales, no me reconocieran a mí como parte de ellas. Solamente algo recuerdo. La hija de un matrimonio parecía estar despierta.

En la frontera me esperaban cinco camiones llenos de toronjas y ocho compañeros. Analizamos la situación y decidimos enfilear la caravana hacia un valle.

Habíamos oído de la existencia de un monasterio y reconociendo en vello y venas su futura existencia, nos acercamos a sus murallas. Nos recibió un monje barbudo y semicalvo; nos ofreció peyote y yo negué con la cabeza.

«Te traemos», le dije, «la verdadera comida de los dioses. Un espíritu que a todos nos cobija la hizo nacer del monte, y manos cuidadosas la rodearon de cariño. Redonda es como la conciencia y su interior resguarda y trasmite los más bellas experiencias».

«Muéstrala», respondió el monje inquieto por no saberlo de antemano.

Le vendimos 30 kilos de toronjos, y alejándonos de ahí, en la excitación y apoteosis de la retirada, me vi con mis compañeros, alejándome de 30 kilos de soles y un monasterio. Nuestro espíritu juvenil se desbordó, y entre caricias y abrazos, rodeados de montañas y monjes, decidimos ir más al norte.

«La prueba, camaradas, la prueba», nos decíamos unos a los otros. Casi demasiado tarde divisamos la cruz en llamas y los puntiagudos gorros con círculos de ojos, nariz y boca... «la prueba».

Siendo yo el mayor y el más experimentado, me introduje en medio del círculo de reverentes blancos. Miré las puntas y los brazos, y alzando la voz tuve cuidado, por una sola vez, de no convertirme en ellos.

«¡Hermanos!», les grité, «conozco sus tribulaciones y anhelos, sus gustos y ambiciones, y heme aquí enviado por los mismos dioses para revelaros el secreto de la raza». Me miraron y yo adiviné bocas entreabiertas en rictus resonantes. Me miraron y se acercaron. Salimos de ahí corriendo, después de venderles medio camión de toronjas.

Fuimos a dormir aquella noche a un hotel. Yo pensaba que mi vida me había hecho inmune a sorpresas, pero lo que me esperaba puso en entredicho tal consideración.

En la cama de mi cuarto reposaba un cuerpo humano y en su estómago, echado, ronroneaba un bello tigre. Me acerqué a la imagen y he aquí que supe

lo que pasaba. En el costado derecho del que parecía muerto, un diminuto triángulo viajaba...

De pronto, el triángulo habló:

... «¡Abre la boca!, ahora ve las espirales de fuego que aparecerán en tus entrañas. ¡Penetra en ellas!

Tu ser será englobado en un pequeño triángulo, y si en realidad no te interesa abandonar tu mundo, penetra en él y dirígelo a tu ombligo.

Sentirás dolor pero no en demasía...».

Tal era el triángulo que veía en esas entrañas. Asustado me fui a caminar por la ciudad.

Recordé entonces algo que me hizo retornar a ese cuerpo, al tigre y al triángulo.

Me vi entrar de nuevo en el cuarto y noté mi propio asombro. Entonces comprendí el significado del triángulo y sin querer oírme más, me traté de alejar. Pero fue demasiado tarde, ya había intuido que me hablaría de mi totalidad y me demostraría que soy un corte de ella, lo que siento que soy, lo que me dice que soy... aquello que ve.

No puedo describir con desenvoltura las impresiones, y menos aún transmitir la sensación de encuentro y pérdida que experimenté. Sabía que a partir de esta ocasión mis células hablarían, y nunca más sería el mismo puesto que el yo mismo que había descubierto no tenía final. La totalidad de mí mismo se me mostraba como inalcanzable y al mismo tiempo se me mostraba...

Entonces las toronjas me vinieron a la mente; ¿cómo iba a continuar sabiendo aquello?

Me sumí en la desesperación y una voz me decía que era un imbécil y yo lo sabía, por sumirme en algo que no era mi totalidad. «¡Despierta!», me repetí una y otra vez... ¡despierta!

Me recordé, ¡Dios mío!, me recordé, y fue tal mi felicidad que caí de bruces contra el techo, introduje mi cerebro en una planta y saboreé los pistilos y las tonalidades, los aromas y los colores. ¿Habrá alguien que me oiga?, ¿será que todos viven así y nadie es escuchado? Y otra vez me olvidé, aquella totalidad que no necesitaba compañía se escapaba como un pececillo húmedo y resbaloso.

Me volví a unir al grupo y en dos semanas, y con las toronjas en plena madurez, llegamos frente a una joyería de la 6.<sup>a</sup> avenida en pleno Manhattan.

Me separaban veinte pasos de su entrada y cada uno de ellos fue un universo. No quería olvidar aquello, no quería, a pesar de los edificios y los

autos y los vestidos y las tiendas y el pavimento y las nubes y las ventanas y los ruidos y los aviones y las toronjas.

Tan sutil, tan delicado equilibrio entre dos mundos y tantos pasos para llegar a la entrada o a la salida... tantos pasos.

Una cara sonriente me recibió rodeada de diamantes y oro. Mi primer impulso fue preguntarle si ella también lo sabía, pero algo en el brillo de sus ojos me impidió hacerlo. Simplemente la miré y le dije que le traía una joya que no me había atrevido a mostrar a nadie, por su extraordinario valor, pero que algo en su boca me había hecho decidir a mostrársela precisamente a ella. Me miró asombrada y entonces le mostré una toronja.

Ése fue el final del viaje, y ahora que recuerdo lo único que quería decir aquí es que no hay que tener cuidado. De todas formas existe...

## IX

La existencia puede vislumbrarse a sí misma sin contenido concreto, sólo como existencia. El cuerpo desaparece, el pensamiento se transforma en la sensación de vida... sólo ella.

Esa existencia que se siente a sí misma pura sin artefactos, preocupaciones o dudas, es el Ser.

El Ser es independiente.

El Ser no tiene localización.

El Ser simplemente *es*.

Su condición es de liberación total y absoluta capacidad creativa. En su libertad puede trasladarse en un espacio y un tiempo que no son ni espacio ni tiempo, sino pura existencia.

Su aparición requiere de la previa conciencia total y de la solución de cualquier ligadura con el mundo material y corporal.

La mejor descripción del Ser es el amor. Ninguna otra emoción más que amor. Ningún otro contenido más que el de la pura existencia.

## X

«... No me gusta ser demasiado sensible pues esto hace que detecte o me abra ante energías que me dejan exhausto. Al menos eso es lo que sucedió la noche en la que una tensión creciente se fue acumulando en mí hasta que empezó a llover. Esa lluvia no sólo fue refrescante, sino halagadora. Me indicó lo que sucedía y mi reflexión del mundo me dejó satisfecho.

Pero pronto descubrí que eso era solamente un viaje de ego. Me sentía satisfecho de estar en contacto con el mundo y me olvidé de mi gran responsabilidad. Es como la diferencia entre ser tocado y tocar, diferencia metamórfica o, si se quiere, fenomenológica. En esencia ambas cosas son lo mismo.

Ya había detectado algo extraño y eso fue lo que me impulsó a derivar mi conciencia hacia la producción de un ritmo que ayudara al crecimiento de las plantas o a la reducción de una confusión *in crescendo*.

Es como la diferencia entre el hombre y la mujer. Mientras la labor del primero es crear orden, el sino de la segunda es traer el caos. Pero no se crea que estoy denigrado a las bellas doncellas y a las maduras madonas que comparten el mundo con los apuestos y varoniles mancebos. No, el caos es la apertura, la visión de otras realidades y el freno contra la mediocridad. El orden es simplemente un freno ante la confusión. Así es que con mi tambor me propuse impartir un dejo de masculinidad a la doncella Tierra y, por lo visto, lo que conseguí fue hacer llover.

Pero confieso que antes de que todo este intercambio energético ocurriera, había logrado permanecer en la conciencia de mi existencia. Nada importaba más que el sentir mi vida como vida. No quiero decir como conjunto de aventuras o experiencias excitantes, sino simplemente conmovida. En la tarde me había fatigado. Una visita pesimista a la que puse en entredicho al recordarle la grave responsabilidad del pensamiento me había hecho utilizar toda mi atención y energías. Sostuve una discusión que acabó en sonrisas y mutuas **felicitaciones**, después de rozar **la** locura.

Él sostenía que el mundo experimentaba una lenta degeneración enfilada hacia la muerte total. Yo no negué tal visión, simplemente consideré que pensar de esa manera ayudaba a acelerar la muerte en lugar de frenarla. Fui muy consciente de mis deberes y no utilicé armas inmorales, es decir, hablé de mi propia experiencia.

Pero todo eso es cosa de ayer. Hoy lo que me preocupa es que todo mi mundo se convierte en una emoción unidimensional y eso atenta contra mi autoimagen. Es algo así como ver el arca de Noé y olvidarse de todos los diferentes animales que transporta.

A veces pienso que la emoción y la intuición son diferentes manifestaciones de un mismo proceso. A mí me gusta la segunda y no puedo soportar la primera. De nuevo no quiero decir que toda emoción sea desagradable pero el arca de Noé definitivamente lo es.

Alec sostiene una visión parecida y como buen antropólogo se asombra de la serpiente de la triple cabeza. La tercera, dice, representa la emoción.

Pero viéndolo bien, la emoción cabe en la existencia, y esto último, cuando se recuerda, acaba con todo particularismo e inmadurez.

## XI

Cuando la experiencia y la conciencia se vuelven sinónimos, se alcanza la madurez.

Oír música es un buen ejercicio en ese sentido. En el momento en el que la música se siente penetrar y se le ve penetrar y se sabe que penetra viéndose a uno mismo penetrando...

O una flor; la observé desde mi totalidad o lo que yo siento es mi totalidad y me regocijo de ser alimentado por tan exquisito manjar. Algo en mí observa como una porción de mí mismo, recibe los colores y algo en mí se asombra de la propia creación...

Cuando la conciencia y la experiencia se vuelven sinónimos se alcanza la madurez.

Mi propio cuerpo es sentido desde las alturas, mi respiración agradecida y mis movimientos... sabores de movimientos... olores de movimientos...

Toda idea de un final se acaba y sólo queda la maravilla de lo infinito. Cualquier «cosa» puede enseñar y si antes el fruto era sabor, ahora, cuando la conciencia se vuelve experiencia y la experiencia se convierte en conciencia... ahora el sabor es historia.

O las vetas de la madera o el canto de los pájaros o la sensación del viento.

Y si a todo se le añade la unicidad, si lo que es vislumbrado se convierte en lo mismo que quien ve si tú eres yo y el árbol y las nubes son parte nuestra, entonces vuelve el paraíso.

Un solo Ser; a cierto nivel somos un solo Ser.

## XII

La mejor forma de acabar con el ego es expandiéndolo, en tal grado, que empiece a abarcarlo todo. En ese momento, al formar todo parte de Uno, el ego desaparece.

Cuando alguien se abre al conocimiento, adquiere el máximo poder y al mismo tiempo la máxima debilidad.

El contacto directo con la información contenida en la organización energética del espacio es la intuición.

Como toda habilidad, la intuición puede desarrollarse, y esto depende de la validez que se le da a su aparición. Cuando un acto intuitivo es validado, la probabilidad de que aparezca de nuevo se incrementa. Cuando el resultado de la intuición es invalidado, se extingue. La intuición sigue las mismas leyes que cualquier aprendizaje.

Estas leyes del aprendizaje también rigen los llamados fenómenos psíquicos. Representan, por tanto, un patrón universal que aparece a muchos niveles de complejidad.

Un patrón es formado en cada nivel de conciencia. Un hombre actúa, habla, se transporta de un lugar a otro, piensa, y como si fuese un hilo que tejiera una trama, pronto la regularidad del tejido se hace aparente y ocurre un salto de conciencia en el que todas las pasadas acciones son vistas como un patrón gestáltico.

En el nuevo estado ocurre lo mismo. Una nueva trama es tejida y en su momento puede ser vislumbrada.

El proceso parece ser infinito y lo que sucede de nivel en nivel es una expansión de conciencia acompañada de una expansión del presente y un incremento en capacidad inclusiva a intuitiva.

La intuición es el manejo cuasi matemático de inclusiones. Su herramienta es un tipo de lenguaje que incorpora en cada uno de sus términos tal cantidad de información que permite establecer asociaciones sumamente abstractas. La intuición maneja elementos astronómicamente complejos en términos de la información que contiene.

## XIII

El origen de todo pensamiento, la raíz de todo árbol de convergencia, es el Ser. La experiencia directa del mismo es la vivencia de la existencia como existencia, del Ser como Ser.

Si un pensamiento se recorre hacia adentro vislumbrando sus antecedentes cognitivos, llega un momento en el que se vislumbra su origen. Pero no su origen histórico o su devenir lógico, sino el punto inicial del cual proviene. Este último es siempre la sensación de existencia, el Ser.

No existe nada más generalizado, atemporal y sutil que la sensación de existencia. No tiene, además, contenido específico alguno. Simplemente es. Su condición atemporal e inmaterial le da un carácter sagrado y en verdad así es la sensación que provoca su contacto.

Quien conozca esa sensación, sabe que dentro de cada uno existe una llama inextinguible e inalterable de vida. Vida que no depende de ninguna contingencia externa, vida cuyo sino es la existencia libre de cualquier contenido excepto del suyo propio.

Lograr el acceso a la experiencia de ser es ponerse en contacto con la fuente de toda experiencia.

Así como un problema específico pierde su carácter demoledor y totalizante al ser vislumbrado desde una referencia de alta inclusión, así la experiencia del Ser evita la pérdida de la fe.

El contacto con el Ser es el antecedente inmediato de la experiencia de unidad total con el mundo. Tal es la meta de la terapia de inclusión.

En términos fisiológicos, lo anterior significa un acceso a niveles algorítmicos cada vez más poderosos, hasta llegar al contenedor de la inclusión total. Esta última es la visión de la propia vida como un patrón unificado. La vida como unidad integrada y completa dentro del todo.

## XIV

El contacto con el Ser, la vivencia de la experiencia-conciencia y la transparencia corporal son las condiciones del verdadero conocimiento.

Sentir que no existe observador de la experiencia, sino sólo esta última conservando la visión prístina de la conciencia...

Saber que todo es creación y que ésta es ilimitada, sin fronteras, sin estructuras...

Recorrer vidas pasadas, entendiendo a través de ellas la actual con la certidumbre de la igualdad suprema de todos los actos...

Reconocer las propias creaciones sabiendo que el pensamiento materializa...

Amar la vida...

## XV

En 1934, Alexander Cannon, el distinguido neurólogo y psiquiatra escribió un libro intitulado **La influencia invisible (The invisible influence, E. P. Outton and Co., Inc., Nueva York)**, en el cual relata sus experiencias en el Lejano Oriente. Particularmente interesante es el análisis que Cannon hizo acerca de campos energéticos (él los llamó magnéticos) y sus vibraciones.

De acuerdo con Cannon, existe un conjunto de campos magnéticos y gravitacionales, producto de cuerpos estelares, que continuamente bombardean la Tierra. Estos campos varían su morfología y su frecuencia vibratoria, dependiendo de la posición e interrelaciones estelares de una época, día o momento presente. Existe, también según Cannon, una interacción entre las vibraciones del campo estelar y las vibraciones que cada individuo produce. Esta interacción es el origen y base de la vivencia emocional y consciente de cada ser. Cannon consideró que, a nivel de los campos, existen relaciones e influencias directas entre todos los seres y todas las conciencias, y que el pensamiento es el agente que modifica las relaciones energéticas del universo.

Resulta sumamente estimulante oír estos conceptos y altamente productivo el asociarlos con la concepción del campo neuronal y de la organización energética del espacio. Primero, porque permite comprender cómo el pensamiento es capaz de afectar el mundo físico y cómo en la base de la diversidad fenomenológica habita un todo común que puede ser conceptualizado como unitario.

Segundo, porque permite idear técnicas que manejen en forma más precisa y productiva las relaciones energéticas subyacentes a todo acto de experiencia-conciencia.

El espacio existe como creación personal al igual que la materia. Todo se interconecta con todo a través de una trama energética hipercompleja.



Estamos sumergidos en un sólido energético y en nuestra ilusión llamamos espacio a algunas de sus partes y materia a otras.

## **XVI**

Es una ley la que indica que una expansión de la sensación de identidad es el requisito para alcanzar la unidad.

En ese estadio la felicidad personal es transferible al mundo.

Por ello, cuando se alcanza la conciencia de unidad, el único deber y responsabilidad es mantener el amor hacia uno mismo puesto que eso es el amor hacia el universo.

En el siguiente escrito titulado LA CONCIENCIA DE LA CONCIENCIA intento un análisis informal de la condición de darse cuenta de que se da uno cuenta. La conciencia es el darse cuenta, el unir lo que aparentemente se encuentra desligado. Cuando el patrón que interconecta eventos aislados es cognitado, surge la conciencia. La conciencia de la conciencia, en cambio, es una especie de salto cualitativo con respecto a la cognición primaria. Implica un alejamiento o distanciamiento con respecto al entendimiento. Es un proceso de atestiguar y por ello, forma parte de la conciencia del Ser. En ningún otro proceso y en ninguna otra vivencia se manifiesta con mayor claridad la luz angelmática. Cuando se es capaz de colocarse en una «región» desde la cual se observa a la conciencia, se está cerca de un yo fundamental que no depende ni de la experiencia ni de la conciencia, sino de algo que parece provenir de un «arriba» más cercano a la verdadera identidad. La conexión entre éste «arriba» y la conciencia individual es la luz angelmática. Ninguna felicidad es comparable a la que se experimenta cuando se es capaz de encontrar la verdadera identidad. Cuando esta última colorea la experiencia, existe la tranquilidad y la paz. Cuando, en cambio, se encuentra ausente, ningún bien material la puede sustituir. El encuentro con el verdadero uno mismo es la luz angelmática.

# LA CONCIENCIA DE LA CONCIENCIA

## I

Siempre en mi camino retrocedo y avanzo, y sólo lo pierdo cuando lo que en realidad hago es probar la longitud de otros pasos. Mi camino es el tamaño de mis pasos. Una amiga me confesaba que, a pesar de todos sus esfuerzos, seguía odiando a las moscas. La hacían distraerse, y en su furia y desprecio descubrió que si al intento de matar una mosca se le suma el no intento, si a la voluntad se le trasciende, entonces la mosca dejará de pensar en uno y no se moverá mientras una mano indecente y autoritaria la aplasta sobre la mesa.

Puesto que todo es proceso y no existe una meta, la razón primordial de la vida es mostrarlo. Por ello no se busque descripción o análisis científicos; no se halle metafísica o filosofía; no se entienda de ella las herramientas; no se atienda al dramatismo.

¡Véase al hombre!

La razón de las estrellas es el hombre.

En realidad no acepto la existencia de las estrellas sin el hombre. Solamente porque este último ser tiene por destino reordenar lo ya ordenado. Conciencia de la conciencia, vida de la vida, camino de los caminos, anticaos del anticaos.

Un párrafo en letra gótica y el siguiente en latina se podría leer, sin introducirse al texto, como proveniente, cercana o al menos, interesante alusión a lo gótico y a lo latino. Pero aún de eso se puede lograr abstracción y comenzar a ver lo común a todas las letras; ordenar lo ya ordenado, verlo desde las alturas, divisarlo con ojos de águila.

Es difícil ser sincero, sobre todo cuando el tiempo se acelera y deja atrás al pensamiento. Es muy difícil entrar en camino recto y muy fácil desembocar en gargantas cerradas, abismos de locura.

Comprender es ver con una mirada, englobar con una visión; Conciencia de la conciencia, ver del ver. Vivirlo es el secreto y ello sólo se consigue

alterando el tiempo, dejando que todo se suceda más lentamente, dándose tiempo para recorrer todos los detalles. Algunos lo llaman paciencia pero el término ha sido empleado ante mí de tan diversas maneras, que su significado como cambio o alteración en el tiempo se me ha escapado.

Pero eso es. Los procesos inconscientes son los que ocurren con tal rapidez que no es posible seguirlos. Sólo si se expande el tiempo su acceso se abre. Pero entonces lo inconsciente es lo que contiene a la Conciencia de la conciencia. Sin embargo, cada quien y a cada momento tenemos una diferente conciencia, pero una misma Conciencia de la conciencia. Algunos escogen la palabra y la perciben como eso; otros escogen los movimientos corporales, otros más las matemáticas: Cada quien aprende a manejar el tiempo en diferentes áreas.

Áreas son vivencias. Áreas en su composición son todos los actos, emociones, pensamientos unidos en algo común. El ordenamiento de su ordenamiento y éste es siempre un fundamental.

La Biblia, por ejemplo, está escrita por gente que vivía los fundamentales en una determinada área. Ésta no se puede definir más que con otros pensamientos.

Veo una serie de individuos cuyos actos son la sabiduría. Puedo conocer el significado de sus actos porque he aprendido a manejar el tiempo en esa área. Pero al mismo tiempo una vida es para mí un segundo. Cada palabra es una vida, cada frase una generación de hombres, quienes al vivir difundían sabiduría. Algunos dirán que hombres primitivos; yo diría que cada uno de ellos tenía condensada en una vida y en todos sus pensamientos a toda una futura cultura, es decir, todas las posibilidades de un hombre desarrolladas en mucho tiempo y a través de generaciones de hombres.

La Biblia escrita por un hombre o una mujer con visión profética. Estudio de vidas hecho por alguien que era la vida de las vidas. La Conciencia de las conciencias.

Como la lógica es común a toda la especie, eso hace que compartamos similares imágenes. Eso es lo que han denominado inconsciente colectivo. El acceso al mismo ocurre en sueños. Ahí lo que normalmente transcurre a una velocidad increíblemente rápida, es lentificado al lentificarse el tiempo, al expandirse el presente. De esta forma se abre el contenido de lo que como alimento de la conciencia existe antes de que ésta se dé cuenta de ello. Lo inconsciente y lo colectivo. Ambos nombres confundidos con imágenes concretas dejan de serlo cuando se les entiende como procesos activos, lo cual ocurre en la lógica que alimenta la conciencia.

Pero los contenidos varían. En algunos, la misma lógica se refiere al tiempo y las estaciones. En otros, espacio. Pero la lógica es la misma. El acceso consciente a tales contenidos es la Conciencia de la conciencia. El acceso de esta última a la forma de la lógica es la ciencia.

En la verdadera ciencia sólo universales existen. La conciencia de la conciencia de la conciencia.

Una parte de la lógica es inclusión. Es decir, aquello que se ha mantenido constante durante toda la evolución. Algo así como una energía apuntando y estimulando el incremento de organización y complejidad la cual ha acompañado a la formación de unidades cada vez más complejas. Así, la aparición del átomo como unidad organizada con base en la interacción antientrópica de elementos simples; de la molécula como nueva unidad formada por la interacción de átomos etc., es lo que más claramente caracteriza la evolución. Esta inclusión de unidades simples en unidades complejas ocurre en el cerebro pero ahora como manejo lógico.

Así, a través de circuitos que concentran en una lógica común lo que previamente es dispersión, nuevas unidades inclusivas son formadas. Es precisamente esta lógica de inclusión la que explica nuestra percepción de objetos como unidades. Un cubo podría ser percibido como un conjunto de planos independientes, como un conglomerado de manchas aisladas o una población heterogénea de puntos de mayor o menor contraste, luminosidad y tinte.

Sin embargo, el cubo es visto como cubo. Unidad volumétrica y tridimensional organizada. Esta visión, como cualquiera otra, es producto de la actividad cerebral, la cual concentra en un patrón lógico unitario a todo el cubo o a cualquier objeto que sea percibido como íntegro. Es también el procesamiento inclusivo de la información: la base de la conciencia y de la Conciencia de la conciencia.

Simplemente nuevas unidades globales vistas así desde un punto de referencia o plano experiencial que logra contenerlas como un todo dentro de otra totalidad más expandida.

## II

Somos lo que nos rodea. El espacio transparente que vemos es tan creación nuestra como el objeto material que tocamos.

El espacio visto desde una perspectiva amplia es un sólido dentro del cual todos sus puntos están interconectados. Pero estas conexiones son libres y en todas direcciones. Rapidísimas y, por tanto, extensas y majestuosas en tamaño. En el cerebro, dimensiones mucho mayores que las nuestras harían que la comunicación entre cada una de sus partes fuese tan tardada que el pensamiento reptaría como gusano en terrenos desérticos. Nuestro tamaño es el de un quantum de pensamiento. Somos un intento de materializar el espacio. Un intento en vías de perfeccionamiento. Nuestro conocimiento y la realidad que transectamos son ese intento. Nuestro sino es convertirnos en espacio y así ganar la eternidad y la completa Conciencia de la conciencia.

Los esquimales son bíblicos. Ven a alguien y su máxima satisfacción es aprender de él. Ningún escrito tiene la complejidad viva del ser humano. Por tanto, si alguien está dispuesto a aprender, debe saber que el mejor maestro es cualquier otro ser humano. Eso es la Biblia, la aceptación de la divinidad interna, la búsqueda reafirmada y validada como conciencia.

Qué maravilloso es poder vivir la vida como única, viendo en las propias acciones las enseñanzas, reconociendo en las reacciones de los demás la sabiduría. Conocimiento de la vida vedado para algunos por los juicios. Al alcance de los que por sencillez reconocen en el ser humano lo más digno y reconfortante. Los problemas a los que me enfrento, la vida que hago, todos son en ellos vidas.

Existe, como en toda nueva vida, la extraordinaria sensibilidad, la creciente motivación por saber y ella sólo aparece cuando se logra ver en el Ser a su origen.

Dentro de sí mismo y cuando se deja de intentar está la luz. En cambio cuando se duda, cuando no se confía... la soledad. La soledad del vacío, la soledad de la muerte. En cambio, cuando se sabe que el «pozo» es infinito, que de resolver errores se trata, que de trascender insultos, dudas, pensamientos infames, entonces todo es Uno. La conciencia sólo mira el destino de la búsqueda. Busca de búsqueda se acaba. Tantas veces vivido, tantas veces probado que de quitar errores se trata, que de no existir núcleo, ni siquiera errores son faltas de pureza, es purificación de la conciencia.

### III

Cuando el tiempo se lentifica y entonces es posible seguir los propios pensamientos, sucede que estos transcurren hacia verdades increíbles.

Llámesele lentificar el tiempo, acceso a los procesos mediadores, aparición del inconsciente o contacto con el supraconsciente. Siempre indefectiblemente es un juego con el tiempo. Lentificar el tiempo y así poder penetrar con tranquilidad y sin premura a los propios pensamientos. Existen universos-gente y todo lo demás es creado.

Sentir cada acto como decidido por toda una historia, cada gesto y pregunta como contenedores de una forma única y original de sentir el mundo, de vivir una realidad.

Cualquier diferencia cuantitativa se transforma en cualitativa al activar nuestro cerebro. Una diferencia de frecuencia en ondas básicamente idénticas en sus fundamentos, se transforma en diferentes sensaciones.

Cambio cualitativo que hace que las diferentes modalidades sensoriales en nosotros se acompañen de diferente manifestación energética.

La imagen del planeta visto desde el espacio es la posibilidad real de vivir la universalidad humana terrestre como un todo. Si la vístase desliza a través de las nubes, mares, colores y formas del planeta, acontecimientos, personajes y secuencias son experimentadas. Como una especie de cuento fantástico, las nubes se transforman en seres humanos en pleno diálogo, los continentes en objetos y símbolos del contenido del diálogo y la azul atmósfera en fondo plástico sobre el cual y en el cual se realiza el pensamiento. Imagen resultante de la noosfera de pensamientos, conciencia planetaria que incluye en cada uno de sus instantes de vida a todo, siendo cada elemento del todo espejo de la globalidad.

Como la lógica tras el *I Ching*. Cada acto, pensamiento o emoción de un instante representa a la totalidad. Nada es escapable de este sino. Pero requiere entrenamiento para verse. Antes del aprendizaje necesario, cada acto es aislado, cada emoción estructurada dentro de un conjunto de juicios y leyes formales.

Después de la revelación toda acción se revela como manifestación de la conciencia, toda emoción es contacto directo con la totalidad.

Es difícil describir el entrenamiento y tedioso ejemplificar sus resultantes. Cada quien conoce lo que ha vivido a pesar de que este conocimiento no se perciba conscientemente. Al menos habrá, en algún momento, un reconocimiento, una sensación familiar al oír el relato de un despertar. Todo es transformación y nada es estático, todo es cambio y devenir. Aun la roca lo es, por lo menos en su estructura sustentante y en la extraordinaria movilidad de los procesos cerebrales que hacen de ella un percepto o una imagen.

¿Quién se duerme y quién despierta?

Miles de tiempos forman el tiempo. Yo soy la unión de todos los tiempos que en mí habitan. Tiempo de átomos, tiempo de células y al final tiempo de imágenes. Un tiempo viendo a otro tiempo, o una lentificación del tiempo para dar tiempo suficiente para ver la procedencia del tiempo.

Tiempos en la rapidez de cambios. Tiempo en el equilibrio de todos los tiempos. Quien ve es un tiempo creado a expensas de todos los tiempos, o un cambio de espacio creado a expensas de todos los cambios de espacios.

Espacio y tiempo, tiempo y espacio. Ser y vida o ser y vacío.

Lentificar el tiempo es convertirse en todos los tiempos. A esto se le ha llamado ***acceso al inconsciente***. Todos los tiempos que en convulsión convergente crean el tiempo. Así también pasa con la vida. Simplemente un número suficiente de tiempos compartidos. La amiba es unión de tiempos, el hombre es inclusión de infinitos tiempos. El que se convierte en galaxia atrapa tiempos, de hombres, insectos y sistemas solares.

Los tiempos nos habitan seriamente. Los tiempos de todo lo que nos forma. Por ello somos tan complejos; por ello aun esa complejidad es vista desde el balcón del último y total tiempo. Un día para una célula es un minuto para un tejido y un microsegundo para un órgano. Una vida para un hombre es un día para el sol y un segundo para una constelación.

La hormiga vive años en el tiempo en el que un hombre tarda en leer una hoja. La hormiga también es suma de sus tiempos. Una vida para una antena es un minuto para toda la hormiga. Pero la hormiga contiene el tiempo de su antena, de su pata y de sus células.

No obstante, no hay suficientes tiempos como para hablar del tiempo, por lo menos en la hormiga. Por ello existen formicarios, uniones de miles de tiempos que, al formar un nuevo tiempo, se acercan a lo humano.

El tiempo de lo humano es su conciencia. La conciencia de lo humano son todos los tiempos en uno. Aprender algo es aprender a manejar el tiempo. Ése es el secreto de la sabiduría. Sin embargo, no estamos acostumbrados a un acceso a los integrantes infinitos del tiempo. Las técnicas que se precian de llevar al acceso con riqueza, se les debe advertir acerca de la complejidad del tiempo, y de las riquezas. Simples tiempos convertidos en recuerdos.

El recuerdo lo hace el tiempo que contiene a todos los tiempos. ***La nostalgia es un tiempo que oscila. La alegría es un no tiempo dentro del tiempo. El amor es al mismo tiempo dos tiempos.*** Su temporalidad es la que resulta de la combinación de dos tiempos infinitos. Dos tiempos hipercomplejos viajando al mismo tiempo en el mismo tiempo. Por ello es



milagroso. Suceso de improbable ocurrencia, emoción suprema de todos los tiempos que se reconocen.

La madre libera tiempos en el feto. Algunos crean anticuerpos, otros alimentos. Otros más... movimientos. La madre regula el tiempo de los tiempos. El padre sólo nutre.

La mujer es diferente al hombre. Posee mayor capacidad de vivir su vida bíblicamente. El peligro es que puede convertirse en autista. Peligro si no existe alguien que le permita vivir su vida. El contenido puede ser baile, filosofía, cocina o jardinería. No importa. Lo extraordinario es la manera en la que la mujer vive ese contenido. Precisamente por ello todas las culturas enseñan a sus doncellas a desarrollar precauciones y límites. Sería terrible para una verdadera mujer entregarse a un hombre que no sea de su estatura. La destruiría para siempre no dejando de esa experiencia más que amargura. Pero como toda estructura, la limitación voluntaria se puede convertir en irreal, como la construcción de la Muralla China. Primero hecha por un motivo real (la invasión de tribus beligerantes y conquistadoras), pero después de varias generaciones construida sólo por construirla. La idea original, el real motivo, se olvidó, dejando una estructura vacía. Así puede suceder con la enseñanza de limitación para una mujer, originalmente basada en la consideración de ella como entidad bíblica con capacidad infinita para la vida y, por tanto, instituida (la limitación) como medio precautorio. Pero después de la liberación femenina sólo estructura vacía.

No me refiero a la verdadera liberación femenina. Es decir, aquella que lleva al desarrollo de una mujer hasta su óptimo nivel. Me refiero a cierto feminismo que sólo es reacción ante experiencias negativas.

El hombre ha sido entrenado para evitar autismos. Guerrero, sacerdote, político o simple obrero, el hombre debe ver más hacia el mundo. Al menos eso aprendió durante tiempos de carestía, hambre o guerras. Debía protegerse a la mujer como símbolo de la liberación de la vida, como entidad humana capaz de satisfacer su sensibilidad agudísima.

El hombre desarrolló músculos y poco a poco se satisfizo con su condición y se olvidó de la pérdida de sensibilidad. Quiero decir que sacrificó el interior en su necesidad de manejar el mundo.

La civilización como estructura y la cultura como plena creación del organismo social es ciclo repetitivo de la historia del pensamiento. Egipto murió y actualmente los únicos egipcios son los científicos que estudian las pirámides, la religión y la mitología de ese pueblo. La cultura y la civilización

mayas perecieron y los únicos mayas vivientes son algunas computadoras encargadas de descifrar los códigos mayas y sus operadores.

Siempre es un hombre el que crea una nueva cultura.

Pero si en la antigüedad cada nueva cultura tardaba en aparecer siglos y una de otra se espaciaba por órdenes de tiempo similares, en nuestros días estos hombres simientes de culturas abundan por doquier y aparecen cada determinado tiempo. Eso hace que sea difícil verlos.

Por ello, existen en la actualidad cientos y miles de culturas. Existen, sin embargo, fundamentales comunes a una familia de culturas, puntos de referencia que se tocan y sumergen unos en los otros.

El Occidente y el Oriente son divisiones basadas en lo común existente en varias culturas. Desgraciadamente esos comunes son en ocasiones estructuras muertas, de civilizaciones que en un tiempo también fueron culturas.

El tiempo también cambia. El occidental, tan empeñado en preparar el futuro, se enfrenta con la enseñanza del eterno presente. Lo que resultará de ello es sólo accesible para el hombre historiador de vocación. Sólo se puede entregar aquel que considera que el contenido de lo que se le ofrece le hará crecer.

Ésta es una forma madura de decir las cosas. Igual de madura que ciertos procedimientos empleados para aprender. Hoy, Rita me enseñó sus dibujos. Hace uno cada día, y junto a la fecha pone los signos zodiacales correspondientes al día. Así, poco a poco ha ido dándose cuenta de cuáles características de sus dibujos aparecen correlacionadas con el signo zodiacal o astrológico correspondiente. Ahora, cuando dibuja, puede, por el dibujo mismo, saber el signo astrológico y las relaciones astrológicas del día correspondiente. Por supuesto, eso sólo se logra cuando se es sensible a tales influencias estelares. Si no se es sensible no hay correspondencia. Desde luego que también dice mucho acerca de la astrología como ciencia. Tal poder de relación, es decir, el que le permite a Rita conocer por su dibujo las relaciones astrológicas del día, es difícil encontrarlo en las ciencias exactas.

La capacidad de vivir la vida como el aprendizaje sublime, de conocerse en relaciones históricas y de saber la importancia y repercusión de cada instante, va acompañado de la sensación de plenitud más grande. Todo es maestro y todo descubrimiento, crecimiento y aprendizaje.

## IV

He aquí que dos órdenes de magnitud de complejidad separadas por un cuasi infinito: el núcleo atómico y el hombre; una partícula cargada eléctricamente y en movimiento y el hombre; una fuerza gravitatoria de un planeta todo y el hombre; una fuerza magnética y el hombre, comparten las mismas leyes. El hombre es el tiempo global contenedor de más tiempos en el universo conocido.

La energía base de la conciencia es el conjunto resultante de todas las energías que la forman. Así, la conciencia no sólo es el producto de la actividad neuronal, sino la de todo el cuerpo. Como conjunto resultante, su característica cualitativa es diferente a la de cualquier otro conjunto resultante.

Ahora, bien, con conciencia no me estoy limitando a la extraordinariamente compleja visión de uno mismo desde el punto de referencia de observador de las propias experiencias y sensaciones y emociones. Con conciencia quiero decir la sensación en sí, la forma específica en la que se ve al mundo, o en palabras más directas, lo que uno es. Esa sensación de felicidad que primero se ve igual en todos como en uno y después se reconoce como única, intransferible y absolutamente diferente a cualquier felicidad de cualquier ser humano. Tomo una taza y explico mi acto diciendo que tengo sed. Siento el té y al antecedente de la sensación no tengo acceso. Al menos es difícil y requiere un entrenamiento especial aprender a tener acceso, es decir, a recorrer niveles. Por ello el sentir no lo puedo disecar como lo hago con la sed que explica mi acto. Para hacerlo utilizo un microscopio o un bisturí, un microelectrodo o un equipo de rayos X. Claro que tenerlos me evita el problema y el problema se queda sin solución. El hacer en mí todo.

Cuando, en cambio, ocurre la sensibilización suficiente, cuando el proceso de liberación de estructuras ha alcanzado cierto desarrollo, en ese momento la conciencia puede tener un acceso a sus factores determinantes, a los elementos del conjunto de energías que la forman. Y cada vez que el acceso se realiza, cada ocasión en la que la transformación ocurre, un nuevo universo inexplorado se presenta en busca de conquistador.

Ya he mencionado el efecto de la expansión del tiempo sobre el acceso consciente a niveles de funcionamiento cerebrales. El acceso también puede ocurrir con el resto del organismo. Si las palabras no se toman como meras palabras, la concepción localizacionista de las emociones en el corazón es tan cierta como la concepción de la conciencia como resultante de la actividad cerebral. La conciencia con libre acceso al orden de complejidad del sistema

cardiovascular es una conciencia posible y probablemente existente. Al menos Aristóteles la tenía.

## V

La Conciencia de la conciencia es el autoconocimiento. El estado en el que los motivos de nuestras acciones aparecen claros ante aquella parte de nuestro ser que es capaz de observar. Requiere, para ocurrir, de un estado de gracia, y éste no es otra cosa que la aceptación de nuestra capacidad de creación en todo, desde nuestras emociones hasta nuestros pensamientos.

Muchas veces la angustia y la desesperación provienen del olvido de nuestra permanente creatividad. En la tradición cristiana, el sacrificio de Jesucristo es visto como la actitud que permite la gracia a las generaciones posteriores al mismo. De acuerdo con esta tradición. Cristo, en su sacrificio, expresó la idea de que existe la libre posibilidad de sentir. Alguien puede criticar o enjuiciar determinada sensación como inmoral, incluso la alegría de vivir. El estado de gracia es la aceptación de esta alegría como creación divina, es la convicción de que detrás de la emoción se encuentra Dios y, por tanto, nada puede justificar la duda acerca de la bondad de la experiencia. En la tradición judía el juicio de la experiencia no sólo es posible, sino necesario. La experiencia se sujeta a leyes y sus repercusiones pueden ser negativas. Por tanto, es necesario conocer la antigracia, es decir, comprender que la experiencia no es libre.

La tradición judeocristiana es una mezcla de la consideración de gracia y de la defensa del juicio. Mezcla extraña vista desde fuera pero perfectamente natural y obvia cuando se ha crecido en su seno. Lo terriblemente difícil es llegar a la tranquilidad creativa. Requiere un saberse creador (la gracia) y un reconocerse como capaz de juzgar. Sobre todo, requiere aceptar la excelencia y bondad del propio camino. Por lo pronto, tal equilibrio es absolutamente necesario para crear.

El problema de toda conciencia es saberse conciencia. La dificultad máxima de una vida es conocerse como vida.

Puesto que sólo en algunas ocasiones se puede penetrar al centro de otra conciencia, la pregunta acerca de si la propia conciencia es todo lo que puede llegar a ser una conciencia sólo se puede resolver a medias. De nuevo es el tiempo la respuesta. El recuerdo de la conciencia del pasado por la conciencia del presente como único punto de referencia. Sin embargo, la tentación de

fijar en otros la atención, de conocerse a través de un reflejo especular es tal que nunca como ahora se hace tan necesario el análisis. Si todas las palabras de los otros se aceptan como reflejo incuestionable de vivencias conscientes existenciales se cae en el peligro de la locura.

Si, en cambio, se les considera como desconectadas de lo existencial, es decir, pertenecientes a un mundo lingüístico independiente, sobreviene la ignorancia y la estupidez de vida. No se pretenda entonces presionar la conciencia de la conciencia hacia límites de abismo. No se le presione a comprender lo que únicamente con el tiempo se puede ver. Sobre todo, no se niegue o invalide la propia unicidad y el personal desarrollo.

Únicamente cuando transformo la visión de otras conciencias en aprendizaje, vivo plenamente la propia conciencia. Esto requiere modestia y honestidad absolutas. El orgullo es el peor enemigo de la conciencia de la conciencia. Transforma a esta última en contenido egoísta. Evita ser el silencio. Transforma en visión de orgullo lo que con modestia es sólo vivencia. Convierte la vivencia consciente del otro en arquetipo idealista o modelo inalcanzable.

La capacidad de no invalidar el propio desarrollo es el secreto para alcanzar la conciencia de la conciencia.

Alcanzar a comprender la conciencia de alguien es convertirse en el más admirable y profundo poeta. Y con poeta quiero decir sabio.

Una transferencia de campos neuronales sería un medio para lograr un acceso a otra conciencia. Lo anterior en un presente expandido sería la capacidad de comprender a la otra conciencia. Sin embargo, otros medios son posibles para alcanzar el mismo resultado. El más conocido es el lenguaje verbal, pero solamente si se pudiese entender la experiencia que se esconde detrás de las palabras. Esto se facilita en un periodo de expansión del presente. Simplemente hay más tiempo para ver. Sencillamente el contenido de la resultante total se expande permitiendo comprender sus detalles.

La debilidad es un exceso de conciencia de otras realidades; la fortaleza es la capacidad de únicamente verse a uno mismo. Sería fuerte si sólo me viera a mí mismo, y si al vivir esta visión como la única posible no conociera alternativas. Pero el precio que tendría que pagar sería demasiado alto. Es por ello que existe la familia. Permite vivir otras conciencias sin temor a caer en debilidades.

## VI

Comprender a otra conciencia es recibir mensajes de la divinidad. Es establecer un contacto con Dios. Cada uno de nosotros posee una imagen de todos los seres que ha conocido en su vida. Dejar que esta imagen hable por sí misma y dialogar con quien la habita es la posibilidad de entender la propia capacidad de ver. Puesto que nuestro centro es la perfección y nuestra esencia la sabiduría, esas imágenes «dialogadas» son tan reales como la más íntima sensación que de sí mismo posea el personaje del cual fueron creadas.

La capacidad psíquica se basa en el reconocimiento y aceptación vivencial del punto anterior. En esa aceptación, ver por primera vez a una persona conlleva todo el conocimiento acerca de la misma.

Lo que existe detrás de cada acto es la sabiduría. Entenderlo así y vivirlo así es la plenitud humana.

Es necesario realizar una actividad que permita desarrollar la propia capacidad creativa. No importa el contenido de la acción, sino su bondad para guiar a quien la ejecuta hacia el autoconocimiento. Detrás de cualquier acto o pensamiento se encuentra toda la historia. El acto es un algoritmo que decodificado permite reconstruir toda una vida. La posibilidad de realizar tal decodificación depende de la existencia y vivencia de un estado psicológico abierto, tranquilo y de extrema serenidad.

Pero, sobre todo, de la convicción acerca del contenido magnífico que se encuentra como base de cualquier acción. Los estudiosos de tales actos y de sus relaciones con contenidos han realizado formidables proezas cognitivas. Una de ellas es el *I Ching*; otra es el conocimiento astrológico. Ambos, al igual que las matemáticas, son sistemas simbólicos que poseen la extraordinaria característica de ser un reflejo de la realidad.

Las leyes que rigen tales sistemas simbólicos son las mismas que se pueden abstraer de la ocurrencia secuencial y organizada de eventos naturales.

En el *I Ching* tales leyes son relativamente fáciles de entrever. La observación de patrones naturales recurrentes y su reflejo en la conducta y conciencia humana permitió construir un instrumento de predicción casi sobrenatural en su poder y exactitud.

## VII

La experiencia no tiene una localización interna. En términos muy estrictos tampoco está localizada en el exterior. Esto último porque todo está interconectado y la experiencia ocurre en ése todo. La sensación de exterior es

tan ilusoria como la idea de que existen cuerpos materiales separados del espacio y de la actividad cerebral. Puesto que el campo neuronal es una morfología energética que una vez creada se independiza del cerebro y del cuerpo, la pregunta acerca de su permanencia después de la muerte es válida.

Quiero decir que puesto que la existencia de la experiencia es la resultante de la actividad corporal y no ella misma, la cuestión de su permanencia después de la destrucción de la infraestructura que la crea adquiere una realidad primigenia.

Existen tres tipos de evidencias que indican que la experiencia perdura después de la muerte corporal. Una es un experimento de principios de siglo hecho por psíquicos ingleses; la segunda son las experiencias de exteriorización corporal y la tercera proviene de reportes de comunicaciones con «entidades espirituales». Antes de discutir estas tres evidencias, es necesario hacer una breve reflexión acerca de las características fundamentales de lo que denominamos experiencia y conciencia.

Lo que vemos, oímos y sentimos tiene un carácter no físico en el sentido de que toda experiencia no es en sí misma un objeto material. La experiencia pertenece a un plano sólo asequible a quien la experimenta, al menos en nuestro actual estado de desarrollo.

Aunque se han descrito instancias de materializaciones de pensamientos, estos casos son excepcionales. Por lo menos lo son desde un punto de vista. En realidad lo que percibimos como objetos son materializaciones de pensamientos. El objeto existe como creación de la actividad cerebral, al menos como interacción entre campos energéticos neuronales y la organización del espacio.

Nuestros sueños y nuestras imágenes afectan la materia, lo mismo que nuestras emociones. Si su localización es el espacio, es concebible pensar que sobrevivan a la muerte corporal.

En términos más concretos, el campo neuronal creado antes de morir sigue expandiéndose en el espacio aun cuando el cerebro que lo creó haya perecido. Durante esta expansión, el campo interactúa con organizaciones espaciales cada vez más extensas cambiando su morfología al hacerlo. Por tanto, si la experiencia es la interacción del campo con el espacio y los cambios de la experiencia son cambios en esta interacción, existe no sólo la permanencia de la experiencia después de la muerte, sino incluso cambios en ella a pesar de la destrucción corporal.

Imaginemos un espacio transectado por campos neuronales en expansión. Si el contenido de la experiencia es en sí mismo esta interacción campo-

espacio, sólo sería necesario contar con un instrumento de extremada sensibilidad y perfección para detectar tal interacción.

Por supuesto, algún día tal instrumento se construirá. Quizá, sea una supercomputadora de décima generación, dotada de transductores hipersensibles, pero por ahora, sólo contamos con él cerebro humano y éste parece ser capaz de detectar cambios asociados con interacciones campo neuronal-espacio.

La evidencia de la cual hablaba antes proviene precisamente de cerebros humanos entrenados a detectar tales contingencias. El experimento de los psíquicos ingleses se realizó a principios de este siglo. Varios mediums de una sociedad inglesa de estudios en parapsicología decidieron efectuar una experiencia dirigida a demostrar en forma indudable la existencia de la supervivencia consciente después de la muerte corporal. Cada uno de ellos se aprendió un trozo de un poema y en absoluto secreto decidió repetirlo después de la muerte. Se tuvo sumo cuidado para que nadie (fuera de los mediums comprometidos en el experimento), supiera el poema en cuestión y el trozo asignado a cada uno de ellos.

Después de varios años, cuando los mediums originales había perecido, otros psíquicos en Inglaterra se dieron a la tarea de recibir mensajes con la intención de combinarlos hasta reconstruir el contenido del poema desconocido. El éxito fue notable; de varias fuentes independientes se detectaron porciones de contenidos que una vez unidos formaron un poema de un autor conocido.

Sin embargo, aunque bastante notable y extraordinariamente controlado, quedarse ahí y su cuerpo lo reclama; lo reclama metafóricamente ya que es demasiado joven para morir.

Estas descripciones aunadas al experimento inglés hacen probable la realidad de la existencia de la supervivencia consciente después de la muerte.

La tercera evidencia proviene de comunicaciones mediumnísticas. En éstas, psíquicos talentosos se han puesto en comunicación con existencias exteriorizadas permanentes (EEP).

Probablemente se traten de EEP similares percibidas por una conciencia exteriorizada temporal. En todo caso, la evidencia aquí también está a favor de la supervivencia.

## VIII



La organización del espacio es convergente. Un punto del mismo contiene información concentrada y algoritmizada proveniente de una gran extensión espacial, la cual converge en un punto espacial que, a su vez, forma parte de otra secuencia de convergencia. Una imagen adecuada para visualizar la organización espacial es un cono el que en su extremo puntiagudo contiene toda la información (algoritmizada) de su base. Un quantum mínimo de espacio es precisamente un punto del mismo que contiene la mayor información posible en el mínimo espacio. Las dimensiones de cada quantum de espacio son diferentes y se ajustan a la organización convergen te-cónica del mismo.

La organización convergente del espacio hace que el quantum mínimo de espacio (la más pequeña porción de espacio capaz de dar lugar a una imagen retiniana decodificable a percepto), contenga en forma algoritmizada toda la información proveniente del cono de quantums. Esto significa que todos los puntos del espacio que percibimos como transparentes son contenedores de información tan concentrada que su adecuada decodificación sería la posibilidad de percibir el todo del cual provienen. Cada organismo humano se encuentra imbuido y se mueve en el interior de un espacio que en cualquiera de sus puntos contiene la información total.

La posibilidad de lograr la total decodificación del espacio (en la conciencia) es la de reconocer en cada periodo de conciencia, en cada fragmento infinitesimal de la misma... el todo.

Aproximaciones a esta decodificación total son las llamadas instancias de poder psíquico; al menos así deberían de ser consideradas las capacidades que algunos seres humanos han alcanzado. Capacidades denominadas telepáticas, clarividentes, astrales, etc., no son otra cosa que talentos sensibilizados en este experimento deja mucho que desear. Por un lado y a pesar del secreto mantenido, cualquier telépata suficientemente sensible podía haber detectado el contenido del poema antes de la muerte de los mediums originales. Por otro lado, la azarización en el procedimiento de escoger los trozos del poema quizá no fue adecuada, de tal forma que alguien conociendo la personalidad de cada uno de los mediums podía haber intuido el contenido de algunos trozos.

No obstante estas dos objeciones son de tal sofisticación que también podrían ser puestas en duda. A pesar de esto si sólo se contara con la evidencia de este experimento nadie consideraría suficientemente comprobada la supervivencia.

Veamos pues la segunda evidencia, la cual ha sido tan documentada que parece imposible encontrar en ella arbitrariedad o falseamiento de datos. La

evidencia está asociada a casos de exteriorización, que podrían definirse como la independización del contenido consciente de su infraestructura corporal. Los casos son muy variados y sería imposible reproducirlos aquí. Más bien me dedicaré a describir sus componentes comunes.

En términos generales, la experiencia de exteriorización no difiere de la sensación de estar en el «interior» de un mundo perceptual y emocional más que en dos puntos. El primero es que la experiencia se realiza fuera del cuerpo y el segundo es que se acompaña de una sensación de gozo y libertad.

Aun se podría añadir un tercer punto, y éste es que la conciencia exteriorizada no es percibida por otros y ésta es capaz de atravesar obstáculos materiales, volar o dirigirse a cualquier lugar.

Por otro lado, la conciencia exteriorizada sigue percibiendo objetos y oyendo sonidos. Su visión, audición, tacto, olfato, permanecen normales. Incluso existe una visión del propio cuerpo.

Un ejemplo de una exteriorización típica ayudará a comprender todo lo anterior. Imaginémonos a nosotros mismos reposando en una cama en nuestra casa. A los pocos minutos, una sensación de somnolencia nos invade y poco después una experiencia de liberación. Nos sentimos como flotando en medio del cuarto. La sensación es tan real que decidimos comprobarla. Abrimos los ojos y al voltear nos damos cuenta que flotamos en medio del cuarto. La realidad de la experiencia es tal que ni siquiera dudamos de nuestra vigilia. No se trata de un sueño y lo sabemos con certeza. Volteamos un poco más y nos fijamos en la cama que antes ocupábamos. Notamos que hay alguien acostado en ella y casi a punto de considerarlo normal recordamos que nosotros mismos habíamos estado (segundos antes) acostados en esa misma cama.

Decidimos acercarnos y no ocurre ningún movimiento claro por nuestra parte, sólo la imagen del rostro del durmiente se amplifica y al estudiar sus rasgos nos percatamos que es nuestro cuerpo el que miramos. Por un momento nos espantamos y lo único que se nos ocurre es notar la respiración de nuestro cuerpo. En ese instante sentimos una aceleración intensa y en determinado lapso infinitamente breve nos encontramos, de nuevo, dentro del cuerpo. Después de varios intentos, logramos movernos.

Éste es un caso típico de exteriorización, Contiene componentes muy interesantes. En primer lugar, la posibilidad de independizar la conciencia de su infraestructura corporal. En segundo lugar, el hecho de que durante la experiencia se conserve la capacidad de percibir. En tercer lugar, la falta relativa de control total de la situación. En cuarto lugar, el hecho de que

durante la exteriorización se conserve una actitud emocional placentera y la particularidad del retorno al cuerpo cuando una emoción como el miedo aparece.

La exteriorización es una prueba de la independencia entre el cuerpo y la conciencia. En mis términos, es una evidencia indirecta de la existencia del campo neuronal y de la experiencia como resultado de la interacción entre el campo neuronal y la organización del espacio.

Sin embargo, en sí misma no es evidencia de supervivencia después de la muerte. Es posible pensar que la conciencia exteriorizada y la infraestructura corporal permanezcan energéticamente conectadas y que en el momento de ocurrir una desconexión total por muerte corporal, la conciencia se desvanezca y se convierta en un inerte quantum mínimo de espacio.

No obstante esto es dudoso por otra evidencia asociada al caso de exteriorización, la de los casos en los cuales una conciencia exteriorizada ha conversado con entidades espaciales permanentes.

Así, una descripción típica de estos casos es la siguiente: Una mujer se exterioriza a la mitad de una operación quirúrgica bajo anestesia general. Desde una esquina del quirófano observa a los cirujanos desesperados por volverla a la vida. Se siente inquieta y por más intentos no puede retornar al cuerpo. Se pregunta el porqué desea retornar al cuerpo y se contesta que por sus hijos. Es una sensación doble. Por un lado se encuentra (durante la exteriorización), en un estado de gozo incomparablemente superior a sus emociones habituales pero sus hijos sufrirán su desaparición.

Decide de nuevo regresar y en ese momento se da cuenta que a sus lados se hallan dos seres. Le dicen que la van a ayudar a regresar y le muestran la existencia, pero sólo asequible para quien haya muerto y aceptado. La mujer regresa a su cuerpo y se salva de morir.

En otros casos, los encuentros con entidades de existencia exteriorizada permanente han ocurrido cuando alguien en exteriorización temporal decide de adecuada decodificación del espacio.

Tales capacidades se han considerado esotéricas sólo por ignorancia de algunos fundamentales. Se ha dicho que la conexión telepática no puede existir porque no existe una infraestructura energética adecuada para hacer del espacio un canal de comunicación entre cerebros. Se ha mencionado la imposibilidad de que entidades tan diferentes entre sí como lo son dos cerebros, el espacio que los separa y la materia que se intercala en ese espacio se comuniquen.

La realidad es que todo se encuentra comunicado con todo a través de la activación de la red energética que constituye el continuo espacio-materia. La actividad cerebral contribuye a la red energética por la expansión espacial de campos neuronales. No es cierto que entre dos cerebros activos no exista una conexión física. No es correcto afirmar que en fundamento la actividad cerebral, el espacio y la materia constituyen entidades diferentes e irreductibles una en la otra.

Lo cierto es lo opuesto; entre dos, tres, cuatro, n cerebros activos existen multitud de conexiones físicas. La organización del espacio cercana a un cerebro activo es diferente a su organización cercana a un cerebro muerto. La actividad de varios cerebros vivos se interconecta en las interacciones de campos neuronales y organización del espacio.

Sentimos que no existe un contacto físico de un cerebro activo a otro porque no podemos percibir como sólido a un campo neuronal ni a su interacción con otro. Vemos transparencia de espacio entre dos cerebros de la misma manera en la que vemos esta transparencia en ausencia de cerebros. Entre nosotros y una montaña percibimos espacio transparente, existan o no campos neuronales expandiéndose en éste.

Puesto que sólo somos capaces de decodificar la porción cuántica del espacio que transecta nuestros receptores retinianos e incapaces de percibir en forma simultánea todos los quantums de espacio, vemos transparencia de espacio en lugar de solidez del mismo. Suponiendo que la capacidad de decodificación simultánea existiera, entonces aceptaríamos que sí existe una comunicación física de cerebro a cerebro puesto que podríamos ver la organización del espacio y sus cambios.

Contamos con un sistema sensorial muy poco desarrollado para la detección de los cambios en la organización del espacio. Estos últimos los percibimos como fuerza gravitatoria, como tiempo y (en el caso más sofisticado) como contraste entre opacidad y transparencia. Si la información gravitatoria pudiésemos transformarla en visión, veríamos que entre un objeto opaco y el espacio transparente que lo circunda existe una continuidad. Los objetos aparecerían conectados físicamente unos con los otros y no serían sólidos ocupando un lugar en el espacio, sino diferentes organizaciones de lo mismo. Un pez en una pecera ve su espacio líquido como transparencia. No detecta la conexión física entre él y cualquiera de sus compañeros. El hombre junto a la pecera sabe que tal conexión existe y la llama agua. El hombre en el mundo ve su espacio energético como transparente. No detecta la conexión física que existe entre él y cualquiera de sus compañeros. Pero esta conexión

sería visible para cualquier ser con la capacidad de percepción simultánea de quantums de espacio. Para este ser hipotético, el hombre sería como el pez en la pecera. Si la organización del espacio es tanto o más compleja que la del cerebro, el ser hipotético de que hablábamos sería el mismo espacio.

Probablemente nadie en un sueño se ha preguntado acerca de la realidad de la vida vigil, por lo menos nadie que conozca. Sin embargo, tal cuestionamiento es absolutamente posible. Aparentemente vivimos dos vidas, aquella que nos relaciona con el mundo durante la vigilia y aquella que experimentamos durante el sueño. Digo aparentemente porque no existe diferencia fundamental entre ambas. Las dos son creaciones nuestras. Actividad similar es la que crea los perceptos y los ensueños; ambas son comunicaciones con el mundo. Durante el sueño nos comunicamos con entidades «externas», de la misma forma que durante la vigilia. La única diferencia es el nivel de comunicación que alcanza la conciencia. Durante la vigilia inhibimos la comunicación sin palabras y negamos la existencia de uniones a otro nivel que no sea el que conceptualizamos como físicamente posible. En cambio, durante el sueño, la comunicación es simultánea a varios niveles.

Es necesario aclarar lo que quiero decir con niveles. Para ello analizaré en forma breve la actividad energética que desarrollamos en nuestras interrelaciones con el universo.

En primer lugar, somos parte de la organización del espacio. Nuestro cuerpo es una organización energética del continuo espacio-materia. En segundo lugar, nuestro campo neuronal altera la organización del mismo continuo del cual nuestro cuerpo forma parte. En tercer lugar, nuestras actividades orgánicas asociadas con la creación de experiencias también alteran la organización del continuo espacio-materia.

Cada una de estas alteraciones en la organización del espacio son caminos de comunicación. Hablamos con movimientos corporales, hablamos con vocalizaciones, transmitimos pensamientos y emociones.

Esto es lo que denomino diferentes niveles de comunicación. Durante la vigilia nos damos cuenta de un número restringido de estos niveles en comparación con lo que sucede durante el sueño. Durante este último, hay una desinhibición que hace posible dejar de bloquear comunicaciones a niveles que durante vigilia son suprimidos en su acceso a la conciencia. Cuando soñamos que hablamos con alguien, en realidad lo hacemos pero a un nivel puramente energético. Cuando durante la vigilia platicamos con alguien,

también nos comunicamos a distintos niveles energéticos, sólo que muchos de ellos encuentran bloqueado el camino a la conciencia.

Por supuesto, estos bloqueos vigiles están dados y determinados por un aprendizaje de estructuras. Este último hace categorizar ciertas instancias de comunicación como posibles y otras como absurdas e imposibles. Puesto que son aprendidos, los bloqueos también pueden extinguirse. Un entrenamiento adecuado en extinción de bloqueos vigiles hace que no sólo la comunicación vigil a niveles energéticos ocurra, sino también que alcance la conciencia.

La finalidad de todo arte es establecer una comunicación con el Ser.

Muchas cosas se hacen que en el instante no poseen derivación, secuencia o conciencia claras. Sin embargo, todo es parte de un plan maestro. Ningún acto o pensamiento se sustrae de un orden magistral. Cuando se logra ver ese orden al ejecutar una acción, todos los actos que participan de ese orden se aclaran. En ese momento hay un contacto de la conciencia con la Conciencia de la conciencia. Tal contacto es lo que generalmente se denomina inspiración.

Las improvisaciones musicales son, en un virtuoso, la transformación del yo en secuencias de sonidos. Un desarrollo emocional y cognitivo sanos ocurren cuando el querer no se bloquea y puede transformarse en acción. Aquello que se constituye en centro consciente es lo que sobrevive a la desaparición corporal. Una existencia exteriorizada permanente no es otra cosa.

Querámoslo o no, cuando hablamos con alguien no sólo lo hacemos verbalmente. Simultáneamente con la verbalización existen contactos directos en diferentes niveles o planos existenciales. En raras ocasiones se activa una conexión entre esos planos y la conciencia. Cuando eso ocurre la sensación es la de comunicación total. Los diferentes planos de comunicación deben ser resultantes directos de interacciones energéticas entre variados campos orgánicos globales y principalmente entre campos neuronales.

Las flores son ejemplos extraordinariamente llamativos de organizaciones informacionales capaces de afectar la organización del espacio. La disposición de sus pétalos, la forma tridimensional de sus pistilos y su coloración producen cambios espaciales que pueden ser comprobados por cualquier vidente. Es obvio que las flores que vemos están contenidas en el espacio que decodificamos, pero no, como ya dije en un solo punto del espacio. Más bien una flor afecta el espacio en todos sus puntos cuánticos y en todas sus direcciones y dimensiones.

El verdadero desarrollo aleja de las instancias materiales para convertirse cada vez más en espíritu. Los niños son los que mejor pueden atestiguar este orden de desarrollo. Cada vez más su modo de pensar se aproxima a lo espiritual y lo que en décadas pasadas sólo era alcanzado después de los treinta años, ahora se manifiesta como vida cotidiana en niños de diez.

El mundo está lleno de señales que nos avisan de nuestros errores y aciertos. Dejarse guiar por estas señales lleva a un conocimiento más profundo de las leyes del espíritu.

Nadie puede vivir una relación humana sana, si antes no ha logrado vivir solitario. Vivir sólo acompañado de uno mismo, deleitándose con la propia presencia, admirándose del propio pensamiento y de la maravillosa conciencia. Vivir solo, plena y absolutamente lleno de vida. Sin lograr eso nadie puede relacionarse en forma madura. Menos aún en una relación amorosa. Sería un fracaso de la conciencia, de la verdadera, de aquella que vive para lograr el máximo de todas las posibilidades humanas.

Lo que acontece entre los elementos neuronales y que extendido y multiplicado millones de veces da lugar a la conciencia individual, es lo mismo que a otro nivel resulta en la Conciencia de la conciencia.

Verdaderas sinapsis energéticas forman la base de lo que conocemos como interacciones humanas y no menos reales son los contactos que forman la comunicación que un cerebro efectúa con el espacio, y que hace aparecer la conciencia y la Conciencia de la conciencia.

El espacio es la entidad energética más confiable. Su transparencia no es gratuita y su organización se mantiene incólume a pesar de todas las embestidas e intentos por destruirlo. Su estabilidad es magnífica y su perfección máxima.

Cuando la sensación de amor existe, todo se ve matizado por ella. No hay nada malo y la creatividad fluye a través de todos los poros del cuerpo. No entender las señales quita la fe, saber que se tiene una emoción, observándola como a uno mismo, sin querer poseerla o destruirla, tal parece ser el camino de la sanidad en este mundo.

La aparición de la conciencia es un suceso cuántico y al mismo tiempo continuo. Deben existir un número suficiente de interacciones neuronales y al mismo tiempo la aparición de un patrón lógico altamente inclusivo para que la conciencia se manifieste, como un vaso que se llena continuamente de agua hasta que llegando a su máxima capacidad se desborda súbita y aparatosamente.

El mismo proceso se observa a otros niveles. Sólo se logra divisar un nuevo universo cuando una estructura contenedora se desborda ocupando una nueva dimensión.

El agua sigue saliendo pero ahora la capacidad del nuevo contenedor es mayor y la estructura que se comienza a formar es mucho más amplia, lo cual equivale, en el campo de ciencia, a decir que una nueva teoría mucho más generalizada ha aparecido. Las revoluciones científicas, políticas o sociales son lo mismo. Un desbordamiento nuevo rebasa una estructura restringida para empezar a ocupar una más amplia. La aparición fisiológica de la conciencia es exactamente lo mismo, sólo que aquí el nuevo espacio que se debe llenar es el todo, el cual, sin embargo, es sólo una parte de otro todo.

Un objeto material es percepción simultánea de millones de porciones de espacio contenidas todas ellas en un quantum mínimo. La transparencia del espacio es la misma concentración cuántica pero ahora de quantums hipercomplejos, cada uno de ellos conteniendo totalidades. Puesto que no somos capaces de decodificar tal complejidad, vemos transparencia de espacio. Igual que en un holograma que da una visión tridimensional de un objeto estando constituido (el holograma) por una infinidad de puntos cuánticos, cada uno de ellos conteniendo toda la imagen global. Así, la percepción simultánea de todos los puntos holográficos duplicados, da lugar a una nueva totalidad que, al mismo tiempo de contenerlos, avanza en dimensionalidad. En realidad, vemos tridimensionalidad en el holograma, porque cada punto cuántico mínimo del mismo difiere de los demás en el sentido de representar un distinto punto de referencia.

La percepción tridimensional del mundo surge por un proceso similar. Lo que estimula la retina son una multitud de quantums mínimos, que difieren uno del otro debido a que manifiestan un distinto punto de referencia. Debe entonces distinguirse un quantum retiniano de un quantum mínimo de espacio aunque se conviertan en lo mismo cuando se les vislumbra con la variable tridimensionalidad incluida.

Lo interesante es que cada conciencia humana difiere de otra en un punto enteramente similar, es decir, en ser diferentes puntos de referencia.

La palabra «recrear» es una de las más poderosas fuentes de conocimiento cuando se analiza en sus raíces. Cuando se recrea en una escala diminuta un patrón natural, este último es estimulado en su ocurrencia colosal.

Recreación es el secreto de cualquier manejo chamánico. Es también la fuente del conocimiento religioso auténtico.



Aun los símbolos capaces de recrear una lógica fundamental (pienso en la cruz como representación de una interacción energética), poseen efectos indiscutibles sobre el universo físico y psicológico. Recrear una experiencia es la única forma de entenderla. Vivir como recreación un contenido intuido o visto es la única forma de entender tal contenido. Recreación es similitud a un nivel profundo y es, sin lugar a dudas, el sino de la verdadera ciencia.

Yo creo que la posibilidad de mantenerse en un estado permanente de éxtasis implica vivir una vida que esté de acuerdo con patrones universales. A nivel fenomenológico, esto implica encontrar algo de un poder multidimensional total. Es decir, algo que permanezca como verdad independientemente del nivel concreto en el que se argumente su realidad. Definitivamente, ese algo es la consideración de la creación de la experiencia. Si al ver un paisaje o una flor se recuerda que se está creando lo más maravilloso, si al sentir una emoción se le trasciende y se experimenta ésta como contenido específico de una entidad espiritual, nada hará que se abandone el éxtasis. La creación de la experiencia como realidad constante y acompañadora del ser es (como conciencia) el secreto del éxtasis permanente.

La experiencia cambia de contenido y carácter de nivel a nivel, pero conserva su carácter de experiencia. Este último carácter, por darse en todos los niveles, debe ser algo común en ellos. Esto último es la formación de un campo energético neuronal y su interacción con la organización del espacio. El mundo, visto desde un nivel inclusivo cercano a la activación de receptores sensoriales, es más una sopa energética compleja que objetos concretos, los cuales sólo aparecen con manejos más inclusivos de la información.

El avance en inclusión es una de las características más fundamentales que acompañan la maduración ontogenética. Es el camino de la abstracción y del lenguaje. El acceso a niveles cercanos a la unidad energética del universo, en cambio, es el camino de la mística y la religión. Este acceso pone a disposición de la conciencia inquisitiva los elementos de las «gestalten» que forman la diversidad perceptual; los antecedentes y contenidos del mundo interno que al mismo tiempo son del universo todo, los mismos patrones y las mismas leyes rigen al mundo de la conciencia y al universo energético.

Cuando un contenido vivencial que siempre se ha considerado gratuito y dado, se pierde, da lugar a una cognición, y ésta es la de su creación absoluta. Cuando ese contenido se vuelve a recuperar ya nunca se le considera de la misma forma que antes. Adquiere el valor de maravilla y se comienza a agradecer su carácter de creación.

Cuando un hombre se reconoce como tal y acepta sus limitaciones y su realidad, comienza a vivir. El más profundo conocimiento se alcanza cuando se reconoce con claridad la propia humanidad.

Cada uno de nosotros es más que un cuerpo, más que un cerebro y mucho más que cualquier pregunta que pueda plantear. Aun la conciencia que experimentamos es sólo un fragmento de la totalidad de uno mismo. Esa totalidad es aquello que sabe. El mundo está interconectado con cada uno de nosotros. Afectamos al mundo y nos vemos afectados por él, pues somos una unidad. Nada de lo que ocurre en lo que creemos es nuestro interior es privado. Todo trae consecuencias y dependiendo de nuestro estado de ser, obtenemos respuestas.

Una vida realmente plena es aquélla para la cual cualquier acto y manifestación es un contacto místico y religioso con Dios. Aquellas gentes que hacen distinciones entre la importancia de una cosa u otra, anteponen una estructura rígida y siniestra al verdadero amor. Decir que una ceremonia religiosa es más importante que un baile es de antemano considerarse categorizado en concepciones falsas. Ver una flor, moverse, hablar, orar, todas son actividades que tienen el mismo carácter de actos religiosos.

El misterio siempre se reviste de autoridad. Alguien que dice no ser capaz de comprender algo y se somete a la autoridad de otro, pierde en esa acción su autorrespeto y su capacidad de entendimiento. Alguien que categoriza o que dice que no es posible conocer el amor es que nunca lo ha conocido.

Existe una sabiduría del cuerpo que cuando se comprende en toda su profundidad, asombra por su carácter. No es posible decirlo con toda certeza y con máxima generalidad, pero seguramente una gran proporción de síntomas somáticos y de enfermedades orgánicas son soluciones corporales a problemas, conflictos e incongruencias planteadas y surgidas a niveles que no son propiamente corporales.

Las soluciones que el cuerpo encuentra para resolver conflictos cubren un amplio espectro. Conozco al menos un caso extremo que ilustra lo anterior. Se trata de una persona que, después de una vida extraordinariamente agitada e inquieta, y no soportando más su hiperactividad, decidió descansar. Pero no fue capaz de llevar su decisión a través de un cauce consciente. Culpas demasiado intensas impedían que se relajara. Su cuerpo entonces decidió por su conciencia, confinándolo (tras una parálisis en las piernas), a vivir durante más de veinte años en una silla de ruedas.

Esto, desde luego, no es un caso excepcional ni único. Desde hace décadas se han descrito casos similares etiquetados bajo diferentes categorías

como parálisis histéricas, somatizaciones crónicas, etc. Todos ellos son «soluciones» corporales ante conflictos que no pueden resolverse conscientemente.

Una obra que se inicia, sobre todo cuando gira alrededor del fenómeno de conciencia, no puede desviarse, y menos aún dejarse a medias. Con el inicio de la obra se promueve la formación de un patrón global, el cual al ser desvirtuado de su cauce lógico, trae consecuencias nefastas para el que así lo tergiversa. Esto es doblemente cierto en el campo de la mística y en las tradiciones esotéricas. De nuevo, existen muchos casos de gente que, habiéndose iniciado en alguna disciplina y después habiéndola abandonado, sufre consecuencias terribles, orgánicas y conscientes.

Ha surgido otra vez la inquietud por crear una fuerza antigravitatoria. Si el espacio es una organización energética capaz de ser alterada por la interacción de un campo neuronal. Si la gravedad es un cambio en la organización energética del espacio, es concebible alterar tal organización (por la actividad cerebral) creando una inversión de la misma. Esto sería el secreto de la levitación. Intuyo que tal acontecimiento podría ocurrir si se creara una técnica de entrenamiento capaz de expandir el tiempo. Cuando no hay categorías de tiempo, éste desaparece. Cuando el verbo muere sólo queda la experiencia de continuo presente.

La totalidad de uno mismo tiene tantos puntos de contacto e igualdad simétrica con la totalidad de otros, que no es de extrañarse que no existan accidentes, ni que nada suceda por azar. Patrones que todos formamos determinan nuestros contactos y los acontecimientos que nos afectan. En realidad, todo depende de nuestro concepto de identidad, y éste, a su vez, de las bases de nuestra experiencia. Ahí está el secreto y la comprensión de nuestra relación con el mundo.

Pero esto último es sólo una forma didáctica de decir las cosas. Nuestra experiencia tiene como base fisiológica el todo; por tanto, nuestra identidad es el mismo todo. Nos enseñan a identificarnos con un cuerpo, una estructura lógica o aún con una sensación de localización material y espacial. Sin embargo, esto sólo es una fenomenal ignorancia de nuestra fisiología cerebral, ya que ésta es, en su más íntimo nivel, interacción energética con el espacio. Por tanto, la enseñanza de localización corporal es ilusoria y falsa. No nos relacionamos con el mundo, sino más bien somos el mundo.

# **APÉNDICE I**

## **VISION EXTRAOCULAR**

*A Eileen Stryker*

Jacobo Grinberg-Zylberbaum  
Facultad de Psicología  
U. N. A. M  
Instituto Nacional Para el Estudio  
de la Conciencia.

### ***INTRODUCCIÓN***

De acuerdo con la teoría sintérgica de la creación de la experiencia, la aparición de un percepto visual implica la interacción entre un campo energético creado a partir de la actividad cerebral (el campo neuronal) y la estructura energética que forma el sustrato del continuo espacio materia (el campo cuántico) (Grinberg-Zylberbaum, 1981,1982).

El campo cuántico (Capra F. 1976) es transformado en lenguaje neuronal por los receptores sensoriales y después enviado a las profundidades del cerebro para adquirir así una estructura biológica. De esta manera, la estructura dúctil y maleable del campo cuántico adquiere propiedades cerebrales.

Ya como actividad neuronal, en el interior del sistema nervioso, el campo cuántico transformado, se ajusta y mimetiza los circuitos cerebrales por los cuales transita creando una red hipercompleja y dinámica de activación iónica, eléctrica y química.

La estructura tridimensional de la red neural de activación «baña» el cerebro y lo unifica hasta que en razón de su irradiación se crea un campo energético colosalmente complejo. Este campo neuronal abandona la estructura cerebral y se interna en el espacio circundante.

La morfología energética del campo neuronal, además de incorporar la estructura de los circuitos neuronales (recuérdese aquí que cualquier carga eléctrica en movimiento a través de un conductor crea un campo electromagnético que de alguna forma representa la estructura lineal del conductor), incluye el estado de activación cerebral del momento, la dinámica específica de los interjuegos y relaciones entre las diferentes estructuras cerebrales y, por supuesto, los componentes del campo cuántico transformados. De esta manera, si un sujeto se encuentra frente a un paisaje iluminado por el sol, sus receptores retinianos y el resto de su sistema nervioso visual incorpora como parte de su campo neuronal a los componentes «visuales» del paisaje.

El siguiente paso en la creación de la experiencia perceptual visual es la interacción del campo neuronal con el campo cuántico. Los componentes visuales del campo neuronal deben acoplarse con los componentes «visuales» del campo cuántico. Quizá como resultado de una morfología similar (recuérdese la interacción entre un antígeno y un anticuerpo específicos dada por una estructura tridimensional complementaria) se crea un patrón de interferencia específico que sobresale por sobre el «ruido» de la interacción global.

El patrón de interferencia representa la estructura de la experiencia. En él están contenidos, en forma de morfologías energéticas hipercomplejas, los componentes que después serán percibidos como líneas, formas geométricas, objetos concretos etc. etc. de un percepto cualquiera. El verdadero percepto, la imagen que vemos como si estuviera ante nosotros con sus colores, contrastes, objetos, líneas, superposiciones y demás componentes fenómeno lógicos es creada a partir del patrón de interferencia energético. La transformación del patrón al percepto no ha podido ser explicada ni entendida como tampoco el mecanismo responsable de la misma. Sin embargo, es posible postular que implique una nueva interacción; ahora entre el patrón de interferencia, resultado de la interacción de campos, y un procesador central e independiente pero capaz de decantar el percepto cualitativo a partir de la estructura energética de la experiencia.

Puesto que el percepto surge a partir de esta última interacción entre el patrón de interferencia y el procesador central, es teóricamente posible pensar

que la misma imagen pueda ser creada en ausencia de componentes visuales del campo neuronal. En otras palabras, que un sujeto con los ojos vendados pueda ser capaz de percibir un paisaje o cualquier otro percepto decodificando la interacción de su campo neuronal sin componentes visuales, con los componentes visuales del campo cuántico. En este caso, el procesador central debería ser capaz de extraer los componentes visuales del campo cuántico utilizando el patrón de interferencia creado por la interacción de este último campo con el campo neuronal «neutral».

Acerca de la identidad del procesador central; en otras publicaciones (Grinberg-Zylberbaum 1976, 1981, 1982) he postulado la existencia de una conformación inclusiva y de convergencia de los circuitos cerebrales encargados de la integración de la información neuronal. El procesador central estaría asociado con la activación de los algoritmos neuronales más inclusivos, es decir, de aquellos capaces de contener en forma integrada la información acerca de la totalidad del cerebro. La idea acerca de la existencia de zonas cerebrales de alta capacidad de síntesis y de abstracción localizadas en las cortezas terciarias y de asociación (Grinberg-Zylberbaum y E. Roy John. 1981, Luria 1973) está de acuerdo con la posibilidad de existencia de un procesador central. Este procesador sería el responsable de la transformación cualitativa de la experiencia y estaría asociado en forma directa con la experiencia fenomenológica del Yo o del Self descrita en la literatura Oriental como el Atman o Purusha (Vivekananda, 1975).

Por otro lado, también se ha demostrado que los estados de alta coherencia inter e intrahemisférica están asociados con la activación de la experiencia de identidad yoica (Grinberg-Zylberbaum 1982). Esto sugiere que la unificación de la actividad cerebral (los estados de alta sinergia) y la activación del procesador central son correlativos con la creación de un campo neuronal de alta sinergia. Así, la unificación de la actividad cerebral también se realiza en la dimensión energética del campo neuronal.

Con objeto de activar un campo neuronal sin componentes visuales, y de facilitar la posibilidad de que en esta condición se lograra crear un percepto visual por la decodificación directa de los componentes visuales del campo cuántico, fue necesario utilizar sujetos altamente sensibles (niños) los que fueron vendados de sus ojos después de un entrenamiento Yoga dirigido a lograr un contacto directo con su procesador central (su experiencia de mismicidad centralizada en la auto-identidad) y los que en estas circunstancias se prestaron a decodificar y experimentar directamente el «mundo visual».

La consideración fundamental de este estudio fue que si fuese posible demostrar que un sujeto puede «ver» sin usar sus ojos y sin emplear ayuda artificial externa (electrónica o de otra naturaleza), se apoyaría la idea de que el procesamiento perceptual retiniano y el extraocular, están asociados con una interacción de campos y que la creación de la experiencia perceptual puede realizarse a partir de una decodificación directa del campo cuántico.

Desde esta referencia la visión extraocular (demostrándose su existencia) apoyaría la postulación sintérgica de interacción entre el campo neuronal y el campo cuántico como base de la creación de la experiencia en general. En la sección final de este apéndice (DISCUSIÓN) ampliaré los conceptos anteriores basándome y apoyándome en la evidencia experimental obtenida. Basta decir aquí que esta evidencia no deja lugar a dudas acerca de la existencia de la visión extraocular y demuestra que este tipo de procesamiento no puede ser explicado como un fenómeno de hipersensibilidad dérmica táctil o calorífica, sino más bien como una detección directa de algún tipo de energía sutil de acuerdo con los controles realizados durante el presente experimento y que se detallan después de explicar los procedimientos experimentales realizados.

## ***SUJETOS***

Se estudiaron 19 sujetos; 11 niñas y 8 niños de edades comprendidas entre los 5 y 13 años de edad.

Todos los niños sin excepción gozaban de condiciones óptimas de salud durante el estudio y manifestaron estar deseosos de participar en el mismo. Ninguno de ellos tenía antecedentes de visión extraocular ni entrenamiento alguno en este tipo de fenómenos. Los niños pertenecían a 6 escuelas diferentes y en todas ellas eran considerados muy inquietos y especialmente renuentes para aceptar normas rígidas de disciplina y conducta. Por lo demás, fueron catalogados como altamente inteligentes y despiertos. Aunque las condiciones familiares variaron de niño a niño, no se observaron diferencias notables que pudieran ser explicadas por este factor, a excepción de una notable destreza inicial en 5 niñas y 2 niños cuyas familias podrían ser catalogadas como muy motivantes y con una situación de estabilidad óptima.

## **ENTRENAMIENTO**

Previamente a la iniciación de los experimentos de detección de visión extraocular, todos los niños recibieron un entrenamiento que duró entre una y tres sesiones y que se repetía en todas las sesiones de prueba posteriores a las iniciales. De esta manera, cada niño fue sensibilizado antes de y durante todo el transcurso del experimento hasta que adquirió una destreza suficientemente automatizada para ya no necesitar entrenamiento adicional.

Las características del entrenamiento se explican a continuación en la secuencia en la cual ocurrió:

1. Con el niño cómodamente sentado y con la espalda recta se efectuaban tres ejercicios respiratorios que consistían en:
2. expulsión forzada de aire a través de las fosas nasales durante 60 segundos con los ojos cerrados seguida de una concentración de la atención en el entrecejo durante 20 segundos.
3. respiración alternada a través de ambos orificios nasales durante 60 segundos con los ojos cerrados seguida de concentración de la atención en el entrecejo durante 20 segundos.
4. inhalación y exhalación forzadas de aire en forma rítmica y sostenida hasta el límite de cada niño seguida de la siguiente meditación:
5. Manteniendo la misma postura el niño recibía las siguientes instrucciones:

«Con los ojos cerrados, concéntrate en el entrecejo y deja fluir tus pensamientos sin obstruirlos o controlarlos. Una vez que logres lo anterior, concéntrate en ti mismo y pregúntate ¿quién soy yo? Sintiéndote a ti mismo. Mantén tu concentración en ti mismo por el tiempo que te sea posible».

La verbalización de las instrucciones anteriores se adecuaba al nivel de entendimiento de cada niño.

El tiempo total de cada meditación variaba de niño a niño con un mínimo de 5 a 6 minutos y un máximo de 10 a 13 minutos aproximadamente.

1. Una vez logrado el punto anterior, el entrenador se sentaba frente al niño y entrelazaba sus manos con las del infante visualizando una línea de luz que surgía de las palmas de las manos del niño y-terminaba en el cerebro del mismo. La visualización se continuaba hasta poder mantener la imagen de la línea de luz brillante, blanca y sin interrupciones.



2. En ocasiones se colocó la punta de un cristal de cuarzo sostenido por el entrenador en contacto con el entrecejo del niño o en proximidad al mismo. Se descubrió «casualmente» que este procedimiento mejoraba el entrenamiento y aceleraba el proceso extraocular.
3. Una vez logrado lo anterior se iniciaba la fase de detección extraocular. Para ello, el niño era vendado de los ojos utilizando una venda especial totalmente opaca y ajustada a los párpados de tal forma que resultaba totalmente imposible la visión retiniana.
4. Se ofrecía al niño material visual consistente en fotografías de alta calidad en colores brillantes y con contenidos diversos. El entrenador colocaba una o ambas manos del niño sobre la fotografía haciendo contacto dérmico con la superficie de la misma.

Se le pedía al niño que siguiera su intuición tanto en lo que se refiere a la exploración dérmica de la fotografía como a la exploración del contenido mental estimulado por ella. El niño era solicitado para hacer una descripción detallada de todas sus experiencias. Cuando así lo solicitaba se le ofrecía retroalimentación verbal acerca de los detalles de la fotografía y acerca de los puntos de correspondencia entre su descripción de la figura y el contenido de la misma. Utilizando expresiones naturales y espontáneas de asombro y gusto, el entrenador reforzaba las correspondencias adecuadas y corregía las inadecuadas.

1. El proceso de retroalimentación se continuaba hasta que el niño mostraba signos de fatiga o desinterés. En estos últimos casos el entrenamiento se discontinuaba para ser proseguido en otra ocasión. Se estimulaba al niño para utilizar todo tipo de movimientos con las manos, explorando de esta manera diferentes posibilidades.
2. Cuando el niño era capaz de describir sin errores las figuras contenidas en las fotografías, se le pedía que apartara las manos de la superficie de las mismas y que intentara visualizar su contenido sin contacto dérmico. Más adelante, se instruía al niño a realizar movimientos de barrido en el espacio entre su cuerpo y las fotografías utilizando contracciones rápidas de los dedos de sus manos. Este procedimiento acentuaba los detalles y mejoraba la focalización además de la distancia límite en la que el niño todavía podía distinguir formas sutiles tales como letras impresas.
3. Por último, el niño era motivado para dejar de utilizar sus manos por completo y en cambio «ver» directamente los contenidos sin ayuda de movimientos.

## ***MATERIALES UTILIZADOS***

Se utilizaron una gran cantidad de materiales visuales. La siguiente es una lista de algunos de ellos:

1. Fotografías a colores de paisajes.
2. Fotografías a colores de verduras, frutas y utensilios caseros.
3. Libros convencionales con contenidos lingüísticos (letras, palabras, frases etcétera).
4. Otros niños.
5. Objetos medio-ambientales.
6. Programas de televisión en pantallas de TV.
7. A los niños se les pedía caminar por la escuela (jardín, aulas etc.) describiendo lo que veían.

## ***CONTROLES***

Por supuesto que un fenómeno tan novedoso y extraño como la visión extraocular requiere (para poder ser aceptado como demostrado) controles estrictos acerca de sus características. Aunque no pretendo haber agotado todas las posibilidades de estudio del fenómeno sí puedo afirmar que no tengo duda alguna acerca de la existencia del mismo. Bastará mencionar aquí algunos de los controles realizados para estimular a otros investigadores para que se interesen en este fenómeno y realicen estudios por su propia cuenta.

1. La venda utilizada era constantemente examinada con objeto de descartar cualquier posibilidad de rotura accidental imperceptible que permitiera algún grado (por mínimo que fuera) de visión retiniana. Nunca se localizó falla alguna en la venda.
2. El material ofrecido al niño era continuamente cambiado de tal forma que ningún niño podía predecir el material que se le ofrecería.
3. Puesto que una de las posibles explicaciones del fenómeno es la de que el entrenador transmitiera los contenidos utilizando movimientos, sonidos o cualquier otro medio consciente o inconsciente, se puso especial cuidado para intercalar contenidos gráficos que el entrenador no conocía ni veía durante la presentación. De la misma manera, se le pedía a otros niños actuar como entrenadores variando el contenido de los materiales utilizados. En ningún caso se pudo demostrar que el

entrenador mandara mensajes sutiles y puesto que en los casos de desconocimiento del material esto último resultaba imposible, se puede descartar el factor de transmisión como explicación del fenómeno.

4. Cuando el entrenamiento llegaba a la fase de visión directa sin el uso de las manos, los niños eran introducidos a un sótano totalmente oscuro y en él se les pedía describir objetos. Ninguno de los cuatro testigos utilizados en este control pudo percibir algún objeto, en cambio, dos de los niños **entrenados** parecían ver los objetos sin dificultad alguna. Este control cuestiona la posibilidad de que el medio energético decodificado por los niños sea de naturaleza fotónica, por lo menos en los umbrales de visión retiniana.
5. El control anterior plantea la cuestión de la sensibilidad extraocular comparada con la retiniana. Aunque no se realizaron mediciones estrictas de umbrales, se realizó una prueba de distancia de capacidad de lectura que resultó enriquecedora. Uno de los niños fue instruido para leer material impreso de diferentes dimensiones y a diferentes distancias. Con letras de un milímetro de tamaño el niño empezó a mostrar dificultades de decodificación extraocular aproximadamente a los 70 centímetros de distancia sin el uso de barridos manuales. En este límite, se le sugirió utilizar el barrido y al hacerlo el niño pudo leer sin dificultad el material y aún incrementar otros 30 cm la separación de su cuerpo con respecto a lo impreso. El mismo niño, el entrenador y otros tres niños mostraron dificultad de lectura retiniana a la misma distancia y con el mismo tamaño de letras que las utilizadas en la visión extraocular. Esto muestra que los umbrales entre ambos tipos de visión son similares en lo que se refiere a tamaño y distancia de los elementos decodificables.
6. Se utilizó un espejo convencional para estudiar la posibilidad de visión extraocular de objetos reflejados. Se colocó material impreso en un ángulo de 45 grados con respecto al espejo y se le pidió al niño describir el espejo. El niño no solamente describió el material impreso sino también otros objetos que el espejo reflejaba y que habían pasado inadvertidos para el investigador. El control fue concluyente y descarta la posibilidad de que sea un campo térmico o calorífico el decodificado en la visión extraocular.
7. Se utilizó un vidrio de 5 mm de espesor que se colocó entre el material gráfico y el niño. En todos los casos la visión extraocular ocurrió sin dificultades en esta condición control.
8. En cambio, cuando el material se cubría con una hoja blanca de papel o se obstruía con una placa de madera, los niños reportaban la hoja o la madera y no el material que éstos ocultaban.

9. En una ocasión se le pidió a un niño realizar movimientos manuales de barrido sobre un material gráfico. Entre las manos y el cuerpo del niño se colocó una placa de madera de tal forma que las manos no fueron obstruidas por ella pero el cuerpo sí lo fue. El niño fue incapaz de percibir extraocularmente el material gráfico pero describió perfectamente la placa de madera. Este control demuestra que no son receptores localizados en las manos los mediadores del fenómeno extraocular, en cambio indican que el resto del cuerpo es necesario.
10. Siguiendo la lógica del control anterior, se decidió explorar zonas corporales mediadoras de la visión extraocular. En cinco de los niños se colocó una pantalla opaca por debajo de sus barbillas durante el ejercicio de la visión extraocular. En cuatro casos la imagen desapareció. En el caso restante el niño siguió reportando correctamente la fotografía que se le mostraba pero matizada por el color de la pantalla obstructora que en este caso era roja.
11. Intentando aún una mayor exactitud en la localización de la zona corporal mediadora de la visión extraocular, se utilizó el siguiente procedimiento con uno de los niños más avanzados; el cuerpo del niño se colocó detrás de una placa metálica. La cabeza del niño se colocó detrás de una placa de vidrio de 6 milímetros de espesor la que se utilizó como ventana para la presentación de impresiones a color. El niño fue perfectamente vendado dejando al descubierto su frente, barbilla, nariz y pómulos. Las manos y los brazos del niño fueron obstruidos por la placa metálica. En esta condición, el niño describió sin dificultad el material presentado. Enseguida, se cubrió totalmente la frente del niño y se le volvió a presentar el material no notándose alteración alguna. Ningún cambio apreciable fue notado al cubrir los pómulos y la nariz del niño. Sin embargo, al cubrir la boca se notó una franca disminución en la destreza de la detección. El niño comenzó a manifestar dificultades y a presentar errores. Cuando la barbilla fue cubierta, el niño dejó completamente de percibir.

Sin embargo, el caso no es ni típico ni generalizado. En el mismo niño o en otros, la zona crítica variaba con el tiempo de tal forma que no es posible definir con exactitud la existencia de una zona corporal indispensable y específica para mediar la visión extraocular. Un ejemplo ilustrativo de lo anterior fue una niña de 6 años.

Esta niña, extraordinariamente despierta y activa aprendió a ver extraocularmente en la segunda sesión de entrenamiento y pronto demostró poseer una facilidad especial para desenvolverse en esta actividad.

Se realizaron las siguientes pruebas en ella:

1. Se presentaron materiales gráficos colocándolos en la espalda de la niña. No solamente logró identificar el material, sino que incluso pudo leer palabras y frases impresas.
2. Utilizando un par de anteojos submarinos («goggles») rellenos de algodón de tal forma de impedir totalmente la visión ocular, la niña fue invitada a caminar libremente en un parque de la ciudad de México describiendo todo lo que lograba «ver». Al principio con cautela pero pronto totalmente desinhibida la niña recorrió el parque describiendo los árboles, las bancas otros niños, perros, vendedores ambulantes y el resto del estereotipo sin dificultad. Lo más asombroso de la experiencia fue no solamente la exactitud y facilidad de la descripción sino que ésta reflejaba una percepción omnidireccional. En otras palabras, la niña describía tanto lo que se encontraba adelante como lo que se hallaba detrás de ella.
3. Tanto ella como su hermano aprendieron a percibir los órganos en el interior del cuerpo humano. El entrenamiento fue enteramente similar al descrito con la excepción de que el enfoque de la atención se localizaba no en la superficie, sino en las profundidades del cuerpo. Ambos niños lograron describir las características específicas y el estado de alteración pulmonar en un caso de enfisema pulmonar. Otros tres niños lograron describir la localización exacta y las dimensiones de fracturas óseas debidas a accidentes de varios años de antigüedad. Las descripciones de las cicatrices en los huesos coincidieron con las ofrecidas por los accidentados.
4. Dos niños se ofrecieron para intentar aliviar el dolor y disminuir la infección ótica de dos adultos. Los niños fueron entrenados a ver el interior del cuerpo y a localizar alteraciones en el mismo. Ambos acertaron al reconocer el oído izquierdo como infectado en los dos adultos. Mencionaron percibir una coloración extraña en ese oído y procedieron a transformar esa coloración hasta acercarla en tinte a la del oído sano. Los adultos mencionaron experimentar una inmediata mejoría la que duraba un promedio de tres días. Uno de los adultos (padre de los niños) repitió la maniobra varias veces notando en todas ellas el mismo resultado con similar duración.
5. Todos los niños decidieron aprender a utilizar su habilidad extraocular para percibir zonas corporales afectadas por dolores o alteraciones tisulares. Los niños lograban describir órganos y zonas corporales sin ayuda de ningún manual de anatomía. Localizaban zonas alteradas en forma espontánea como si éstas emitieran señales fácilmente reconocibles y discriminables por ellos. En casos de infecciones, los niños fueron instruidos a destruir los agentes patógenos emitiendo (a partir de sus dedos) «energía» en grandes cantidades.

6. Sobre todo en los niños más pequeños, se notó un ligero aunque claro movimiento lateral de toda la cabeza la que se inclinaba entre 20° y 30° hacia el lado derecho o izquierdo en un plano que se desdibujaba como paralelo al plano del objeto. La impresión que se desprendía a partir del movimiento de inclinación es que el cuerpo del niño buscaba una interacción más cercana entre hemisferio derecho o izquierdo y el material por decodificarse.
7. Al inicio del entrenamiento, se notó que el niño seguía los contornos de los objetos antes de poder describirlos. En forma similar, colocaba sus dedos por debajo de una letra u objeto en el momento en el que iniciaba la descripción. Esta observación se repitió en todos los casos estudiados y constituyó una evidencia acerca de la existencia de una sabiduría corporal que después se lograba verbalizar.

## ***RESULTADOS***

Gran parte de los resultados ya se han descrito en las secciones anteriores. Por ello, en ésta intentaré realizar una integración de todos los resultados obtenidos sin detenerme en procedimientos y detalles innecesarios.

El resultado más claro y básico que se desprende de este estudio, es que es posible percibir visualmente sin necesidad de usar los ojos y los receptores retinianos. La finura del detalle de la visión extraocular parece ser similar al de la visión retiniana lo mismo que su fidelidad. La visión extraocular parece ser capaz de representar un mundo visual enteramente similar al que presenta la visión retiniana sin la necesidad de utilizar la complejidad colosal de la estructura retiniana y presumiblemente sin la participación de las estructuras cerebrales comúnmente encargadas de decodificar el mundo visual.

Una de las más llamativas observaciones y una de las que primero se evidenciaron, es que los niños que parecían estar más en contacto con ellos mismos, los más seguros e intensos en su identidad personal, fueron los que con mayor facilidad adquirieron la visión extraocular.

El fenómeno existe y además su desarrollo parece seguir una secuencia lógica y repetida en los casos estudiados. Los niños que después de su entrenamiento son confrontados con un material gráfico al que no tienen acceso visual, utilizan sus manos y sus dedos para recorrer este material intentando decodificarlo. En los casos más diestros basta una sesión para que el niño comience a ver extraocularmente. En los casos «comunes» tres sesiones. En su primera interacción, la mano comienza por «barrer» la página

del papel sin un plan o esquema predecible hasta que algo acontece que hace que los contornos de los objetos sean detectados.

Si la fotografía contiene una naranja, la mano del niño seguirá el contorno de la misma durante algunos segundos pero sí se le pregunta al niño qué es lo que siente, éste no podrá describir algo congruente con las características de sus barridos manuales.

Si se le hace notar lo anterior, el niño súbitamente puede darse cuenta de que debe haber un objeto redondo pero la visión extraocular seguirá sin aparecer. Pronto, el niño se cansa o impacienta de sus movimientos y decide dejar de realizarlos. Permanece quieto con su mano encima del papel concentrado en sus sensaciones y con una tendencia a inclinar su cabeza. En algunos casos, después de esta concentración el fenómeno aparecía. En otros el niño debía recibir retroalimentación más detallada quizá para descartar imágenes sin correspondencia y fortalecer las congruentes con el material real. Ya sea de una u otra forma, la visión extraocular aparecía en una especie de salto cuántico cualitativo desde una casi total incapacidad de detección hasta una casi total perfección de decodificación.

En realidad toda la descripción anterior tenía como objeto llamar la atención acerca de una notable característica del fenómeno de visión extraocular siendo ésta su aparición súbita y todo-o-nada en un salto discreto indudable.

Una vez que lo anterior ocurría el niño era capaz de percibir cualquier material que se presentase con una exactitud de detalle y finura asombrosos. Generalmente, la primera sesión en la que aparecía el fenómeno implicaba un gasto energético muy grande porque los niños manifestaban signos claros de cansancio y en algunos casos se quejaban de dolores intensos en los ojos. Estos dolores y el correspondiente cansancio disminuían a partir de la segunda detección. En los casos más avanzados la visión extraocular dejaba de implicar un gasto energético excesivo porque el niño era capaz de realizar detecciones sin mayor preparación y con una total naturalidad y maestría.

Cuando otros niños veían las ejecuciones de sus compañeros manifestaban el deseo de ejercitarlas por su propia cuenta. Cuando esto sucedía, el proceso de aparición del fenómeno parecía acelerarse. Quiero decir con lo anterior que la ausencia de dudas acerca de la veracidad del fenómeno y la confianza en el entrenador ejercieron una influencia facilitadora.

Intentando estudiar hasta donde la visión extraocular sigue las mismas leyes de perspectiva y Gestalt que la visión retiniana se realizaron una serie de pruebas que se describen a continuación. Un niño fue solicitado para realizar

descripciones de sus experiencias mientras el material visual se alejaba de su cuerpo sin que el niño estuviese enterado de la maniobra. Sin dudar, el niño describió un fenómeno de alejamiento y no uno de reducción de tamaño o de cambio de material. En otras palabras, el niño percibió correctamente la maniobra tal y como la hubiera detectado con su visión retiniana.

De la misma forma, en todos los casos en los que se probó superponer un objeto al gráfico, los niños pudieron describir correctamente la maniobra. Continuamente se le presentaba al niño objetos en movimiento y también en todos los casos la detección e interpretación de los mismos fue correcta.

Se presentaron prácticamente todos los colores del espectro con diversas tonalidades de los mismos y en todos los casos se observó una adecuada descripción de éstos.

Cada niño (a pesar de seguir procedimientos similares de entrenamiento) manifestaba un estilo personal durante la visión extraocular. Una niña, por ejemplo, siempre realizó barridos rápidos con sus dedos frente al material gráfico porque, de acuerdo con su descripción, así era más fácil y exacto. Otro niño prefería leer palabras y no ver fotografías. Otro más prefería figuras y no material de lectura. La lectura de palabras se ejercitaba en una forma graduada, iniciándose con una detección de letras aisladas generalmente colocando un dedo debajo de la letra por leer. Bastaban unos minutos para que el niño empezara a leer palabras completas (aun en idiomas desconocidos para ellos) y más adelante la rapidez en la lectura se volvía similar a la usual con visión retiniana. Dos excepciones a este último caso fueron la de un niño y una niña que leían extraocularmente con mayor rapidez que con visión retiniana y que manifestaban más interés por hacerlo extraocularmente. Este interés se aprovechó para adelantar a los niños en sus clases de lectura del español.

De hecho, un interés de este estudio fue el de hallar una manifestación visible de una capacidad «psicofisiológica» para motivar a los pequeños para que aprendieran técnicas de contacto con su verdadera identidad. Por ello siempre se enfatizaba la necesidad de realizar meditaciones centradas en la experiencia del uno mismo y en la pregunta acerca de ¿quién soy yo?

En este contexto, el autor manifiesta su ignorancia acerca de si otros métodos de entrenamiento pudieran ser más efectivos que los empleados en este estudio.

De hecho, algunos niños se dieron a la tarea de entrenar a sus amigos, hermanos y conocidos y de ejercitar sus habilidades por su propia cuenta con resultados excelentes.



Una observación interesante es acerca de la edad en la cual la visión extraocular se facilita. Obviamente se necesitaría una muestra mucho mayor que la empleada aquí para contestar la pregunta. Sin embargo, algunas conclusiones se pueden desprender de los intentos infructuosos que el autor realizó con jóvenes de edad superior a los 16 años y con adultos todavía mayores. Parecería que el fenómeno es difícil de evocar después de una edad límite de alrededor de 15 años.

En ocasiones se realizaron meditaciones en grupo en las que se visualizaban luces y se estimulaba el contacto con el uno mismo. Siempre después de una meditación de este tipo, la visión extraocular se facilitaba. Es impresión del autor que el fenómeno se presenta con mayor intensidad y en una forma más clara cuando tanto el niño como el entrenador se encuentran tranquilos, concentrados en sí mismos en un nivel en el cual el sí mismo pierde «fronteras». En otras palabras, cuando existe un contacto auténtico con una sensación de identidad que trasciende lo puramente personal.

Otra observación interesante es que el entrenador no necesita visión extraocular para poderla enseñar.

Los niños fueron cuestionados en muchas ocasiones acerca de sus experiencias internas durante la visión extraocular. Algunos de ellos decían que lo que veían era exactamente igual que lo que percibían normalmente con los ojos abiertos. De hecho en una ocasión una niña se prestó a ver televisión con los ojos vendados describiendo a la perfección lo que sucedía en la pantalla como si el aparato estuviese dentro de ella. Otros niños describieron la aparición de una pequeña pantalla dentro de su «mente» en la cual aparecían las figuras presentadas. Ningún niño mencionó que tuviera que crear conscientemente la imagen extraocular. Más bien, la imagen ocurría «por sí misma» de la misma forma en la que nuestras percepciones visuales normales acontecen. La automatización de la imagen extraocular era clara desde el surgimiento del fenómeno y no parecía facilitarse, en forma notable, con la práctica. Sin embargo, lo que sí acontecía a medida que el niño utilizaba su habilidad extraocular, era que se estimulaban una serie de fenómenos «adyacentes» al extraocular propiamente dicho. Tales fenómenos ya se han descrito en parte y consistieron en una destreza extraña que permitía que el niño percibiera los órganos internos del cuerpo a través de la piel y que detectara zonas corporales dañadas o enfermas revertiendo sus síntomas. Esta capacidad de curar junto con la visión «intracorpórea» serán discutidas más adelante.

El último resultado que me gustaría enfatizar es la relación entre el fenómeno extraocular y los cristales de cuarzo. En la sección de discusión, presentaré una postulación teórica que pretenderá elucidar el efecto facilitador de los cristales de cuarzo. Baste decir aquí que este efecto facilitador se observó en por lo menos 5 infantes (3 niñas y 2 niños) y que su descubrimiento fue sorprendente. Una de las niñas del estudio se prestó para hacer una demostración de su capacidad para ver un programa de TV. Utilizando una videograbadora Sony se proyectó una película Inglesa a colores con subtítulos en español. La niña manifestó una dificultad para leer los subtítulos a una distancia de 5 metros con respecto a la pantalla (el equipo reproductor tenía una pantalla de aproximadamente 60 cm y era de tipo Sony), aunque pudo describir los colores de las escenas y la acción dramatizada. Mencionaba que aparecían líneas y puntos obstructores. Súbitamente, la niña me solicitó un cristal de cuarzo que llevaba conmigo y que utilizo en mis meditaciones. Al sostener el cristal con su mano derecha, la niña afirmó que las líneas y puntos distractores habían desaparecido, pudo leer fluidamente los subtítulos de la película y describir con lujo de detalles las escenas. El efecto fue tan dramático y claro que a partir de ese momento se probó su bondad con otros niños. Dos niñas afirmaron que el material gráfico que se les presentaba (una serie de fotografías de paisajes) adquiría tridimensionalidad al ser extraocularmente percibido mientras un cristal de cuarzo era sostenido entre sus manos. Era, afirmaron, como si con el cristal estuvieran dentro de la fotografía (en medio del paisaje) y sin el cristal afuera y observándola como fotografía bidimensional.

Por último, 2 niños y 2 niñas fueron capaces de incrementar la distancia máxima en la que podían leer material impreso, con la ayuda de cristales de cuarzo.

## ***DISCUSIÓN***

El mundo visual nos presenta tal apariencia de objetividad, realidad y concretismo externo, que sus elementos; árboles, rocas, nubes, animales, caras, edificios etc. etc. parecerían constituir los elementos iniciales de un proceso perceptual fenomenológicamente isomórfico. De esta manera, rara vez nos percatamos que lo que vemos como objetos con formas, colores y texturas diversas no están allí dados en sí mismos esperando ser vistos por una especie de espejo mágico que simplemente refleja sus características, sino

que por el contrario son creados a través de un procesamiento cerebral extraordinariamente complejo.

Puesto que no somos capaces de percibir el proceso neuronal responsable de la creación de nuestras imágenes visuales, sino únicamente tenemos acceso al producto final de tal procesamiento, suponemos que existe un exterior independiente y separado al que tenemos acceso y nos olvidamos (generalmente no existe razón para el olvido puesto que la creación de la experiencia como posibilidad jamás ha sido considerada por nosotros, por lo que no existe nada que recordar) que lo que vemos es el producto de nuestra transformación de un «exterior» al que no tenemos acceso en sí mismo.

De esta miopía es responsable el énfasis en lo material y el olvido de nosotros mismos.

El fenómeno extraocular es una advertencia en contra de este engaño e ilusión, de la misma forma en la que la percepción retiniana lo debería ser.

En realidad, el fenómeno de la visión extraocular y la visión retiniana normal no difieren en ningún aspecto esencial como intentaré demostrar en esta discusión.

El aspecto más misterioso y esencial del proceso perceptual lo constituye la transformación de la estructura energética del precepto a la cualidad de la imagen. Esta estructura energética está dada por el patrón de interferencia resultante de la interacción entre el campo neuronal y el campo cuántico. El procesamiento cerebral y espacial que da lugar a esta estructura es colosalmente complejo y todavía muy lejos de ser totalmente comprendido, pero en él no existen cambios cualitativos «cuasimilagrosos». En otras palabras, no existe luz ni en la actividad de los circuitos cerebrales encargados de darle forma al campo neuronal, ni en este último como tampoco en el patrón de interferencia resultante de su interacción con el campo cuántico. En cambio, sí existe luz en la imagen visual.

Puesto que los reportes de los niños indicaron que ellos percibían una imagen visual luminosa (aunque extraocularmente procesada), esta visión y la retiniana no difieren en este aspecto. Ya mencioné la posibilidad teórica de que sea un procesador central asociado con la activación neurologorítmica o la misma unificación energética de un campo neuronal de alta sintergia (creado por un sistema nervioso funcionando en una alta coherencia inter e intrahemisféricas) el que al interactuar con la estructura energética del patrón de interferencia, active la imagen cualitativa. No se pretende decir aquí que el procesador central es un circuito de alta inclusión por convergencia o un algoritmo de alto poder de integración. Más bien, que es la activación de estos

procesos los que de alguna manera se asocian con la puesta en marcha de un centralizador. Se antoja pensar que cuando el sistema nervioso alcanza un alto grado de unificación interna, los procesos energéticos que resultan de la misma, hagan posible la interacción de ese sistema nervioso con algún nivel energético espacial representativo de la «totalidad» del Universo y que ese contacto sea el responsable de la cualidad de la experiencia. En este caso, el procesador central estaría más cercano a la «totalidad» que a la existencia o puesta en marcha de algún circuito o campo neuronal específico.

La diferencia más notable entre la visión extraocular y la retiniana es, además de la utilización o no de los ojos como transductores, la presencia o ausencia de componentes visuales en el campo neuronal. En este sentido, la estructura energética de la experiencia visual en la visión retiniana, (es decir, cuando sí existen componentes visuales en el campo neuronal) debe contener algún tipo de amplificación de la morfología energética de los patrones de interferencia dados por la interacción de los componentes visuales de ambos, el campo neuronal y el cuántico. En la visión extraocular (en ausencia de componentes Visuales del campo neuronal), el patrón de interferencia debe ser diferente por lo menos en este factor de amplificación (el mismo debe estar ausente). Para lograr decodificar una imagen a partir de tal ausencia, el procesador central debería estar más activo que en la visión normal. Que éste parece ser el caso lo demuestra el hecho de que los niños con mayor capacidad para ser ellos mismos eran los que más fácilmente lograban la visión extraocular y los fenómenos adyacentes a ella como la visión intracorpórea. La existencia de esta última es crítica para descartar la posibilidad de superficies dérmicas mediadoras de la visión extraocular. Toda la evidencia reunida hasta la fecha indica que de ser necesaria, la zona corporal mediadora (es decir transductora de la imagen en compensación de la retina) es a todas luces inespecífica. En un mismo niño la zona variaba de localización (de la barbilla a la espalda o de las palmas de las manos a la barbilla) y en cada niño la zona era diferente. Sin embargo, en todos se observó un desarrollo similar. El niño empezaba a ver extraocularmente estableciendo un contacto directo entre las yemas de sus dedos y el material gráfico. Más adelante, lograba decodificar el material separando sus manos del mismo. Después realizaba movimientos de barrido en el espacio entre su cuerpo y el material, utilizando sus manos. Más adelante podía ver colocando sus manos y brazos ocultos detrás de su espalda. Por último, el material podía ser colocado en la espalda del niño o el niño podía caminar y describir lo que se localizaba adelante o atrás de su cuerpo sin que aparentemente mediara

alguna zona corporal. Este desarrollo indica la existencia de un proceso de alejamiento o separación del cuerpo con respecto a la visión extraocular. El más claro indicio de esta independencia era la visión intracorpórea. Ésta aparecía cuando se completaba el proceso anterior.

Una observación que constituyó una verdadera sorpresa cuando apareció y que es un hallazgo con posibilidades inmensas, es la relación entre la visión extraocular y los cristales de cuarzo. Cuando los niños sostenían uno de ellos, la imagen extraocular se focalizaba, adquiría mayor detalle y precisión y en el caso de material gráfico bidimensional, éste adquiría una nueva dimensión y se volvía tridimensional.

Una posibilidad de explicación de esta relación es que la estructura molecular y atómica del cristal de cuarzo afecte a la estructura energética del campo neuronal modificando su morfología en una forma tal que su interacción con el campo cuántico produzca un patrón de interferencia cuyos componentes visuales sean más fácilmente decodificables por el procesador central.

En escritos anteriores (Grinberg-Zylberbaum J. 1981, 1982) he postulado que tanto la actividad cerebral como el campo neuronal y el mismo campo cuántico son capaces de cambiar su organización informacional dentro de un continuo sintérgico que varía desde un extremo de baja hasta otro de alta sintergia. En el extremo de baja sintergia, la organización informacional es de baja inclusión en cada uno de sus elementos, de baja capacidad algorítmica, de baja redundancia y organización y de pobre nivel de interacción entre partes. En cambio, en el extremo de alta sintergia, cada elemento de la organización es altamente inclusivo, de gran poder algorítmico, la organización es elevada, existen conexiones entre los elementos y la redundancia es máxima. Cada elemento de alta sintergia de una organización contiene a la totalidad de la organización. Una organización o un espacio de alta sintergia es más capaz de dar lugar a propiedades emergentes que un espacio de baja sintergia. Un cerebro en un estado de alta neurosintergia es un cerebro más coherente, organizado, inclusivo e integrado y más centrado en sí mismo que un cerebro en un estado de funcionamiento de baja neurosintergia.

También se ha demostrado, que un cerebro en alta sintergia, es capaz de comunicarse más fluidamente, alterar la fuerza gravitacional y establecer un contacto directo con otros cerebros (Grinberg-Zylberbaum. J. 1982).

Si un cristal de cuarzo incrementara la organización sintérgica de un campo neuronal se esperaría que este último adquiriera una mayor capacidad

para interactuar con el campo cuántico y que esto facilitara fenómenos tales como la visión extraocular.

La estructura molecular del cristal de cuarzo está de acuerdo con la idea de que su efecto pueda ser un incremento en el nivel de sinergia del campo neuronal. Esta estructura consta de un átomo de Silicio (Si) conectado con átomos de oxígeno, O<sub>2</sub> formando pirámides tetraédricas las que forman espirales tridimensionales cuyas vueltas se repiten cada cuatro moléculas.

La primera molécula de cada espiral ocupa la misma posición que la cuarta y esta misma disposición se repite a lo largo y ancho del cristal. La distancia interatómica dentro de cada pirámide tetraédica es de  $1.61 + 0.03 \text{ \AA}$  para la distancia Si-O<sub>2</sub> y el ángulo Si-O<sub>2</sub>-Si es de 142°. La unidad cristalina fundamental está formada por una espira de cuatro moléculas las que pueden englobarse dentro de un cubo cuyos lados tienen una longitud de 4913 Å y 5405 Å respectivamente. La longitud de onda asociada con estas dimensiones es la que cae dentro del rango de los rayos X (entre 0.1 y 100 Å, siendo cada Å = 10<sup>-8</sup> cm.).

La alta redundancia, organización y simetría de los cristales de cuarzo podría servir como un modulador energético del campo neuronal el que al atravesar el cristal mimetizara su estructura incrementando de esta forma su sinergia. Esta relación podría significar que el campo neuronal posee componentes de frecuencia del orden de los rayos X. La capacidad de visión intracorpórea manifestada por los niños más adelantados indica que aquello que media su experiencia perceptual debe estar asociado con un campo de alta capacidad de penetración a través de cuerpos opacos. Si el campo neuronal posee una longitud de onda parecida a la de rayos X, esto podría empezar a explicar el fenómeno observado aquí y la evidencia de modificación del peso de objetos localizados dentro de blindajes de metal estudiada en otro experimento (Grinberg-Zylberbaum. J. 1981,1982).

Por último, la característica discreta del fenómeno y su aparición cuántica o todo o nada, merecen un intento de explicación. Debe existir alguna relación entre esta característica y el desgaste energético que los niños sufrían durante las primeras sesiones. Posiblemente el establecimiento de una interacción directa con el campo cuántico y la decodificación del patrón de interferencia «anómalo» (sin componentes visuales por parte del campo neuronal) requiere de un gasto energético exagerado que permita traspasar algún umbral desconocido.

Sea lo que fuere, el fenómeno de visión extraocular parece abrir posibilidades de estudio y de entendimiento de la función cerebral hasta ahora

ignorados.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Capra, F. The Tao of Physics, Fontana, U. S. A., 1976.

Grinberg-Zylberbaum, J. The retrieval of learned information. A Neurophysiological Convergence-Divergence Theory. J. Theoretical Biology, 56, 95-110, 1976.

Grinberg-Zylberbaum, J. El espacio y la conciencia. Trillas México, 1981.

Grinberg-Zylberbaum, J. y E. Roy John. Evoked potentials and concept formation in man. Physiology and Behavior. 27, 749-751, 1981

Grinberg-Zylberbaum, J. Psychophysical Correlates of Communication.

Gravitation and Unity. Psychoenergetics. 4, 227-256, 1982.

Luria, A. The working brain. Allen Lane, Penguin U. S. A., 1973.

Vivekananda, S. Raya Yoga, Kier, Buenos Aires, 1963.



## **LIBROS DEL MISMO AUTOR**

La Experiencia Interna. Trillas. México. 1975 INPEC 1987.

La Construcción de la Realidad. Trillas. México. 1975 INPEC 1987.

Las Creaciones de la Existencia. Trillas. México. 1976.

El Vehículo de las Transformaciones. Trillas. México. 1976.

Más Allá de los Lenguajes. Trillas. México. 1976.

Psicofisiología del Aprendizaje. Trillas. México. 1976.

Nuevos Principios de Psicología Fisiológica. Trillas. México. 1976.

El Despertar de la Conciencia. Trillas. México. 1978.

Los Fundamentos de la Experiencia. Trillas. México. 1978.

El Cerebro Consciente. Trillas. México. 1979.

Bases Psicofisiológicas de la Memoria y el Aprendizaje I. Fases de la Memoria. Trillas. México. 1979 editor.

Bases Psicofisiológicas de la Memoria y el Aprendizaje II. La Localización de la Memoria. Trillas. México. 1979 editor.

Bases Psicofisiológicas de la Memoria y el Aprendizaje III. Naturaleza de la Memoria. Trillas. México. 1980 editor.

Bases Psicofisiológicas de la Percepción Visual I. Estructuras Subcorticales. Trillas. México. 1981 editor.

El Espacio y la Conciencia. Trillas. México. 1981.

Las Manifestaciones del Ser I. Pachita. EDAMEX. México. 1981.

Las Manifestaciones del Ser II. Cuauhtemotzin. EDAMEX. México. 1982.

La Luz Angelmática. EDAMEX. México. 1983. INPEC. 1988.

En Busca del Ser. INPEC. México. 1987.

Meditación Autoalusiva. INPEC. México. 1987.

Retorno a la Luz. SEP. México. 1987.

Los Chamanes de México I. Psicología Autóctona Mexicana. Alpa Corral. México. 1987.

Los Chamanes de México II. Misticismo Indígena. Alpa Corral. México. 1987.

Los Chamanes de México III. Pachita. INPEC. México. 1988.

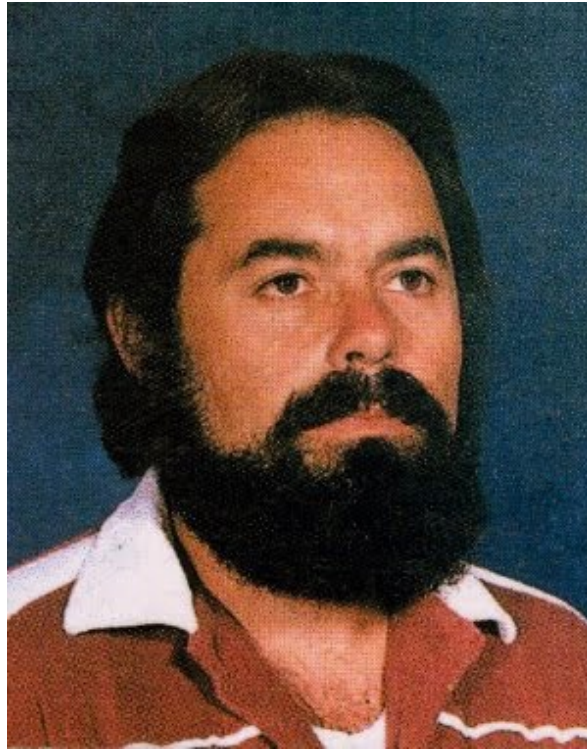
Los Chamanes de México IV. La Cosmovisión de los Chamanes. INPEC. México. 1988.

La Expansión del Presente. INPEC. México. 1988.

Creation of Experience. INPEC. México. 1988.

Psicofisiología del Poder. INPEC. México. 1988.

Cantos de Ignorancia Iluminada. INPEC. México. 1988.



Jacobo Grinberg-Zylberbaum (1946 - Desaparecido el 8 diciembre de 1994) es/fue un investigador mexicano prolífico en el estudio del cerebro y su relación con la conciencia, profundo conocedor de la meditación y entusiasta estudioso de la Kabbalah. Su destacada obra promueve un rediseño de los paradigmas que rigen la relación entre mente y materia, entre ciencia y conciencia. Con sus limitadas posibilidades, se sumergió en cerebros de chamanes y yogis contrastando sus vivencias, entrenó a niños de 8 a 10 años en la visión extraocular y confirmó científicamente la telepatía y sus diferentes variables.

Egresó de la Facultad de Ciencias de la UNAM, donde cursó la carrera de Psicología, y entre otros estudios de posgrado obtuvo un doctorado en el New York Medical College, durante el cual se dedicó principalmente a llevar un registro electrofisiológico del cerebro humano expuesto a estímulos geométricos.

Una de las etapas más populares de su carrera profesional fue el trabajo realizado junto con la legendaria curandera mexicana Pachita, con quien trabajó, desde una perspectiva científica, en la evaluación metodológica de las manifestaciones de conciencia en el ser humano. A partir de estas experiencias escribió el más popular de sus libros, «Pachita. Las manifestaciones del ser». A partir de su trabajo con Pachita, que culminó en

1988, Grinberg desdobló su experiencia con la curandera mexicana para construir una de sus teorías más representativas, la Teoría Sintérgica. Posteriormente profundizó en el estudio de las frecuencias energéticas que manifiesta el ser humano durante estados meditativos, las cuales son medibles, y por lo tanto comprobables.

En diciembre de 1994 Jacobo Grinberg desapareció misteriosamente. Una extraña desaparición de la que aún no se sabe nada. Como legado dejó, además de su ejemplar actitud ante el estudio científico de la conciencia y múltiples fenómenos «etéreos», la fundación del Instituto Nacional para el Estudio de la Conciencia y más de cincuenta libros, así como innumerables estudios e investigaciones.

## **Notas**

[1] Kabbalah - P. Epstein. Doubleday and Co. Inc. Nueva York 1978. <<

[2] Kabbalah - P. Epstein. Doubleday and Co. Inc. Nueva York 1978. <<

[3] Kabbalah - P. Epstein. Doubleday and Co. Inc. Nueva York 1978. <<



[4] Kabbalah - P. Epstein. Doubleday and Co. Inc. Nueva York 1978. <<

[5] Kabbalah - P. Epstein. Doubleday and Co. Inc. Nueva York 1978. <<

[6] Kabbalah - P. Epstein. Doubleday and Co. Inc. Nueva York 1978. <<

[7] Kabbalah - P. Epstein. Doubleday and Co. Inc. Nueva York 1978. <<